

**CONSEJOS
A LOS
POLÍTICOS
PARA
GOBERNAR
BIEN**

Plutarco

Siruela

**CONSEJOS
A LOS
POLÍTICOS
PARA
GOBERNAR
BIEN**

Plutarco

Siruela

Índice

[Cubierta](#)

[Sobre la traducción y las notas](#)

[CONSEJOS A LOS POLÍTICOS PARA GOBERNAR BIEN](#)

[A un gobernante falto de instrucción](#)

[Consejos políticos](#)

[Posfacio](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Sobre la traducción y las notas

En nuestra traducción hemos intentado conservar, en la medida de lo posible, el estilo de Plutarco, siguiendo el original griego de las ediciones de Marcel Cuvigny, para el tratado *A un gobernante falto de instrucción*, en el volumen XI, 1 de *Plutarque. Œuvres Morales*, editada por Les Belles Lettres, París 1984, y de J.-C. Carrière, para el tratado *Consejos políticos*, en el volumen XI, 2, de la misma obra, la misma editorial y el mismo año. Señalamos en nota correspondiente el único pasaje donde nos apartamos de este texto y seguimos la puntuación de la edición inglesa, abajo citada. Hemos tenido en cuenta, también, la traducción de estos tratados realizada por ambos autores, así como la edición y traducción de H. N. Fowler, *Plutarch's Moralia X*, col. Loeb, Cambridge (Massachussets) 1936, y la traducción española de Helena Rodríguez Somolinos y Carlos Alcalde Martín, citada en la nota 2 de este Prólogo. Estos dos tratados, así como los otros tres de contenido político comentados anteriormente, están también incluidos en la traducción de unos cincuenta tratados de *Moralia*, que hizo Diego Gracián de Alderete (Valladolid) y que dedicó, primero, al emperador Carlos V y, unos veinte años después, mejorada y mejor impresa, al rey Felipe II (Salamanca 1571), de quien, como de Carlos V, fue secretario. Las notas al texto pretenden ofrecer al lector unos breves apuntes biográficos de los numerosos personajes de la Antigüedad, principalmente grecorromana, citados por Plutarco, y situar los lugares geográficos que salen al paso continuamente en estas obras plutarqueas, algunas verdaderos opúsculos, de modo que sirvan como una especie de índice y se valore con ellos el gran caudal de fuentes literarias y conocimientos de otro tipo que maneja nuestro autor, y su uso, muy parecido y en ocasiones idéntico, en *Moralia* y en *Vitae*.

Por último, quiero hacer constar mi agradecimiento a Concepción Morales Otal, mi mujer, que ha leído estas páginas y ha aportado acertadas observaciones. La responsabilidad última de estas páginas es, naturalmente, solo mía.

CONSEJOS A LOS POLÍTICOS PARA GOBERNAR BIEN

A un gobernante falto de instrucción

1. Los habitantes de Cirene ¹ pidieron a Platón ² que les dejara escritas unas leyes y les organizara su forma de gobierno, pero él lo rechazó, alegando que era difícil dar leyes a los cireneos, ya que tenían tan alto grado de prosperidad. «Pues nada hay tan arrogante», cruel e ingobernable, «por naturaleza, como un hombre» ³, cuando posee lo que presuntamente es la prosperidad. Por eso es difícil dar consejos sobre asuntos de gobierno a los gobernantes. Ellos, en efecto, temen aceptar a la razón como guía, no sea que les recorte los privilegios de su poder, haciéndolos esclavos del deber. Pues no conocen la respuesta de Teopompo ⁴, rey de los espartanos, que fue el primero en asociar a los éforos ⁵ con los reyes, cuando, después de haber sido reprochado por su mujer, porque dejaba a sus hijos un poder menor que el que él había recibido, le dijo: «En todo caso, mayor, en cuanto que también es más seguro». Porque él, habiendo abandonado lo excesivo y absoluto, evitó a la vez la envidia y el peligro. Con todo, Teopompo, al desviar hacia otros el vasto caudal de su autoridad, cuanto entregaba a los otros se lo quitaba a sí mismo, mientras que la razón que procede de la filosofía se convierte en consejero y guardián para el gobernante, como si de una buena salud se tratara, y, librando a su poder de lo inestable, deja lo que es sano.

2. La mayoría de los reyes y gobernantes, que no son inteligentes, imitan a los escultores torpes, que piensan que sus estatuas colosales parecen grandes y fuertes, si las modelan con las piernas muy separadas, con los músculos tensos y con la boca bien abierta; estos gobernantes, en efecto, creen que con la firmeza de su voz, con la dureza de su mirada, con malas maneras y con una vida insociable imitan la grandeza y la majestad del poder, aunque en nada se diferencian de las estatuas colosales, que, por fuera, tienen la forma de un héroe o de un dios, pero, por dentro, están llenas de tierra, piedra y plomo; excepto que, en el caso de las estatuas, estas cargas las mantienen siempre derechas, sin inclinarse, mientras que los generales y gobernantes faltos de instrucción, por su ignorancia interior, con frecuencia se tambalean y se

caen, pues, al construir su gran poderío sobre una base que no está bien asentada, se inclinan con ella. Y así como una regla, si es rígida e inflexible, endereza del mismo modo a las demás cosas, si se les aplica y yuxtapone, haciéndolas semejantes a ella, de la misma forma el gobernante debe conseguir primero el dominio sobre sí mismo, dirigir rectamente su alma y conformar su carácter, y, de este modo, hacer que sus súbditos se acomoden a él, porque, sin duda, uno que está caído no puede enderezar a otros ni, si es ignorante, enseñar ni, si es desordenado, ordenar, o, si es indisciplinado, imponer disciplina, o gobernar, si no está bajo ninguna norma. Mas, la mayoría cree neciamente que la primera ventaja de gobernar es el no ser gobernado. Así, el Rey de los persas creía esclavos suyos a todos, excepto a su propia mujer, de la que él, sin embargo, debía sobre todo ser su dueño.

3. ¿Quién, entonces, gobernará al gobernante? La «ley, rey de todos, mortales e inmortales» [6](#), como dijo Píndaro, no una ley escrita afuera, en libros o en tablillas de madera [7](#), sino la razón que vive en el gobernante, que habita siempre con él y lo vigila, no deja nunca su alma sin su liderazgo. El Rey de los persas tenía encargado especialmente a uno de sus chambelanes para que, por la mañana, entrara en su habitación y le dijera: «Levántate, mi rey, y piensa en los asuntos de los que el gran Oromasdes [8](#) ha querido que tú te ocupes». Pero la voz que siempre le dice y recomienda esto está dentro del gobernante instruido y sabio.

En efecto, Polemón [9](#) decía que el amor era «un servicio de los dioses para el cuidado y la conservación de los jóvenes». Y se podría decir con mayor propiedad que la divinidad se sirve de los gobernantes para el cuidado y la conservación de los hombres, para que de las cosas bellas y buenas, que la divinidad da a los hombres, ellos unas las distribuyan y otras las guarden.

*¿Contemplas tú la profundidad de este cielo infinito,
que abraza la tierra con sus húmedos brazos ? [10](#)*

Él deja caer los principios de las semillas apropiadas; y la tierra las hace brotar; unas crecerán con las lluvias, otras con los vientos, otras calentadas por los astros y por la luna, pero el sol adorna todas las cosas y a todas les comunica el hechizo que brota de él. Mas, de todos estos

dones y bienes, tan grandes y tan excelentes, que los dioses otorgan generosamente, no se puede disfrutar o disponer correctamente sin ley, sin justicia o sin un gobernante. La justicia es el fin y la meta de la ley, pero la ley es obra del gobernante y el gobernante es la imagen de la divinidad, que ordena todas las cosas, que no necesita de un Fidias [11](#) ni de un Policleteo [12](#) ni de un Mirón [13](#) que la esculpa, sino que él, por su virtud, se forma a sí mismo a semejanza de la divinidad y crea la estatua más bella y más digna de un dios. Y así como en el cielo la divinidad ha colocado al sol y la luna como la más bella imagen de sí misma, del mismo modo, en las ciudades, el gobernante «que a la manera de la divinidad mantiene las decisiones justas» [14](#) , esto es, el que tiene la sabiduría de la divinidad en su mente, no un cetro ni un rayo ni un tridente, como algunos gobernantes se hacen representar en esculturas y pinturas, haciendo odiosa su locura, por su quimérica pretensión, ya que la divinidad se indigna con los que imitan sus truenos, sus relámpagos y los rayos que lanza, pero con los que imitan su virtud e intentan asemejarse a ella en su excelencia y filantropía se alegra y los hace prosperar y participar de su equidad, justicia, verdad y dulzura. Nada hay más divino que estas virtudes, ni el fuego ni la luz ni el curso del sol ni los ortos y los ocasos de los astros ni su eternidad e inmortalidad. Pues la divinidad no es feliz por la duración de su existencia, sino por el gobierno de su virtud. Esto es, en verdad, divino, pero también es excelente lo que es gobernado por su virtud.

4. Anaxarco [15](#) , en efecto, intentando consolar a Alejandro, que sufría un gran dolor por la muerte de Clito [16](#) , dijo que la Justicia y el Derecho son compañeros de Zeus, para que todo lo que haga un rey parezca lícito y justo. En cambio, de forma incorrecta e inútil intentaba curar su arrepentimiento por los errores cometidos, animándolo a reincidir. Pero, si es preciso hacer conjeturas sobre estas cosas, Zeus no tiene como compañera a la Justicia, sino que él mismo es la Justicia y el Derecho, y la más antigua y la más perfecta de las leyes. Los antiguos así lo dicen, escriben y enseñan que sin la Justicia ni el mismo Zeus es capaz de gobernar bien. «Hay una virgen», según nos dice Hesíodo [17](#) , incorruptible, que vive con honor, prudencia y sencillez, por lo cual a los reyes los llaman «respetables» [18](#) , pues conviene, sobre todo, que sean respetados los que menos tienen que temer. Pero es preciso que el

gobernante tema más hacer el mal que sufrirlo, pues lo primero es la causa de lo segundo, y este miedo del gobernante es humano y no está falto de nobleza temer que sus súbditos sufran sin él saberlo,

*como los perros vigilan penosamente los rebaños en el aprisco ,
cuando han oído a una fiera de crueles entrañas [19](#) ,*

no por ellos mismos, sino por aquellos a los que ellos guardan. Epaminondas [20](#) , en una ocasión en la que los tebanos corrían en tropel a un festival y se daban sin moderación a la bebida, inspeccionaba él solo los arsenales y los muros, diciendo que se mantenía sobrio y despierto para que les fuera posible a los otros beber y dormir [21](#) . Y en Útica Catón [22](#) ordenó enviar a todos los supervivientes de la derrota [23](#) a la costa y, habiéndolos embarcado y pedido para ellos una feliz travesía, volvió a su casa y se mató con su espada, intentando enseñar a qué cosas debe el gobernante tener miedo y cuáles debe despreciar. Y Clearco [24](#) , tirano del Ponto, solía meterse en un cofre y dormir allí como una serpiente, y Aristodemo de Argos [25](#) subía a una habitación elevada que tenía una puerta corredera y, colocando encima de ella su cama, dormía en ella con su concubina. La madre de esta retiraba desde abajo la escalera, que volvía a traer y poner por la mañana. ¿Podéis imaginaros cómo debía temblar en el teatro, en el palacio, en el Senado, en el banquete ese personaje que había hecho de su dormitorio una prisión? Pues, en realidad, los reyes temen por sus súbditos, pero los tiranos temen a sus súbditos; por eso, con el poder, aumentan su temor, pues temen a más personas, al tener poder sobre más súbditos.

5. Pues no es probable ni apropiado, como dicen algunos filósofos, que la divinidad esté mezclada con una materia que padece toda suerte de accidentes y con unos actos sometidos a innumerables necesidades, azares y cambios. Antes bien, arriba, en alguna parte, junto a la naturaleza, que, según los mismos principios, se mantiene eternamente idéntica, la divinidad está sentada sobre pedestales sagrados [26](#) , y, como dice Platón [27](#) , «dando vueltas conforme a su naturaleza, cumple derechamente su camino». Y así como el sol, su más admirable imagen en el cielo, parece como su representación a través de un espejo para aquellos que son capaces de reconocerlo a través de él, del mismo modo, él ha establecido en las ciudades el resplandor de la buena justicia

[28](#) , como una imagen de su razón, que los bienaventurados y los sabios imitan a través de la filosofía, modelándose a sí mismos conforme al más bello de los modelos. Mas nada produce esta disposición en el hombre, excepto el conocimiento que surge de la filosofía, para que no nos suceda como a Alejandro [29](#) , quien, al ver a Diógenes [30](#) en Corinto, sintiendo simpatía por sus dotes naturales y admirando el espíritu y la grandeza del hombre, dijo: «Si no fuera Alejandro, sería Diógenes», como si casi afirmara que estaba disgustado con su buena fortuna, su magnificencia y poder, que eran como un impedimento y una ocupación, que lo alejaban de la virtud, y sentía envidia de su capa raída y su alforja, porque con estas Diógenes era invencible e inexpugnable, sin tener necesidad, como él, de defenderse con armas, caballos y lanzas. Así, le hubiera sido posible, si se hacía filósofo, llegar a ser Diógenes en su actitud y permanecer, sin embargo, Alejandro en su fortuna, y, por esto, llegar a ser más Diógenes, precisamente porque era Alejandro, ya que ante una gran fortuna, que trae consigo borrascas y tempestades, él necesitaba un lastre muy pesado y un piloto muy experto.

6. Pues, entre los débiles, los humildes y los simples ciudadanos la insensatez unida a la falta de poder resulta finalmente inofensiva, de la misma manera que el alma, agitada en los malos sueños por una visión, no es capaz de levantarse de acuerdo con sus deseos; en cambio el poder, unido a la maldad, añade vigor a las pasiones. Es cierto lo que dijo Dionisio, pues declaraba que cuando más disfrutaba del mando era cuando podía hacer rápidamente lo que quería. En efecto, el mayor peligro está en que el que puede hacer lo que quiere, quiera lo que no debe

Nada más pronunciada la palabra, la obra quedó al punto cumplida [31](#) .

La maldad, cuando por razón del poder tiene un recorrido rápido, hace crecer todo tipo de pasiones, haciendo de la cólera asesinato, del amor adulterio, de la codicia expolio. «Nada más pronunciada la palabra», al punto, el ofensor perece con ella; se levanta una sospecha y el hombre calumniado está muerto. Mas, así como los físicos dicen que el relámpago se escapa de la nube después que el trueno, como la sangre es posterior a la herida, pero se percibe primero, ya que el oído aguarda al

sonido, mientras que la vista sale al encuentro de la luz; así en los gobiernos los castigos se adelantan a las acusaciones y las condenas se ejecutan antes que se tengan las pruebas.

*Pues el corazón cede ya y no resiste más ,
como el garfio del ancla clavada en la arena con el flujo
de las olas [32](#) ,*

a no ser que el peso de la razón presione y reprima el poder, y el gobernante imite al sol, que, cuando alcanza su máxima altura, al levantarse en las regiones septentrionales, se mueve mucho menos, realizando con mayor lentitud y seguridad su curso.

7. Pues no es posible disimular los vicios cuando se ejerce el poder. A los epilépticos, si se suben a un lugar elevado y se mueven de su sitio, los domina el vértigo y la turbación, y hacen patente su mal [33](#) ; así, a los faltos de instrucción, la fortuna, tras elevarlos un poco con algunas riquezas, honores y poderes, tan pronto como están en lo más alto nos hace asistir a su caída. Mejor aún, así como entre vasos vacíos no podrías distinguir el intacto del deteriorado, pero, cuando los llenas, se ve el que gotea, del mismo modo, las almas corruptas, no pudiendo resistir al poder, dejan escapar sus deseos, sus iras, su orgullo y su mal gusto. Pero ¿por qué es preciso que digamos estas cosas, cuando los más pequeños defectos en hombres ilustres y esclarecidos son objeto de calumnia? A Cimón [34](#) se le reprochaba su amor al vino; a Escipión [35](#) su afición a dormir y Lúculo [36](#) era criticado por el lujo excesivo en sus banquetes.

Consejos políticos

1. Menémaco [1](#), si hay algún otro asunto en que se pueden aplicar las palabras:

*Nadie de cuantos aqueos hay criticará tus palabras
ni hablará en contra; pero no has llegado a conclusión
alguna [2](#),*

es a esos filósofos que hacen propuestas generales, pero que nada enseñan ni aconsejan; pues son semejantes a los que limpian las lámparas, pero no les echan aceite. Por eso, viendo que tú estás estimulado por la razón hacia la política y que deseas de una manera digna de tu buen nacimiento ser en tu patria

un orador de discursos y un hacedor de hazañas [3](#),

puesto que entre las ocupaciones políticas y los conflictos públicos no tienes tiempo para observar la vida al aire libre de un filósofo, o para ser espectador de los ejemplos basados en hechos y no solo en palabras, y quieres conseguir de mí consejos políticos, pienso que no es conveniente, en absoluto, que yo me niegue, y confío que el resultado sea digno de tu celo y de mi buena voluntad. Por mi parte, como me pediste, he utilizado ejemplos muy variados.

2. En primer lugar, por tanto, como base firme y enérgica de la acción política debe haber una elección que tenga como principio juicio y razón, y no un impulso nacido de una opinión vacía o una afición por las disputas o la ausencia de otras ocupaciones. Pues, así como aquellos que no tienen nada útil que hacer en su casa pasan la mayor parte de su tiempo en la plaza pública, aunque no tengan nada que hacer allí, del mismo modo, algunos, al no tener nada propio que hacer digno de su atención, se lanzan a los asuntos públicos, usando la actividad política como un pasatiempo; y muchos que se han enganchado por azar en los asuntos públicos y que están cansados de ellos no pueden simplemente abandonarlos; les sucede lo mismo que a los que, habiéndose subido a bordo de un barco para ser ligeramente balanceados, una vez que son

lanzados a alta mar, miran a lo lejos mareados y agitados, pero se ven obligados a permanecer donde están y soportar su destino.

*Sobre el brillante mar en calma,
los amores de hermosos rostros los desprenden del banco de
la nave que ara el mar hacia una divina violencia ⁴.*

Estos hombres, sobre todo, desacreditan la actividad pública con sus remordimientos y sus sufrimientos, cuando, tras haber esperado la gloria, caen en desgracia, o, tras haber esperado ser temibles a los otros por su poder, son empujados hacia asuntos que conllevan peligros y desórdenes. En cambio, el hombre que ha comenzado a ocuparse de los asuntos públicos por convicción y razonamiento, como la actividad más conveniente para él y la más hermosa, no se asusta ante ninguna de estas cosas ni cambia su intención.

Pues no hay que entrar en los asuntos públicos por negocio y por afán de lucro, como los del partido de Estratocles ⁵ y Dromoclides ⁶, que se invitaban unos a otros a ir a la «cosecha de oro», pues así llamaban de broma a la tribuna de los oradores; ni entrar en ella como si, de repente, fuéramos asaltados por un ataque de pasión, como hizo Cayo Graco ⁷, quien, cuando las desgracias de su hermano eran aún recientes, retirado lo más lejos posible de los asuntos públicos e inflamado por la injuria y el ultraje de algunos hacia él, se lanzó por los efectos de la cólera sobre los asuntos públicos; y rápidamente se sació de estos asuntos y de la gloria, pero, cuando intentó detenerse y buscar un cambio y una vida tranquila, no encontró el modo de desprenderse de su poder, a causa de su grandeza, sino que murió antes. Y los que, para entrar en la lucha política y la carrera hacia la gloria, componen un personaje, como los actores para salir al escenario del teatro, es preciso que se arrepientan de su acción, ya que, o se hacen esclavos de aquellos sobre los que pretenden gobernar o chocan con aquellos que quieren agradar. Por el contrario, los que se arrojan a la política como a un pozo, por casualidad y sin reflexionar, yo pienso que se turban y se arrepienten, mientras que los que entran con tranquilidad en ella, como resultado de una preparación y reflexión, se ocupan con moderación de sus asuntos y no se enfadan por nada, ya que ellos tienen como meta de sus actos solo el bien y ninguna otra cosa.

3. Así, una vez que ellos han asegurado dentro de su persona su elección y la han convertido en firme e inmutable, es preciso que se apliquen al estudio del carácter de sus conciudadanos, que se muestra, en su grado más elevado, como una mezcla de todos los caracteres individuales y es muy poderoso. Pues el intentar él modular, al punto, el carácter y corregir la naturaleza de su pueblo no es fácil ni seguro, sino que necesita mucho tiempo y gran capacidad. Mas, así como el vino, al principio, es dominado por el carácter del que lo bebe, y poco a poco, atrapándolo dulcemente y mezclándose con su sangre, modela su carácter y lo modifica, del mismo modo el político, mientras disponga del liderazgo, conseguido con su reputación y la confianza pública, debe adaptarse al carácter del pueblo y tomarlo como objeto de su esfuerzo, sabiendo con qué cosas el pueblo se complace y por cuáles se deja conducir de forma natural.

Por ejemplo, el pueblo de Atenas es proclive a la cólera, fácilmente inclinado a la piedad, está más dispuesto a sospechar rápidamente que a dejarse informar con tranquilidad; así como está más dispuesto a ayudar a los que carecen de reputación y a los modestos, del mismo modo acoge con cariño y estima, sobre todo, los discursos alegres y divertidos; mientras que se regocija principalmente con los que lo alaban, en cambio, se disgusta muy poco con los que lo hacen objeto de sus burlas. Es temible hasta para sus gobernantes, después es amable incluso con sus enemigos. Completamente diferente es el carácter del pueblo de Cartago: es duro, sombrío, sumiso a sus gobernantes, duro con los súbditos, muy vil, cuando tiene miedo, muy cruel, cuando se enfurece, obstinado en sus decisiones, insensible y cerrado para la broma y la gracia. Este pueblo, si un Cleón [8](#) le pidiera posponer la celebración de la Asamblea, debido a que venía de hacer un sacrificio y tenía que ofrecer un banquete a unos huéspedes, nunca la habría aplazado entre risas y aplausos, ni habría ese pueblo devuelto una codorniz, escapada del manto de Alcibíades [9](#) mientras hablaba, tras cazarla con entusiasmo entre todos, sino que la habría matado, por su insolencia y arrogancia, pues también desterraron a Hanón [10](#) , porque había empleado un león como bestia de carga, acusándole de pensar como un tirano. Y yo creo que los tebanos no se habrían abstenido de leer las cartas de sus enemigos, caídas en sus manos, como hicieron los

atenienses, quienes, habiendo cogido a unos correos de Filipo [11](#) , que llevaban una carta dirigida a Olimpia, no la abrieron ni descubrieron el afecto secreto de un hombre ausente hacia su esposa. Ni creo, por el contrario, que los atenienses habrían soportado fácilmente el desprecio y el orgullo de un Epaminondas [12](#) , que no solo se negó a defenderse de la acusación contra él, sino que, además, levantándose de su sitio, salió del teatro y se marchó, atravesando la Asamblea, al gimnasio; y creo también que los espartanos habrían estado lejos de soportar la insolencia y bufonada de Estratocles [13](#) , quien, tras convencer a los atenienses para hacer un sacrificio, con motivo de la buena noticia de que ellos habían obtenido una supuesta victoria [14](#) , cuando, tras haber recibido estos el verdadero mensaje de la derrota, se irritaron, preguntó a su pueblo en qué lo había agraviado, puesto que había sido feliz, gracias a él, durante tres días. Ahora los aduladores cortesanos, como los cazadores de pájaros, imitándolos en la voz e intentando ser semejantes a ellos, se despojan lo más posible de sus vestidos y se ganan con engaño a los reyes. Pero al político no le conviene imitar el carácter de su pueblo, sino que debe comprender y emplear para cada uno aquellos medios con los que mejor lo domine, ya que el desconocimiento de los caracteres conduce a errores y caídas, que no son más pequeños en los gobiernos de las ciudades que en la amistad de los reyes.

4. Por tanto, el político, cuando se ha hecho fuerte y se ha ganado la confianza de sus conciudadanos, debe, enseguida, intentar también regular su carácter, conduciéndolos poco a poco hacia lo que sea mejor y tratándolos con suavidad, pues es un trabajo difícil el cambio del pueblo. Pero, tú, como si de aquí en adelante fueras a vivir en un teatro expuesto al público, arregla y pon en orden tu propio carácter. Y, aunque no es fácil alejar completamente el mal del alma, al menos aparta y suprime aquellas faltas que con más claridad se destaquen. Pues tú sabes que Temístocles [15](#) , cuando estaba pensando en entrar en la política, se retiró de las orgías y de los festines; estando despierto por la noche, sobrio y pensativo, decía a sus amigos íntimos que el trofeo de Milciades [16](#) le impedía dormir. También Pericles [17](#) cambió sus hábitos de vida: comenzó a pasear lentamente, a hablar con dulzura, a mostrar en todo momento un rostro sosegado, a tener su mano bajo su manto, a

no tomar más que el camino a la tribuna de los oradores y al Consejo. La multitud, en efecto, no es algo muy manejable ni fácil de ser sometida a un saludable control por cualquier persona al azar, por el contrario, no aceptaría amablemente la autoridad, si no es amedrentada con la mirada y con la voz, como un animal desconfiado y caprichoso. Además, si a un político no deben preocuparle ligeramente estos asuntos, ¿acaso debe pasar por alto las cosas que afectan a su vida y a su carácter, para que estén limpias de reproche y calumnia de todo tipo? Pues los hombres que ocupan un cargo político no solo deben dar cuenta de las cosas que dicen y hacen en público, sino que también deben preocuparse de sus comidas, de sus amores, de su matrimonio y de todas sus actividades frívolas y serias. En efecto, ¿qué debemos decir de Alcibíades [18](#) , a quien, a pesar de ser el más eficaz de los ciudadanos en la política y un general invencible, lo arruinaron sus costumbres licenciosas y su audacia, y que consiguió que la ciudad no sacara provecho de todas sus demás cualidades, debido a su despilfarro y a su intemperancia? ¿Por qué causa los atenienses acusaban a Cimón [19](#) de beber, y los romanos a Escipión [20](#) , no teniendo otra cosa que decir, le censuraban por dormir? Y a Pompeyo [21](#) Magno los enemigos lo censuraban, al observar que se rascaba la cabeza con un solo dedo [22](#) . Pues, así como un lunar y una arruga en la cara son más desagradables que lunares, mutilaciones o cicatrices en el resto del cuerpo, del mismo modo pequeñas faltas parecen grandes, cuando se observan en las vidas de generales y políticos, debido a la opinión que la mayoría tiene sobre el poder y la política, pues son actividades importantes y dignas de mantenerse limpias de toda excentricidad y error. Por tanto, con razón Livio Druso [23](#) , el tribuno, fue muy estimado, porque, teniendo muchas partes de su casa a la vista de sus vecinos y prometiéndole un operario orientarlas de forma diferente y cambiar su posición por solo cinco talentos, le dijo: «Toma diez y haz visible la casa entera, para que mis conciudadanos puedan ver cómo vivo», pues era un hombre prudente y ordenado. Mas, posiblemente, a él no le hacía falta una exhibición pública, ya que el pueblo conoce con claridad las costumbres, las decisiones y las vidas de los hombres públicos, incluso las que parecen estar profundamente encubiertas; ama y admira a un

hombre y detesta y desprecia a otro, tanto por su conducta privada como por su conducta pública.

Entonces «¿Qué?», dirás, «¿no emplean las ciudades a hombres que viven licenciosa y muellemente?». Muchas veces las mujeres embarazadas suspiran por las piedras y los que tienen el mal del mar suspiran por la salmuera y cosas parecidas; luego, poco después, las escupen y las rechazan. Del mismo modo, también los pueblos en las democracias, a causa de su libertinaje y soberbia, o por falta de líderes mejores, aceptan a los que primero encuentran, a pesar de aborrecerlos y despreciarlos; luego se alegran al oír contra ellos dichos tales como los que Platón [24](#) el Cómico hace que diga el Pueblo en persona:

*Toma, toma mi mano tan rápido como puedas ;
pues estoy a punto de levantarla para elegir estratega
a Agirrio [25](#)*

y, de nuevo, cuando el Pueblo pide una jofaina y una pluma para vomitar, mientras dice:

Cerca de mi tribuna se coloca Mantias [26](#)

y

Alimenta al fétido Céfalo [27](#) , la enfermedad más aborrecible [28](#) .

Y el pueblo romano, cuando Carbón [29](#) prometía algo y lo apoyaba con un juramento y una imprecación, realizaba al mismo tiempo una declaración jurada de que no lo creía. En Esparta, en cierta ocasión en la que un hombre disoluto había hecho una propuesta conveniente y el pueblo la había rechazado, los éforos [30](#) eligieron y ordenaron a uno de los ancianos hacer la misma propuesta, como si hicieran un trasvase de un vaso sucio a uno limpio, para que fuera aceptable al pueblo. Así de grande en la vida política es la confianza en el carácter de un hombre, o lo contrario.

5. Sin embargo, no por ello se debe descuidar el encanto y el poder de la elocuencia, y atribuirlo todo a la virtud, sino que, considerando que la oratoria no es la creadora sino la servidora de la persuasión, se debe corregir el verso de Menandro:

Es el carácter del orador el que persuade no su discurso [31](#) ,

porque son su carácter y su discurso juntos. A menos que, por Zeus, uno no afirme que, como el piloto dirige el navío, no el timón, y el caballero hace volver el caballo y no las riendas, del mismo modo la virtud política, empleando como timón y riendas, no solo la palabra sino también el carácter del orador, persuade a la ciudad, consiguiendo sujetarla y dirigirla, por así decirlo, desde la popa, por donde un animal es más manejable, como dice Platón [32](#) . En efecto, aquellos reyes poderosos, «descendientes de Zeus», como los llama Homero [33](#) , que se hinchaban con púrpura, cetros, guardianes y oráculos divinos, y, aunque esclavizan al pueblo con su grandeza, como si ellos fueran superiores, sin embargo, desearían ser oradores de discursos y no descuidan el encanto de las palabras

ni las asambleas, donde los hombres se hacen ilustres [34](#) ,

ellos no solo necesitan el apoyo de Zeus Consejero, de Ares Enialio y Atenea Guerrera, sino también invocan a Calíope

que acompaña a los reyes venerables [35](#) ,

templando con la persuasión y conjurando con encantamientos la arrogancia y la violencia de los pueblos. ¿Acaso es posible, de algún modo, que una persona cualquiera, de vestido y aspecto ordinarios, que desea dirigir una ciudad, tenga poder y logre dominar al pueblo a menos que posea una elocuencia persuasiva y convincente?

Los pilotos de las naves, en efecto, se sirven de otros para dar órdenes a los remeros, pero el político debe tener dentro de sí mismo no solo la inteligencia que gobierna, sino también la palabra que ordena, para no necesitar la voz de otro y no tener que decir, como Ifícrates [36](#) , al ser derrotado por la elocuencia de Aristofonte, «el actor de mis oponentes es mejor, pero mi obra es superior», ni necesitar, con frecuencia, aquellos versos de Eurípides:

¡Ojalá que fuera muda la semilla de los hombres miserables ! [37](#)

y

*¡Ay!, ¡ay! Qué pena que los hechos no puedan hablar a los
hombres,
para que no sirviera de nada ser buenos oradores [38](#) .*

Pues estas cosas, quizá, se podrían permitir a un Alcámenes, a un Nesíotes, a un Ictino [39](#), y a todos los artesanos, cuando afirman bajo juramento que no saben hablar; así, en Atenas, un día en que se examinaba la capacidad de los arquitectos, en relación con un trabajo público, uno de ellos, un astuto y elegante orador, declamando un discurso preparado sobre la construcción, movió al pueblo, pero el otro, mejor arquitecto, pero peor orador, se adelantó y dijo: «Atenienses, como este ha dicho, yo lo haré». Pues, como dice Sófocles [40](#), solo sirven a Atenea Érgane [41](#) esos que

sobre un yunque con un pesado martillo

trabajan una materia inanimada, que obedece a sus golpes. Pero el intérprete de Atenea Políade [42](#) y de Temis Consejera,

que convoca y disuelve las asambleas de los hombres [43](#),

empleando el discurso como único instrumento, adorna la ciudad, modulando y adaptando unas cosas, y ablandando y puliendo aquellas que se oponen a su trabajo, como podrían ser los nudos en la madera o las grietas en el hierro. Por esta razón, el tipo de gobierno en tiempos de Pericles era, «de nombre, una democracia», como dice Tucídides, «pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano» [44](#), debido al poder de su palabra. Pues también Cimón [45](#) fue un hombre de valía, como lo fueron Efialtes [46](#) y Tucídides [47](#), pero este último, cuando Arquidamo [48](#), rey de Esparta, le preguntó quién era el mejor en la lucha, Pericles [49](#) o él, contestó: «Nadie podría decirlo, pues cuando yo en la lucha lo derribo, él dice que no ha sido derribado y gana y convence a los espectadores». Y esto no solo le aportó gloria a Pericles, sino también la salvación a la ciudad; pues, mientras le obedeció, conservó la prosperidad que tenía y se apartó de asuntos extraños. Nicias [50](#), por el contrario, que tenía la misma manera de pensar, pero carecía de semejante poder de persuasión y trataba de cambiar la dirección del pueblo con un discurso que era como un freno sin fuerza, no pudo contener ni dominar a este, sino que, arrastrado contra su voluntad, marchó a Sicilia, desnucándose con tal cabalgadura.

Al lobo, dicen, no se le puede dominar por las orejas, a un pueblo y a una ciudad hay que conducirlos, sobre todo, por las orejas, no como

hacen algunos inexpertos en la elocuencia, que, buscando en el pueblo maneras vulgares y groseras, lo arrastran por el vientre, ofreciéndole banquetes o dándole bolsas de dinero, o los que intentan dominarlo con favores o, más bien, embaucarlo, organizando constantemente espectáculos de danzas o combates de gladiadores. Pues el arte de gobernar al pueblo es el de convencerlo por medio de la palabra, mientras que las seducciones de la muchedumbre por los medios antes mencionados en nada se diferencian de la caza y la cría de los animales irracionales.

6. El discurso del político, sin embargo, no debe ser grandilocuente y teatral, como si estuviera pronunciando un elogio público y tejiendo una corona de palabras delicadas y floridas; ni debe, por otra parte, como decía Piteas [51](#) del discurso de Demóstenes [52](#), oler a mechas de lámpara y a trabajo sofisticado, ni ser punzante en sus argumentos, ni trabajar con períodos [53](#) medidos exactamente a regla y compás; sino que, del mismo modo que los músicos exigen que el toque de las cuerdas parezca expresivo, no simplemente técnico, así, en el discurso del hombre que se dedica a la política, del consejero y del gobernante no deben aparecer ni habilidad ni destreza, ni se les tiene que alabar por su facilidad, su virtuosismo o su sutileza en el hablar, sino que su discurso debe estar lleno de sentimiento natural, de verdadera sabiduría, de franqueza paternal, de previsión, de inteligencia atenta, y, junto a la nobleza del contenido, ha de unir el encanto y el atractivo, que procuran la dignidad de las palabras y los pensamientos apropiados y convincentes.

Por otra parte, el discurso del político, más que el discurso judicial, admite máximas, relatos históricos y míticos, y metáforas, que con medida y en el momento oportuno mueven especialmente a la audiencia de quienes los emplean; como hizo el orador que dijo: «No privéis a la Hélade de uno de sus ojos» [54](#), y Démades [55](#), cuando decía que gobernaba los restos del naufragio de la ciudad, y Arquíloco [56](#):

*Que la roca de Tántalo
no esté suspendida sobre nuestra isla,*

y Pericles, cuando mandaba a los atenienses retirar «la legaña del Pireo» [57](#), y Foción [58](#), cuando decía, en referencia a la victoria de Leóstenes [59](#)

, que la carrera del estadio [60](#) era hermosa, pero él temía, en la guerra, la carrera de fondo. Y, en general, la majestad y la grandeza se ajustan mejor al discurso del político. Ejemplos son las *Filípicas* [61](#) y, entre los discursos de Tucídides [62](#), el del éforo [63](#) Estenelaidas [64](#); el del rey Arquidamo [65](#) en Platea [66](#) y el de Pericles después de la peste [67](#). En cuanto a los discursos retóricos y los largos períodos [68](#) de Éforo, Teopompo y Anaxímenes [69](#), que ellos pronunciaron, después de haber armado y ordenado a sus ejércitos en orden de batalla, se puede decir:

Nadie habla tan neciamente del hierro cuando está tan cerca [70](#).

7. No obstante, también el sarcasmo y la broma pueden formar parte del discurso político, si no se dicen a manera de insulto o bufonada, siendo útiles para el reproche o menosprecio. Tales procedimientos son particularmente apreciados en las réplicas y las respuestas; pues, cuando son empleados a propósito y sin ser provocados, son propios de un bufón y llevan consigo la sospecha de malicia, como había en los sarcasmos de Cicerón [71](#), Catón el Viejo [72](#) y Euxiteo, discípulo de Aristóteles. Estos, en efecto, empleaban frecuentemente la burla sin ser provocados. Por el contrario, a uno que la emplea para defensa propia, la ocasión propicia le proporciona el perdón y el agradecimiento, como a Demóstenes [73](#) en su respuesta al que era acusado de ladrón y se burlaba de su costumbre de escribir de noche: «Sé que te ofendo haciendo brillar mi lámpara» [74](#), o a Démades [75](#), cuando gritaba: «Demóstenes me quiere corregir —la cerda corrigiendo a Atenea—», al que le respondió: «sin embargo, esa Atenea fue cogida el año anterior en adulterio». Graciosa es también la respuesta de Jenéneto [76](#) a sus conciudadanos que le reprochaban el haber huido cuando era general: «Sí, con vosotros, queridos amigos».

Hace falta guardarse del exceso en la broma y de molestar inoportunamente a los oyentes o hacer aparecer al que habla innoble e insignificante, como hizo Demócrates [77](#), quien, subiendo a la Asamblea, dijo que él, como la ciudad, tenía pocas fuerzas y mucha fanfarronería. Y en tiempos de los hechos de Queronea [78](#), presentándose ante el pueblo, dijo: «No hubiera querido que la ciudad se encontrase en una situación tan desastrosa, de tal manera que os

obligue a escucharme a mí como consejero». Pues esto último es propio de un hombre pobre de espíritu, y lo primero propio de un loco, y ninguna de las dos cosas conviene a un político.

De Foción [79](#) se admiraba también la concisión. De todas formas Polieucto [80](#) declaraba que Demóstenes [81](#) era el más grande orador, pero Foción el más experto en hablar, porque su discurso encerraba mucho más contenido en pocas palabras. Y Demóstenes, que despreciaba a los demás oradores, solía decir, cuando Foción se levantaba para hablar: «La cuchilla de mi discurso se levanta» [82](#).

8. Ante todo, pues, intenta, al dirigirte al pueblo, emplear con seguridad un discurso bien pensado y no vacío, sabiendo que el gran Pericles [83](#), antes de hablar al pueblo, pedía a los dioses que no se le ocurriera ninguna palabra ajena al tema a tratar. El orador, por tanto, debe tener su discurso bien trenzado y ensayado ante posibles intervenciones, pues las ocasiones en la política surgen rápidas y, con frecuencia, traen consigo desarrollos imprevistos. Por eso, también Demóstenes [84](#) era inferior a muchos otros oradores, según dicen, pues se echaba atrás y se mostraba vacilante ante una coyuntura favorable. Y Teofrasto [85](#) nos cuenta que Alcibíades [86](#), debido a que planeaba no solo lo que debía decir, sino también cómo lo debía decir, muchas veces, en pleno discurso, buscando y ordenando las palabras, se interrumpía y se quedaba en suspenso. Mientras que el orador que se crece ante los acontecimientos mismos y ante las circunstancias, sobre todo emociona y atrae y cambia a la multitud. Por ejemplo, León de Bizancio [87](#) llegó en cierta ocasión a hablar a los atenienses, que estaban divididos por disputas políticas, y, como se riesen de él por su pequeña estatura, les dijo: «¿Qué sucedería si vierais a mi mujer, que apenas me llega a la rodilla?»; y, como la risa fuera en aumento, exclamó: «Pero para nosotros, que somos pequeños, cuando disputamos, la ciudad de Bizancio no tiene espacio suficiente». Y el orador Piteas [88](#), cuando hablaba contra los honores propuestos a favor de Alejandro y alguien le dijo: «¿Tú, que eres tan joven, te atreves a hablar sobre asuntos tan importantes?», le respondió: «Alejandro es más joven que yo y vosotros estáis votando para hacerlo un dios».

9. Es preciso llevar al debate político, que no es un debate sin importancia, sino que necesita de todas las facultades, un discurso bien

preparado, con voz fuerte y pulmones vigorosos, para que, por desfallecido y apagado, no lo supere muchas veces

un rapaz gritón, con la voz de un Cicloboro [89](#).

Catón [90](#), cuando no tenía esperanzas de ganar su causa por la persuasión, debido a que el pueblo o el Senado habían sido ganados anteriormente con favores e intereses, solía levantarse y, hablando durante todo el día, privaba así de la coyuntura favorable a sus adversarios. Pero, sobre la preparación de un discurso y el modo de usarlo, estas observaciones bastan para aquel que sea capaz de sacar las consecuencias derivadas de ellas.

10. Existen dos entradas y dos caminos en la vida política, la una rápida y brillante, que conduce a la gloria, pero que no está libre de peligros, y la otra, más prosaica y más lenta, pero que es más segura. Algunos hombres, en efecto, se lanzan enseguida a la política, elevándose, como desde una cima marítima, desde una acción brillante, enorme, llena de audacia, pensando que Píndaro [91](#) tenía razón, cuando decía:

*A toda obra que comienza es preciso
poner un frontispicio que brille desde lejos [92](#).*

Pues la multitud acepta con entusiasmo al que comienza, por una cierta hartura y saciedad de lo habitual, como hacen los espectadores con un artista nuevo; asimismo las magistraturas y los poderes, que tienen un brillante y rápido crecimiento, alejan la envidia. Pues el fuego, como dice Aristón [93](#), no produce humo ni la reputación envidia si brillan al instante y con rapidez, sino que son aquellos cuya autoridad ha crecido poco a poco y despacio, los atacados, uno por un sitio, otro por otro; por eso, muchos hombres, antes de llegar a florecer plenamente en el arte de la tribuna, se marchitan. Pero cuando, como se dice de Ladas [94](#),

El ruido de la barrera estaba todavía en sus oídos,

y ya

era coronado,

por su éxito en dirigir una embajada, obtener un triunfo o conducir brillantemente un ejército, en tales circunstancias, ni los que lo envidian ni los que lo desprecian tienen influencia alguna. Así llegó a la fama Arato [95](#) , habiendo comenzado su vida política con la destrucción del tirano Nicocles; como Alcibíades [96](#) alcanzó la fama, tras haber logrado la alianza de Mantinea [97](#) contra los lacedemonios. Pompeyo [98](#) reclamaba conducir un triunfo, aunque todavía no había sido admitido en el Senado; y, al oponerse Sila [99](#) , dijo: «Son muchos más los que adoran la salida del sol que su ocaso»; y Sila, al escuchar estas palabras, cedió. Y a Cornelio Escipión [100](#) , no fue debido a la suerte que el pueblo romano, de repente y en contra de la ley, lo eligiera cónsul cuando era candidato al cargo de edil, sino porque admiraba su victoria en combate singular en Iberia, siendo aún muy joven, y sus hazañas, poco después, en Cartago, siendo tribuno militar, ante las cuales Catón el Viejo [101](#) exclamó:

Solo él tiene sentido, los otros son sombras que vuelan [102](#) .

Pero, ahora, cuando los asuntos de las ciudades no incluyen liderazgos en guerras ni destrucciones de tiranías ni actos de alianzas, ¿cómo podrá un joven comenzar una carrera política brillante e ilustre? Quedan los procesos públicos y las embajadas ante el Emperador, que exigen hombres de temperamento ardiente y que posean, a la vez, coraje e inteligencia. Mas, existen también muchas otras actuaciones sobre costumbres excelentes, que han sido descuidadas en las ciudades, y que se han deslizado subrepticamente a causa de una mala costumbre, para vergüenza y perjuicio de la ciudad, y de las que un hombre puede, cambiándolas, ocuparse personalmente. Ya en el pasado, un gran proceso bien llevado, una buena garantía actuando como abogado a favor de un cliente débil frente a un adversario poderoso, y un lenguaje atrevido puesto al servicio de un derecho contra un mal gobernante, han conducido a algunos a un comienzo glorioso en su vida política. Y no pocos se han engrandecido a través de enemistades que se han ganado por atacar a hombres que ostentaban una autoridad odiosa y temible, ya que el poder del que es vencido pasa al punto y con una mejor reputación al vencedor. Pero el atacar por envidia a un hombre bueno, que, por su virtud, ocupa un lugar preeminente, como Simias

atacó a Pericles, Alcmeón a Temístocles, Clodio a Pompeyo, el orador Menesicles a Epaminondas [103](#) , no conduce a una buena reputación ni a ninguna ventaja de cualquier otro tipo. Cuando el pueblo se ha equivocado en relación con un hombre honrado, se arrepiente, como suele suceder rápidamente después de un momento de cólera, y piensa que la manera más fácil para disculparse es la más justa, es decir, destruir a aquel que lo ha iniciado y convencido para cometer la equivocación. Por el contrario, si uno se subleva contra un hombre perverso, que con su locura y audacia ha hecho de la ciudad cosa propia, como Cleón y Cleofonte [104](#) hicieron en Atenas, y lo derriba y humilla, hace, como en el teatro, una entrada gloriosa sobre la escena política.

No ignoro el hecho de que algunos hombres, reduciendo el poder de un Consejo despótico y oligárquico, como Efialtes [105](#) en Atenas y Formión [106](#) en Elide [107](#) , consiguieron poder y reputación. Pero, para uno que se inicia en la carrera política, esto conlleva un gran riesgo. Por eso Solón [108](#) hizo un mejor comienzo, cuando, estando el Estado dividido en tres facciones, la llamada gente de la montaña, la de la llanura y la de la costa [109](#) , él no se comprometió con ninguna de ellas, sino que se mantuvo imparcial con todas y dijo e hizo todo lo posible para llevarlas a la concordia, y se erigió en legislador para reconciliarlas en sus diferencias, y de este modo instauró su poder. Por tanto, una entrada muy brillante en la vida política tiene muchos y muy diversos comienzos.

11. Pero la mayoría de los hombres ilustres eligió una entrada más segura y lenta, como Arístides [110](#) , Foción [111](#) , Pámenes [112](#) el Tebano, Lúculo [113](#) en Roma, Catón [114](#) , y el lacedemonio Agesilao [115](#) . Pues, como la hiedra, enredándose alrededor de los árboles fuertes, se eleva al mismo tiempo que ellos, cada uno de estos personajes, cuando todavía era joven y desconocido, juntándose a un hombre ilustre y de más edad, elevándose gracias a su poder y creciendo con él, poco a poco, fue asentándose y echó raíces propias en la política. Pues a Arístides hizo grande Clístenes [116](#) , a Foción [117](#) Cabrias [118](#) , a Lúculo [119](#) Sila [120](#) , a Catón [121](#) Máximo [122](#) , a Pámenes [123](#) Epaminondas [124](#) y a Agesilao [125](#) Lisandro [126](#) . Pero Agesilao, a causa de la ambición inoportuna y el celo de Lisandro, afrentado, abandonó enseguida al que guiaba sus

actos. Por el contrario, todos los otros, con nobleza y sabiduría política, respetaron hasta el final a sus maestros y los honraron, aumentando por sí mismos, a su vez, la luz que les hacía brillar, como los cuerpos celestes vueltos hacia el sol, y uniendo su brillo al suyo. Por ejemplo, los detractores de Escipión [127](#) opinan que él es el actor, y su amigo el poeta Lelio [128](#) el verdadero autor de sus obras. Sin embargo, Lelio no se enorgullecía por ninguna de estas cosas, sino que siempre se esforzó en exaltar con celo la virtud y la reputación de Escipión [129](#). Y Afranio [130](#), el amigo de Pompeyo [131](#), que, aunque de origen muy humilde, sin embargo aspiraba a ser elegido cónsul, al ver que Pompeyo favorecía a otros candidatos, renunció a este ambicioso puesto, diciendo que, para él, el conseguir el consulado no sería tan glorioso, sino más bien enojoso a la vez que molesto, si Pompeyo no estaba de acuerdo ni lo apoyaba. Y, así, tras esperar solo un año, obtuvo el puesto y conservó la amistad de Pompeyo. A los que son conducidos de esta manera hasta la gloria por las manos de otros sucede que ganan el favor de muchos y, al mismo tiempo, si ocurre algo desagradable, son menos odiados. Es por lo que también Filipo [132](#) aconsejaba a su hijo Alejandro que se ganase amigos mientras le fuera posible, bajo el reinado de otro, manteniendo buenas relaciones y siendo amable y servicial.

12. El que comienza en la política no debe elegir como guía simplemente a un hombre famoso y poderoso, sino también a aquel que lo sea por sus merecimientos. Pues, así como no todos los árboles aceptan y soportan una vid que se enrosca a su alrededor, sino que algunos ahogan y destruyen su crecimiento, del mismo modo, en las ciudades, los hombres que no aman el bien y solo son amantes de los honores y del poder no ofrecen a los jóvenes oportunidad de actuación, sino que, por envidia, los reprimen y hacen que se marchiten, arrebatándoles la gloria, que es precisamente su alimento natural. Así, Mario [133](#), tras haber obtenido grandes éxitos en Libia [134](#) y después en la Galia [135](#) con la ayuda de Sila [136](#), dejó de servirse de él, porque no soportaba su ascensión en el poder, poniendo como pretexto el incidente del sello: pues Sila, cuando acompañaba como cuestor a Mario, cuando era general en Libia, había sido enviado por este a Bocco [137](#), y cogió a Yugurta prisionero; y, como un hombre joven amante de los honores, que había probado recientemente la gloria, no supo llevar

su éxito con moderación, sino que, haciendo grabar la imagen de su hazaña en un sello, esto es, la rendición de Yugurta ante él, lo llevaba puesto. Mario le reprochó esta acción y lo apartó de su lado. Entonces, Sila, aliándose con Cátulo [138](#) y Metelo [139](#), que eran hombres nobles y adversarios de Mario, echó y derrotó pronto a este, que, por medio de una guerra civil, había estado a punto de destruir Roma. Sila, por el contrario, exaltaba a Pompeyo desde su juventud, levantándose y descubriendo su cabeza cuando se acercaba, ofreciendo también a otros jóvenes la oportunidad de mandar las tropas, y animando a algunos, incluso contra su voluntad, logró llenar las tropas de deseos de honor y emulación, y conservó el poder sobre todos, porque quería ser no solo el único, sino el primero y el más grande entre muchos también poderosos. A estos hombres debería acogerse y unirse un joven político, no para arrebatárselos su reputación, como el reyezuelo de Esopo [140](#), quien, haciéndose llevar a los hombros de un águila, de repente, emprendió su propio vuelo y la adelantó, sino recibéndola de ellos con buena disposición y amistad, pues no son capaces de gobernar bien aquellos que antes no han aprendido a servir correctamente, como dice Platón [141](#).

13. A esto sigue la decisión a tomar respecto a los amigos, y, en este punto, no aprobamos ni la actitud de Temístocles [142](#) ni la de Cleón [143](#). Pues, el uno, Cleón, tan pronto como decidió dedicarse a la política, tras reunir a sus amigos, rompió la amistad con ellos en la idea de que en política, con frecuencia, la amistad ablanda y desvía de la elección recta y justa. Él, en efecto, habría actuado mejor arrojando de su alma la avaricia, el amor a las disputas y limpiando su corazón de envidia y malicia, pues las ciudades no necesitan hombres sin amigos y compañeros, sino hombres honestos y prudentes. Él, enseguida, echó a sus amigos,

*pero cien cabezas de lamentables aduladores circulaban
lamiéndole [144](#)*

a su alrededor, como dicen los poetas cómicos. Y, siendo desagradable y cruel con la gente de la clase elevada, se humillaba, sin embargo, ante el pueblo, para ganarse su favor,

guiando a un anciano y ganando su favor con dineros [145](#),

haciendo su aliado, contra los mejores, a lo más bajo y nocivo del pueblo. Temístocles [146](#), por su parte, a uno que le declaraba que sería un buen gobernante si se mostraba imparcial con todos, le respondió: «Nunca ocuparé un trono por medio del cual mis amigos no obtengan más de mí que aquellos que no son mis amigos»; y este no actuó correctamente, al poner la política al servicio de la amistad y subordinar los asuntos comunes y públicos a los favores e intereses privados. Sin embargo, a Simónides [147](#), que le hacía una petición injusta, le respondió: «No es un poeta serio el que no canta de acuerdo con la música, ni es un buen gobernante el que hace favores en contra de la ley». Pues, en verdad, es terrible y lamentable que, mientras un piloto elige marineros y un patrón elige un piloto

*que saben tener firme en la popa el timón
y montar bien la antena del navío, cuando el viento se
levanta [148](#),*

y un arquitecto elige colaboradores y artesanos que no estropeen su trabajo, sino que le ayuden a realizarlo mejor, el político, en cambio, que es el artista por excelencia, según Píndaro [149](#), y el artesano de la legalidad y la justicia, no elija al punto amigos de sus mismas convicciones y ayudantes que compartan su entusiasmo por el bien, sino, más bien, elija amigos que, injustamente y con violencia, intenten conducirlo hacia otros intereses. Tal político no será considerado diferente a un constructor o a un carpintero, que, por ignorancia y error, emplea escuadras, reglas y plomadas con las que su obra terminará por torcerse.

Pues los amigos son los instrumentos vivos y pensantes de los hombres que se dedican a la política, y estos no deben dejarse arrastrar con ellos, cuando van por el camino equivocado, sino vigilar para que ellos no cometan errores, aunque sea por ignorancia. De hecho, esto es lo que deshonoró a Solón [150](#) y lo indispuso con sus conciudadanos. Ya que, cuando tenía en su mente aligerar las deudas e introducir la *seisáchtheia* [151](#) —esto era un término para designar la cancelación de las deudas— lo comentó con sus amigos, que cometieron una gran estafa;

en efecto, ellos, al conocerla por adelantado, pidieron prestada una gran cantidad de dinero, y poco tiempo después, cuando la ley fue publicada, se descubrió que habían comprado espléndidas mansiones y una gran extensión de tierra con dinero prestado, y Solón fue acusado de ser cómplice del fraude, aunque había sido objeto de una injusticia. También Agesilao [152](#), a causa de las preocupaciones por sus amigos, se mostró muy débil y pobre de espíritu, como el Pégaso de Eurípides [153](#), quien

se encogió retrocediendo más de lo que quería [154](#)

su jinete, y en las desgracias, ayudándoles con más ardor del necesario, parecía que se igualaba a ellos en sus injusticias. Por ejemplo, cuando salvó a Fébidas [155](#), que era juzgado por haberse apoderado de Cadmea [156](#), sin orden alguna, diciendo que tales hechos se debían hacer de manera espontánea. Y cuando consiguió que Esfodrias [157](#), tras haber sido acusado de un acto ilegal y terrible —por haber invadido el Ática, cuando los atenienses eran amigos y aliados—, fuera absuelto, tras dejarse ablandar por los ruegos amorosos de su hijo. Y también se cita de él la siguiente nota dirigida a cierto jefe: «Si Nicias [158](#) no es culpable, dejadlo libre, pero si es culpable, dejadlo libre en atención a mí; de todos modos, dejadlo libre» [159](#). Por el contrario, Foción [160](#) no quiso ayudar a su yerno Caricles [161](#), cuando fue acusado en relación con el asunto de Hárpalo [162](#), sino que dijo solamente: «Yo te hice mi yerno solo para todo lo que es justo», y se marchó. Y Timoleonte de Corinto [163](#), cuando vio que ni por sus enseñanzas ni por sus ruegos podía apartar a su hermano de la tiranía, se unió a los que lo mataron. No se puede, en efecto, «ser amigo hasta el altar» [164](#), evitando solo participar en un falso juramento, como dijo en cierta ocasión Pericles [165](#), sino solamente hasta todo aquello que esté conforme a la ley, la justicia y la utilidad, lo cual, si es descuidado, conduce a un gran daño público, como trajo el no condenar a Esfodrias y Fébidas [166](#), ya que estos contribuyeron en gran medida a que Esparta entrara en la guerra de Leuctra [167](#). Los principios políticos no obligan al político a actuar con severidad contra las faltas leves de sus amigos, sino, por el contrario, le permiten, después de haber garantizado la seguridad de los grandes

intereses públicos, utilizar las posibilidades restantes para socorrer a sus amigos, asistirlos y ayudarles a superar sus problemas.

Y existen también favores que no son censurables; por ejemplo, apoyar preferentemente a un amigo para conseguir un cargo; confiarle alguna administración honorable o una embajada de carácter amistoso, que incluye, por ejemplo, honores a un gran dirigente, o la visita a una ciudad para un pacto de amistad y concordia; y si se presenta una actividad pública difícil, pero ilustre e importante, después de designarse a sí mismo para el puesto, a continuación elegir a su amigo como asistente, como dijo Diomedes

*Si me mandáis que yo mismo escoja a un compañero ,
¿cómo podría yo olvidarme del divino Odiseo ? [168](#) .*

Y Odiseo, a su vez, replicó como convenía al elogio:

*Estos caballos, anciano, recién llegados, por los que
preguntas, son tracios; el valiente Diomedes ha matado
a su dueño, y con él a doce de sus compañeros, todos
principales [169](#) .*

En efecto, esta clase de complacencia hacia los amigos no adorna menos a aquellos que alaban que a los que son alabados, pero la arrogancia, como dice Platón, es compañera de la soledad [170](#) .

Además, efectivamente, es preciso que el político haga ver la participación de sus amigos en sus favores honestos y generosos, y debe decir a los que han sido beneficiados que los alaben y les muestren su afecto, ya que son los verdaderos autores y consejeros de esos favores. Pero las peticiones de sus amigos malas y absurdas debe rechazarlas, sin acritud, con afabilidad, explicándoles y haciéndoles comprender que no son dignas de su virtud y su reputación. Entre los hombres las mejores palabras las dijo Epaminondas [171](#) , quien, tras rechazar una petición de Pelópidas [172](#) de sacar de prisión a un traficante, y habiendo sido liberado este poco después por la petición de una cortesana, dijo: «Tales favores, oh Pelópidas, conviene que se hagan a las rameras, pero no a los generales». Pero Catón [173](#) actuó con brutalidad y arrogancia, cuando Cátulo [174](#) , que era censor y uno de sus más íntimos amigos, le pidió el perdón para un hombre que era juzgado por él, siendo cuestor,

al contestarle: «Es deshonoroso que tú, que tienes la obligación de hacer que nosotros, los jóvenes, tengamos una conducta honorable, te dejes expulsar de aquí por nuestros sirvientes». Pues, de hecho, al rehusar el favor demandado, podía haber evitado la aspereza y la dureza en sus palabras, para dar la impresión de que lo penoso de su acción no era debido a un acto voluntario suyo, sino que le había sido impuesto por la ley y la justicia.

En materia de dinero existen también en política medios no deshonorosos de ayudar a amigos necesitados; como, por ejemplo, Temístocles [175](#) , quien, después de una batalla, al ver un cadáver que llevaba brazaletes de oro y un collar, pasó de largo, pero, volviéndose a un amigo, le dijo: «Coge esas cosas, pues tú no eres, como soy yo, Temístocles». La administración pública concede muchas veces al político la ocasión de ayudar a los amigos —pues no todos los hombres son Menémacos [176](#) —: encárgale a uno, con un sueldo, la defensa de una causa justa; presenta a otro un hombre rico, que necesita de cuidado y protección legales y ayúdale a otro a obtener algún contrato o arrendamiento provechoso. Epaminondas [177](#) , incluso, mandó a un amigo ir a un cierto hombre rico y pedirle un talento, diciendo que era él el que le ordenaba dárselo. Y, cuando el que había sido objeto de la demanda vino y le preguntó la razón, le contestó: «Porque este por ser honesto es pobre, y tú, en cambio, eres rico, porque has robado mucho a la ciudad». Y Jenofonte [178](#) dice que Agesilao [179](#) se enorgullecía enriqueciendo a sus amigos, pues él era más fuerte que el dinero.

14. Puesto que «a todas las totovías», como dice Simónides [180](#) , «es necesario que les acabe creciendo una cresta», y toda actividad política trae consigo enemistades y desacuerdos, conviene que el político se preocupe principalmente de estas cosas. Así, la mayoría de la gente alaba a Temístocles y a Arístides [181](#) , quienes, cada vez que partían para una embajada o expedición militar, dejaban su enemistad en la frontera y la volvían a recoger más tarde. Y a algunos agrada mucho la conducta de Cretinas de Magnesia [182](#) . Este era un adversario político de Hermias, un hombre que no era muy poderoso, pero que tenía un alma generosa y noble; cuando estalló la guerra contra Mitrídates [183](#) , viendo que la ciudad estaba en peligro, ordenó a Hermias que, tomando las riendas del poder, hiciese frente a la situación mientras él se mantenía al

margen; pero, si Hermias insistía en que fuera él el que tomase el mando, se marcharía lejos, para que la rivalidad entre ellos no perjudicara a la ciudad. La invitación agradó a Hermias y, afirmando que Cretinas era más experto que él en los asuntos relacionados con la guerra, se marchó con sus hijos y su mujer. Entonces Cretinas lo hizo escoltar, después de haberle dado de sus propios bienes cuantas cosas son más útiles a los exiliados o sitiados en una ciudad, y, después de dirigir excelentemente las operaciones militares, salvó, contra todo pronóstico, a la ciudad, que estaba a punto de ser destruida. En efecto, si es noble y propio de un alma grande exclamar:

Amo a mis hijos, pero amo más a mi patria [184](#) ;

¿cómo no hubiera sido más fácil a cada uno de aquellos grandes hombres decir: «Odio a tal o cual y deseo hacerle daño, pero amo más a mi patria»? Pues no querer reconciliarse con un enemigo porque por esto debo abandonar a un amigo, es algo terriblemente salvaje y propio de bestias.

Sin embargo, los Foción y Catón [185](#) actuaron mejor, pues ellos no se permitían enemistad personal a causa de diferencias políticas, sino que eran severos e inexorables únicamente en los procesos públicos, a fin de no sacrificar el bien común; pero en los asuntos privados trataban sin ira y con actitud amistosa a sus oponentes políticos. El político, en efecto, no debe considerar a ninguno de sus conciudadanos como enemigo, a no ser que aparezcan en la ciudad, como una enfermedad o un tumor, hombres como Aristión [186](#) , Nabis [187](#) o Catilina [188](#) ; pero a aquellos que, por otra parte, no están en armonía con el bien de la ciudad debe, como el músico, tensarlos y aflojarlos [189](#) , conduciéndolos dulcemente al tono apropiado, sin reprochar con ira y violencia a los que yerran, sino de forma que les produzca una impresión moral, como hace Homero:

*¡Ay!, amigo, yo sabía que en prudencia tú superas a los
otros* [190](#)

y

Tú sabes idear otro discurso mejor que ese [191](#) .

Pero, por otro lado, si dicen o hacen alguna cosa buena, no se disgustará por los honores obtenidos ni se molestará por los elogios a sus buenas acciones. De este modo, nuestra reprensión, cuando sea necesaria, tendrá credibilidad, y les haremos que aborrezcan el mal, exaltando su virtud y mostrándoles, en la comparación, cuánto más estimables y justas son estas cosas que aquellas. Y yo estimo también que el hombre que se dedica a la política debe dar testimonio en las causas justas a favor de sus adversarios, y ayudarles, si son juzgados, contra los delatores, y desconfiar de las calumnias, si son contrarias a su manera de pensar y obrar; como aquel famoso Nerón [192](#) , quien, poco antes de matar a Traseas [193](#) , a quien odiaba y temía especialmente, a uno que lo acusaba de que había juzgado al personaje de forma miserable e injusta, le respondió: «Yo hubiera querido que Traseas fuera un amigo tan bueno para mí como él es el más excelente de los jueces».

Y no es un mal método para reprender a otros, que son perversos por naturaleza y propensos a cometer errores, mencionarles a un enemigo de mejor carácter y decirles: «Él no me habría dicho eso ni habría obrado así». Se debe recordar también a algunos, cuando cometan una falta, la bondad de sus padres, como hace Homero:

*En verdad, poco se parece a su padre el hijo que engendró
Tideo [194](#) .*

Y Apio [195](#) , cuando competía con Escipión el Africano [196](#) en las elecciones a magistrados, dijo: «¡Oh Paulo [197](#) , cuánto gemirías bajo tierra si te enteraras que, cuando tu hijo se presentaba al puesto de censor, Filonico [198](#) , el publicano, era su escolta». Tales cosas sirven para amonestar a los que cometen errores y dan lustre a los que hacen las amonestaciones. Y también el Néstor [199](#) de Sófocles [200](#) , injuriado por Ayante [201](#) , le da una respuesta propia de un político:

Yo no te censuro, pues, aunque hablas mal, obras bien [202](#) .

Y Catón [203](#) , después de oponerse a Pompeyo [204](#) por las medidas violentas que, con César [205](#) , aplicaba en Roma, cuando estalló la guerra entre ellos, ordenó a Pompeyo tomar el mando del poder, diciendo: «Es propio de los mismos hombres llevar a cabo grandes males y ponerles fin». En efecto, el reproche que se mezcla con elogio, cuando no

contiene ira sino franqueza, y no produce cólera sino dolor vivo y arrepentimiento, parece benévolo y servicial. Las injurias, sin embargo, convienen muy poco a los políticos. Observa las cosas que Demóstenes [206](#) dijo contra Esquines [207](#) y este contra Demóstenes, y, a la vez, lo que escribió Hipérides [208](#) contra Démades [209](#), y pregúntate si Solón [210](#) o Pericles [211](#) o Licurgo el Lacedemonio [212](#) o Pítaco de Lesbos [213](#) las habrían pronunciado. Sin embargo, incluso Demóstenes emplea la injuria solo en los discursos forenses; las *Filípicas* están limpias de todo sarcasmo y bufonada, pues tales cosas deshonran más a los que las dicen que a los que van dirigidas, y, además, también producen confusión en los asuntos tratados y perturban los consejos y las asambleas. Por eso, Foción [214](#) hizo bien dejando de hablar y cediendo la palabra a uno que lo injuriaba, pues, cuando el individuo se calló finalmente, volviendo a la tribuna, dijo: «Y bien, habíais oído hablar de la caballería y la infantería pesada; me queda hablar de la infantería ligera y de los peltastas [215](#)».

Mas, como para la mayoría de la gente es difícil soportar este tipo de situaciones y muchas veces es muy útil cerrar la boca con contestaciones a los oradores que insultan, la respuesta debe ser breve en palabras y no mostrar cólera ni violencia, sino dulzura, mezclada con alguna broma y alguna gracia, que de algún modo molesten. Las respuestas mejores son las que se hacen en los mismos términos del que ha hablado. Pues, como los proyectiles que parece que vuelan hacia el que los ha lanzado, porque retroceden movidos por una especie de fuerza y firmeza del obstáculo golpeado, así las palabras, con la fuerza y la comprensión del injuriado, parecen volverse contra quienes los han insultado. Así fue, por ejemplo, la réplica de Epaminondas [216](#) a Calístrato [217](#), porque este reprochaba a los tebanos y a los argivos el parricidio de Edipo [218](#) y el matricidio de Orestes [219](#): «A los autores de esos hechos, cuando nosotros los echamos, los acogisteis vosotros»; y aquella de Antálcidas [220](#), el espartano, al ateniense que dijo: «Con frecuencia os hemos arrojado del Cefiso» [221](#), «Sí, pero nosotros nunca a vosotros del Eurotas» [222](#). Y Foción [223](#) respondió también con gracia a Démades [224](#), que le gritaba: «Los atenienses te matarán», «Sí, a mí me matarán, si están locos, pero a ti te matarán, si están en su sano juicio». Y Craso [225](#), el orador, cuando Domicio [226](#) le dijo: «¿No lloraste

cuando la murena que alimentabas en tu piscina se murió?», le contestó: «Y tú ¿no has enterrado a tres mujeres, sin derramar una sola lágrima?». Estas cosas, efectivamente, tienen también cierta utilidad para la vida en general.

15. Hay hombres, como Catón [227](#) , que se meten en toda clase de servicio público, ya que piensan que el buen ciudadano, en la medida de sus posibilidades, no debe omitir preocupación o cuidado alguno; y alaban a Epaminondas [228](#) , porque, cuando por envidia y a manera de insulto fue elegido telearco [229](#) por los tebanos, no descuidó su cargo, sino que, afirmando que no solo el cargo distingue al hombre, sino también el hombre al cargo, llevó la telearquía a un elevado grado de consideración y dignidad, ya que antes no era sino una especie de supervisión de la retirada de la suciedad y del drenaje de las aguas en las callejuelas. Y también yo, sin duda, parezco ridículo a los visitantes de nuestra ciudad, cuando se me ve en público ocupado con frecuencia en tales asuntos. Pero me ayuda el dicho, que recuerdo en mi memoria, de Antístenes [230](#) , que, cuando alguno mostraba su sorpresa, al verlo llevar él mismo su pescado curado a través de la plaza pública, le respondía: «Sí, pero lo llevo para mí». Y yo, al contrario, a los que me critican, si me detengo junto al que mide una teja o a unos que transportan arcillas y piedras, les contesto: «No es para mí para quien hago estas cosas, sino para mi patria». Pues existen otras muchas cosas con relación a las cuales un hombre sería insignificante y mezquino si las administrara para él mismo y se preocupara de ellas por interés propio. Pero, si se ocupa por interés público y por la ciudad, su comportamiento no es nada innoble, sino que su preocupación y su ánimo hasta para los más pequeños detalles resultan más grandes.

Mas otros piensan que la conducta de Pericles [231](#) fue más respetable y grandiosa; uno de ellos es Critolao [232](#) el Peripatético, que creía que, así como en Atenas la nave *Salaminia* y la *Páralo* [233](#) no se hacían a la mar para cualquier acción, sino solo para misiones necesarias e importantes, del mismo modo el político no debe ocuparse personalmente sino de los asuntos más serios y los más grandes, como hace el Rey del Universo,

pues la divinidad no interviene nada más que en las

*grandes cosas ,
las pequeñas las deja a la fortuna [234](#) ,*

según Eurípides [235](#) . Pues nosotros no alabamos el amor excesivo de honores y de victorias de Teágenes [236](#) , el cual, después de salir victorioso no solo en el circuito de los grandes juegos [237](#) , sino también en numerosos concursos, no solo en el pancracio [238](#) , también en boxeo y en la prueba de carrera de fondo [239](#) ; finalmente, en cierta ocasión en que él tomaba parte en el concurso de una ceremonia fúnebre, en el banquete que acompañaba a la fiesta en honor de alguien que había muerto como un héroe, y todos los asistentes, como era costumbre, habían ya recibido su parte, colocada delante de ellos, dio un salto, e hizo todos los ejercicios del pancracio, como si nadie pudiera salir vencedor estando él presente. Por estos medios reunió mil doscientas coronas, de las que la mayoría se podría considerar basura. En fin, en nada se diferencian de este atleta los que se lanzan a toda clase de actividad política; pronto, sin embargo, hacen que el pueblo se harte de ellos, se hacen impopulares y son motivo de envidia, si tienen éxito, y de alegría, cuando fracasan; y lo que era causa de admiración en ellos al principio de su administración se vuelve ridículo y digno de risa, como en los versos:

*Metíoco es estratega, Metíoco vigila los caminos ,
Metíoco vigila el pan, Metíoco vigila la harina,
Metíoco se cuida de todas las cosas, Metíoco se lamentará [240](#) .*

Este Metíoco era uno de los seguidores de Pericles [241](#) , y, como parece, se servía del poder ganado a través de él, de manera que suscitaba envidia y hartura. Pues el político, como dicen, debe acercarse al pueblo cuando está deseoso de él, y que lo eche de menos cuando no esté presente. Esto es lo que hacía Escipión el Africano [242](#) al residir durante mucho tiempo en el campo, le quitaba peso a la envidia y, al mismo tiempo, concedía un respiro a aquellos que se sentían abrumados por su reputación. Timesias de Clazómenas [243](#) , por el contrario, era, por una parte, un buen hombre para su ciudad, pero, por querer hacer todas las cosas él mismo, se equivocó, haciendo surgir la envidia y el odio contra él, hasta que le ocurrió lo siguiente. Pasaba por la calle en el momento en que unos niños jugaban a golpear una taba desde un hoyo; como

algunos de ellos afirmaban que la taba estaba todavía en el hoyo, el que la había golpeado dijo: «Yo podría echar fuera el cerebro de Timesias, tan cierto como esta taba ha sido echada fuera del hoyo». Al escuchar estas palabras, Timesias comprendió que la envidia contra él se había extendido entre todo el pueblo y, tras regresar a su casa, contó el incidente a su mujer, le ordenó que se preparara para seguirle y, saliendo al punto de su casa, abandonó la ciudad. Y parece que también Temístocles, encontrándose en una situación parecida con los atenienses, dijo: «¿Por qué, mis buenos amigos, estáis cansados de recibir mis frecuentes beneficios?» [244](#) .

De todas estas expresiones, unas están bien dichas y otras no. En efecto, en relación con la buena voluntad y con el cuidado de los bienes comunes, el político no debe renunciar a ninguno, sino que debe prestar atención a todos y conocer cada detalle, y no debe, como el aparejo sagrado [245](#) sobre un navío, mantenerse en la reserva, esperando las necesidades extremas y las adversidades de la ciudad, sino que, igual que los pilotos ejecutan algunas cosas con sus propias manos, pero mandan hacer otras a distintas personas, que manejan diferentes instrumentos, dirigiendo sentados desde lejos las operaciones y las maniobras, y, a la vez, disponen de marineros, oficiales de proa y jefes de remeros, y a algunos de estos, llamándolos con frecuencia hacia la popa, se les confía el timón, del mismo modo conviene al político ceder a otros el gobierno y llamarlos a la tribuna de los oradores con buena voluntad y amabilidad; y no debe administrar todos los asuntos de la ciudad con sus discursos, sus decretos y sus acciones, sino que debe tener hombres buenos, de confianza, y emplear a cada uno de ellos en un servicio particular, de acuerdo con sus aptitudes. Así, Pericles se sirvió de Menipo [246](#) para mandar el ejército; rebajó el poder del Consejo del Areópago por mediación de Efialtes [247](#) ; aprobó el decreto contra Mégara por medio de Carino [248](#) , y envió a Lampón para fundar Turios [249](#) . Efectivamente, cuando el poder parece estar repartido entre muchos, no solo su grandeza provoca menos envidia, sino que también los diferentes servicios se realizan mejor. Pues, del mismo modo que la división de la mano en dedos no la debilita, sino que hace su uso práctico y funcional, así el político, que deja participar a otras personas en el gobierno, por esta colaboración hace su acción más eficaz. Por el

contrario, aquel que, por un deseo insaciable de gloria o poder, toma sobre sí toda la carga de la ciudad se dedica a aquello para lo que no está hecho ni se ha ejercitado, como Cleón [250](#) para mandar un ejército, Filopemén [251](#) para dirigir una flota, y Aníbal [252](#) para arengar al pueblo; tal hombre no tiene excusa si se equivoca, sino que tiene que escuchar lo que dice Eurípides:

Siendo un carpintero, querías hacer objetos que no eran de madera [253](#).

Así, tú, que no eres un orador convincente, querías ser embajador, o, aunque eres despreocupado, querías ser administrador, o, a pesar de ser inexperto en cuentas, querías ser tesorero, o, siendo viejo y débil, querías mandar un ejército. Pericles [254](#), en cambio, también dividió el poder con Cimón [255](#): él se reservó el gobernar en la ciudad, mientras que dejó a Cimón que equipara las naves y luchara con los bárbaros, ya que él estaba mejor dotado para la política y Cimón para la guerra. También se alaba a Eubulo de Anaflisto [256](#), porque, aunque gozaba de confianza y autoridad entre la mayoría, no administró ninguno de los asuntos griegos ni se puso al frente de un ejército, sino que, aplicándose en las finanzas, aumentó los ingresos y con ellos hizo un gran servicio a la ciudad. Sin embargo Ifícrates [257](#), aunque hacía ejercicios de oratoria en su casa, cuando hablaba delante de un público numeroso hacía el ridículo, pues, incluso si hubiera sido un buen orador en lugar de un orador mediocre, debería haberse contentado con la gloria en las armas y dejar los ejercicios de escuela a los sofistas.

16. Puesto que en todo pueblo existe la malevolencia y la crítica hacia los que dirigen la política, y sobre muchas de las medidas útiles, en el caso de que no haya una sublevación ni una oposición política, recae la sospecha de que son realizadas por conspiración —y esto es, sobre todo, lo que hace sospechosas a las amistades y a las camaraderías [258](#)—, no deben los políticos permitir que haya entre ellos verdadero rencor o discrepancia alguna, como hizo el demagogo de Quíos, de nombre Demo, cuando, habiendo resultado vencedor en una lucha de partidos, se negó a expulsar a sus adversarios, «para que no comencemos», dijo, «a disputar entre amigos, después de que estamos por completo libres de enemigos». Esto, en efecto, es una simpleza; ya que, cuando a

propósito de una medida importante y provechosa el pueblo comienza a sospechar, los políticos no deben todos expresar la misma opinión, como si hubiera surgido de un acuerdo, sino, al contrario, dos o tres de los amigos deben disentir y defender suavemente la postura contraria, para luego, como si hubieran sido convencidos, cambiar su posición, ya que de esta manera arrastrarán consigo al pueblo, si parece que son guiados por el interés público. En asuntos menores, sin embargo, que no afectan a nada esencial, no es malo dejar que los amigos muestren realmente sus divergencias, siguiendo cada uno su propia opinión, para que sobre las cuestiones más importantes y de mayor envergadura su unanimidad parezca dictada por el interés superior de la ciudad y no fruto de un acuerdo previo.

17. El político es siempre, por naturaleza, el jefe de la ciudad, como la reina [259](#) entre las abejas, y con este pensamiento debe mantener los asuntos públicos en sus manos, pero aquellos cargos que el pueblo llama «magistraturas» y son conseguidos por medio de una elección no los debe buscar con demasiado entusiasmo ni muy a menudo —pues el deseo de poder no es nada noble ni democrático—, ni rechazarlos cuando el pueblo se los ofrezca y lo llame de acuerdo con la ley; y, aunque sean inferiores para un hombre de su reputación, debe aceptarlos y dedicarles todo su entusiasmo, pues es justo que hombres prestigiados por cargos más altos prestigien los cargos más humildes, y de los cargos más importantes, como el de estratega en Atenas, el de prítane [260](#) en Rodas y el de beotarco [261](#) entre nosotros [262](#), debe despojarse y ceder alguno de ellos, conduciéndose con moderación, y a los cargos más humildes concederles dignidad y grandeza, para que no seamos despreciados por estos ni envidiados por aquellos.

Y, cuando se entra en un cargo, cualquiera que sea, uno debe tener presente no solo las consideraciones que Pericles se recordaba a sí mismo, cuando se revistió la clámide [263](#): «Ten cuidado, Pericles, tú gobiernas a hombres libres, gobiernas a griegos, ciudadanos de Atenas», sino también debe decirse a sí mismo: «Tú gobiernas [264](#), pero a la vez eres gobernado, pues tu ciudad está sometida a los procónsules, los procuradores de César».

Esto no es una lanza en la llanura [265](#),

ni la antigua Sardes [266](#) ni aquella famosa potencia de los lidios. Debes arreglar tu clámide de forma más cuidada y, desde la función de general del ejército, mirar hacia la tribuna de los oradores y no confiar con demasiado orgullo en tu corona al ver las botas de los soldados romanos sobre tu cabeza, sino imitar a los actores, que prestan a la pieza que representan su propia pasión, su manera de ser y su dignidad, escuchando al apuntador y no yendo más allá del grado de libertad en ritmos y metros permitido por los que gobiernan [267](#) . Pues el fracaso en la vida pública no provoca silbidos, mofa y abucheo, sino que sobre muchos se ha abatido

el terrible castigador, el hacha que corta el cuello [268](#) ,

como le ocurrió a vuestro Pardalas [269](#) y sus seguidores, por haber olvidado sus propias limitaciones. Y a aquel que, desterrado en una isla, como dice Solón, se convirtió en

folegandrio o sicineta,
en lugar de ateniense, habiendo cambiado su patria [270](#) .

Pues cuando nosotros vemos a los niños pequeños intentando ponerse en sus juegos los calzados de sus padres y colocarse alrededor de sus cabezas las coronas, nos reímos, pero los que gobiernan en las ciudades, cuando ordenan de manera insensata que el pueblo imite las obras, los valores y las acciones de sus antepasados, a pesar de ser desproporcionados frente a las circunstancias y las condiciones presentes, agitan a las masas y, aunque lo que hacen es ridículo, lo que les pasa, si es que no son tratados sencillamente con el mayor desprecio, ya no produce ninguna risa.

Existen, en efecto, otras muchas acciones de los griegos de otro tiempo que, al ser contadas, pueden servir para formar y corregir las costumbres de nuestros contemporáneos. Por ejemplo, si les recordamos en Atenas no las hazañas bélicas, sino hechos como el decreto de amnistía tras la caída de los Treinta Tiranos [271](#) ; el castigo con una multa a Frínico por representar en una tragedia la toma de Mileto [272](#) ; y que los atenienses, al reconstruir Casandro la ciudad de Tebas [273](#) , cubrieron sus cabezas con coronas; y cuando ordenaron, al enterarse de la «bastonada» en Argos, en la que los argivos mataron a

mil quinientos de los suyos [274](#) , hacer un sacrificio expiatorio en su Asamblea, y cómo, cuando estaban registrando las casas en tiempos del fraude de Hárpalos [275](#) , solo respetaron una, la de un recién casado. Emulando, efectivamente, hechos como estos, también podemos parecernos a nuestros antepasados, pero Maratón [276](#) , el Eurimedonte [277](#) y Platea [278](#) , y cuantos ejemplos hacen hincharse y alborozarse en vano al pueblo, dejémoslos en las escuelas de los sofistas [279](#) .

18. Pero el político no solo debe mostrarse a sí mismo y a su patria como irreprochables ante sus gobernadores [280](#) , sino que debe procurarse también algún amigo entre los más poderosos y en cargos elevados, como firme baluarte de su actuación política —pues los romanos son muy inclinados a servir los intereses políticos de sus amigos—, y también es aceptable sacar provecho a través de la amistad de un poderoso, como el que consiguieron Polibio y Panecio, por la simpatía de Escipión hacia ellos, que reportó gran utilidad a sus patrias [281](#) . César [282](#) , cuando tomó Alejandría, hizo su entrada con Ario de la mano, y hablando, de entre todos sus amigos, solo con él, dijo luego a los alejandrinos, que estaban esperando medidas muy duras y que le pedían perdón, que los perdonaba en atención a la grandeza de su ciudad, a causa de su fundador Alejandro «y, en tercer lugar, para hacer un favor a este amigo aquí presente». ¿Acaso vale la pena comparar con este favor los puestos y administraciones de provincias, en los que se obtiene gran cantidad de dinero, que muchos hombres persiguen, mientras envejecen ante las puertas de otros [283](#) , abandonando sus propios asuntos? ¿O se debe corregir a Eurípides [284](#) , cuando canta y hace decir a sus versos que, si es preciso mantenerse en vela y frecuentar el patio de otro y someterse con humildad al trato de un gran personaje, es mucho más bello hacer estas cosas para servir a la patria y buscar y conservar en las demás cosas las amistades fundadas en la igualdad y la justicia?

19. Ciertamente el político, aunque determine y procure la obediencia de su patria a sus soberanos, sin embargo, no debe humillarla demasiado, ni, si ya las cadenas sujetan el pie, poner debajo también el cuello, como hacen algunos, que, denunciando ante las autoridades todo, lo pequeño y lo grande, hacen más ignominiosa su esclavitud, o, más aún, destruyen completamente la constitución de su ciudad,

haciéndola temerosa, tímida y sin autoridad para nada. Pues, igual que los que no están acostumbrados ni a la comida ni al baño, excepto por mandato de un médico, tampoco disfrutan de toda la salud que la naturaleza les concede, del mismo modo los que necesitan de la decisión soberana para cada decreto, para reunir un consejo, para conceder un favor o para una medida administrativa obligan a sus soberanos a actuar como sus amos más de lo que ellos mismos desean. La causa principal de esto es, sobre todo, la codicia y el deseo de dominio de los ciudadanos principales; pues, o bien, en el caso de que hagan daño a sus inferiores, obligan a estos a exiliarse de la ciudad, o en cuanto a los asuntos en los que discrepan entre ellos, por no querer ocupar una posición inferior entre sus conciudadanos, buscan el apoyo de los más poderosos: el resultado es que el Consejo, la Asamblea popular, los tribunales y todas las magistraturas pierden su autoridad. Pero el político debe calmar a los ciudadanos particulares, garantizándoles la igualdad, y a los ciudadanos poderosos, por medio de un intercambio de concesiones, a fin de mantener y resolver en el marco de la constitución de la ciudad sus asuntos, aplicando a los mismos, como si fueran enfermedades secretas, una especie de medicina política; y debe preferir verse derrotado entre sus conciudadanos antes que salir victorioso con violencia y con la destrucción de los derechos de su propia ciudad, y pedírselo a cada uno de los demás, mostrándoles qué mal tan grande es el deseo de dominio. En cambio, para no pagar con distinciones y favores a sus conciudadanos, a los miembros de su tribu, a vecinos y a colegas de gobierno, llevan con mucho perjuicio y vergüenza a las puertas de los abogados y a las manos de los leguleyos sus diferencias. Pues los médicos, cuando no pueden eliminar totalmente las enfermedades, intentan dirigir las fuera, hacia la superficie del cuerpo; el político, por el contrario, si no puede mantener su país completamente tranquilo, intentará, en cualquier caso, curar y controlar cualquier cosa que le cause disturbios y revueltas, ocultándolos, a fin de necesitar lo menos posible médicos y remedios externos. Pues la intención del político debe ser la que mantenga la seguridad y evite los tumultos debidos a un vano deseo de gloria, como ya se ha dicho [285](#).

En esta actitud, sin embargo, debe haber sentimientos elevados y coraje audaz,

*intrépido, como el que inspira a los guerreros,
cuando en defensa de su patria se enfrentan a los
enemigos [286](#),*

y contra circunstancias y tiempos difíciles, ofrecen resistencia y combaten hasta el final. Porque no debe ser el político quien produzca tempestades, ni debe abandonar su puerto cuando ellas asalten su ciudad, ni debe agitarla peligrosamente, sino, cuando se tambalee y corra peligro, ayudarle y emplear un discurso sincero, como un ancla sagrada [287](#) en los grandes peligros. Tales fueron las desgracias que sobrevinieron a los habitantes de Pérgamo en tiempos de Nerón [288](#) y sobre los rodios recientemente bajo Domiciano [289](#) y sobre los tesalios anteriormente bajo Augusto [290](#), cuando quemaron vivo a Petreo.

Entonces tú no verás dormir ni encogerse de miedo [291](#)

al político de verdad, ni acusar a los otros y situar a su persona fuera de los peligros, sino que lo verás haciendo de embajador, surcando el mar y diciendo el primero no solo

*aquí estamos nosotros, los asesinos, aleja la calamidad, oh
Apolo [292](#),*

sino que, incluso, aunque no haya participado en el error de su pueblo, afrontará los peligros para defenderlo. Pues también eso es hermoso, y además de hermoso, con frecuencia, ocurre que el valor y la grandeza de espíritu de un solo hombre, al provocar admiración, han debilitado la cólera contra todo el pueblo y disipado el horror y la amargura de la amenaza. Tal fue, al parecer, lo que le sucedió al rey de los persas en relación con los espartanos Bulis y Esperquis [293](#), y a Pompeyo en el caso de Estenón, cuando, estando aquel a punto de castigar a los mamertinos [294](#) a causa de una revuelta, le dijo Estenón que obraría injustamente si mataba a muchos inocentes por la falta de uno solo, pues era él solo el que había incitado a la ciudad a la revuelta, persuadiendo a sus amigos y presionando con la fuerza a los enemigos. Estas palabras impresionaron de tal forma a Pompeyo que dejó la ciudad sin castigo y trató a Estenón con benevolencia. Sin embargo, un huésped de Sila que hacía uso de una virtud semejante, pero no frente a un hombre de la misma clase, puso fin a su vida noblemente; pues,

cuando Sila, después de la toma de Preneste, estaba a punto de degollar a todos los habitantes e iba a dejar libre a ese hombre a causa de su hospitalidad, este, declarando que él no quería deber la vida al destructor de su patria, se mezcló con sus conciudadanos y pereció con ellos [295](#) . Conviene, por tanto, evitar situaciones similares y abrigar mejores esperanzas.

20. Ya que toda magistratura es una cosa grande y sagrada, el que la ejerce debe honrarla de la manera más honrosa posible, pero la honra de una magistratura reside en la concordia y la amistad con los colegas, mucho más que en unas coronas y en una clámide [296](#) orlada de púrpura. Mas aquellos que consideran que servir juntos en el ejército y en la *efebía* [297](#) es el principio de una amistad, pero ser colegas en el mando de un ejército y en una magistratura es causa de enemistad, no evitan uno de estos tres males: en efecto, o, considerando a sus colegas iguales, espontáneamente forman partidos, o, considerándolos mejores, los envidian, o, pensando que son inferiores, los menosprecian. Pero es necesario respetar al superior, dar prestigio al inferior, honrar al igual, ser amable y tratar como amigos a todos, pues esta amistad no ha nacido en torno a una mesa, delante de una copa ni junto al hogar, sino que ha surgido de la voluntad popular y de su voto, y porque, de algún modo, los magistrados tienen el amor a la patria como algo heredado. Por ejemplo, en Roma Escipión [298](#) fue criticado porque no había invitado a Mumio, un compañero suyo en el cargo, al banquete que ofreció a sus amigos en la consagración de un templo a Heracles [299](#) . Pues, aunque los dos hombres no se consideraban, en general, amigos, estiman los romanos que, en esas circunstancias, se debe honrar y ser cortés con los compañeros en razón de su cargo. Porque, efectivamente, si a un hombre como Escipión, admirable en otras cosas, la omisión de tan pequeño acto de cortesía le valió la reputación de orgulloso y altivo, ¿cómo, con más razón, podría parecer razonable y moderado un hombre que impide el honor a un compañero en el cargo o lo ofende con sus actos ambiciosos o asume, en general, sobre sí todas las responsabilidades y las conduce hacia sí mismo, por arrogancia, a expensas de aquel? Recuerdo que, siendo yo aún un hombre joven, fui enviado con otro compañero como embajador a un procónsul, y que, habiéndose quedado retrasado el otro por alguna razón, fui yo solo a

entrevistarme y a tratar el asunto. A mi regreso, cuando me disponía a informar de nuestra embajada, se levantó mi padre y, tomándome aparte, me recomendó no decir «marché», sino «marchamos», tampoco «dije», sino «dijimos», y en todo lo demás informar de esta manera en nombre de los dos y de forma conjunta. Pues un comportamiento de tal clase no solo es honrado y generoso, sino que suprime también el aguijón de la envidia por nuestra reputación. Por eso, los grandes hombres atribuyen a una divinidad y a la fortuna una parte de sus éxitos: así Timoleonte [300](#) , que derribó la tiranía en Sicilia, fundó un santuario a Automatía [301](#) ; y Pitón [302](#) , admirado y honrado por los atenienses por haber dado muerte a Cotis, les dijo: «La divinidad hizo estas cosas, sirviéndose de mi mano»; y Teopompo [303](#) , el rey de los lacedemonios, a uno que le dijo que Esparta se había salvado porque sus reyes eran buenos gobernantes, le respondió: «Más bien porque su pueblo sabía obedecer».

21. Estas dos cualidades, en efecto, surgen una de la otra. Pero la mayoría de la gente dice y piensa que el trabajo propio de la educación política es formar a súbditos obedientes; pues en toda ciudad la clase gobernada es más numerosa que la clase que gobierna y, en un régimen democrático, cada uno gobierna un corto espacio de tiempo, pero es gobernado durante toda su vida. De tal forma que la más hermosa y la más útil enseñanza es saber obedecer a los que gobiernan, aunque sean casualmente inferiores en capacidad y reputación. Pues es absurdo que el protagonista, en una tragedia, aunque sea un Teodoro o un Polo [304](#) , haga con frecuencia su entrada detrás de un actor asalariado [305](#) , que recita terceros papeles, y se dirija a él con humildad, si lleva la diadema y el cetro, y que, en cambio, en la vida real y en la actuación política el hombre rico y famoso desdeñe y desprecie al gobernante plebeyo y pobre, insultando y destruyendo el prestigio de su ciudad con la excesiva valoración de sí mismo, en lugar de mejorar y añadir al cargo la reputación y el poder que se derivan de su persona. Así, en Esparta los reyes se levantaban ante los éforos [306](#) , y si algún otro de los espartanos era llamado por ellos, no iba despacio a su encuentro, sino que, de prisa y con diligencia, corriendo a través de la plaza pública, mostraba a sus conciudadanos su obediencia, orgulloso de honrar a sus gobernantes; no como algunas personas groseras y mal educadas, que, como

queriéndose jactar del exceso de su poderío, abusan de los jueces en las competiciones, injurian a los jefes de coro en las Dionisias [307](#) , se burlan de los estrategos y de los gimnasiarcas [308](#) , sin saber ni comprender que la mayoría de las veces es más glorioso otorgar honores que recibirlos. Pues un hombre que tiene un gran poder en una ciudad aumenta más su prestigio, sirviendo de guardián y escolta de un gobernante, que si es custodiado y escoltado por él; o, más aún, esto último le acarrea antipatía y envidia, mientras que aquello le proporciona la verdadera reputación, que proviene del afecto; y haciéndose ver alguna vez en la puerta de un magistrado y saludándole el primero y cediéndole el centro en el paseo [309](#) , sin privarse en nada de su prestigio, se lo da también a su ciudad.

22. Y es también un servicio público soportar la difamación y la cólera del gobernante, respetando las palabras de Diomedes:

A este, en efecto, le acompañará la gloria [310](#) ,

o las de Demóstenes [311](#) : «ahora él no es solo Demóstenes», sino también tesmoteta [312](#) , corego y portador de coronas [313](#) . Nosotros debemos, por lo tanto, dejar nuestra defensa para más tarde; pues, o bien lo atacaremos cuando haya dejado su cargo o, al esperar, saldremos ganando con la desaparición de nuestra ira.

23. Sin embargo, el político debe contender siempre con todo tipo de gobernantes con diligencia, prudencia e inteligencia a favor del bien común; si son personas capaces, aconsejándoles y diciéndoles lo que deben hacer, dejándoles que ejecuten los buenos proyectos y consigan una buena reputación, porque son benefactores de la comunidad; pero, si hay en ellos algún tipo de negligencia, dilación o mala voluntad para la acción, entonces es preciso que él haga acto de presencia, le hable al pueblo y no desatienda ni descuide el bien común, porque no es conveniente, cuando gobierna otro, entremeterse e inmiscuirse en la administración. Pues la ley siempre concede el primer puesto en el gobierno a aquel que obra según la justicia y sabe lo que es conveniente. «Había en el ejército», dice, «un cierto Jenofonte, que no era ni general ni capitán» [314](#) , pero por saber lo que era conveniente y porque se atrevió a llevarlo a cabo, asumiendo el mando, salvó a los griegos. Y el más brillante de los hechos de Filopemén [315](#) es el siguiente: tras la toma

de Mesene [316](#) por Nabis [317](#) , al no querer, por cobardía, el general de los aqueos acudir en ayuda de la ciudad, él con los más valientes, sin un decreto del consejo, se puso en marcha y liberó a la ciudad. Sin embargo, no es conveniente introducir innovaciones por asuntos pequeños y casuales, sino en los casos de necesidad, como hizo Filopemén, o por causas gloriosas, como Epaminondas [318](#) , que añadió, en contra de la ley, cuatro meses al cargo de la beotarquía [319](#) , durante los cuales invadió Laconia [320](#) y arregló los asuntos sobre Mesene, para que, si se nos presenta alguna acusación o reproche por este motivo, tengamos la necesidad como defensa frente a la acusación, o la grandeza y la gloria de la acción como respuesta al peligro.

24. De Jasón [321](#) , el monarca de los tesalios, se recuerda una sentencia que él siempre repetía mientras usaba la violencia y atormentaba a alguien: «Es necesario cometer injusticias en los asuntos pequeños si se quiere actuar con justicia en los asuntos grandes». Se comprenderá, al punto, que este razonamiento es el de un déspota; pero un precepto más político es este otro: intentarás dar gusto al pueblo en los asuntos pequeños, para poder oponerte a él en los asuntos grandes y evitar que se equivoque —pues un hombre demasiado perfecto y violento en todo, que no cede ni consiente nada, sino que siempre es duro e inexorable, acostumbra al pueblo a oponérsele y estar descontento con él—,

y aflojar un poco la escota [322](#) ante la gran fuerza de las olas [323](#) ,

unas veces, cediendo él mismo y bromeando de buen grado con ellos, por ejemplo, en las fiestas, en los juegos públicos y en los espectáculos teatrales; otras, como se hace en casa con los errores de los jóvenes, fingiendo no verlos y no oírlos, para que la fuerza de su amonestación y su crítica abierta, como la de un fármaco, no se agote y desaparezca, sino que, conservando toda su fuerza y confianza, se apodere del pueblo y lo atraiga a la obediencia en los asuntos de gran importancia. Alejandro [324](#) , por ejemplo, habiendo escuchado que su hermana había tenido relaciones íntimas con un bello joven, no se indignó, sino que dijo que también a ella se le debía permitir disfrutar de su dignidad regia; pero, al consentir tal comportamiento, no actuaba correctamente ni de una manera digna de él, pues ni la debilidad ni la conducta violenta en el poder deben considerarse como un mero disfrute. Pues, al

pueblo el político, en la medida de lo posible, no le permitirá violencia alguna contra los ciudadanos ni confiscación de los bienes ajenos ni distribución alguna de los bienes públicos, sino que, usando la persuasión, la enseñanza y la amenaza, combatirá hasta el final deseos como los que Cleón [325](#) y sus partidarios alimentaron y desarrollaron, haciendo nacer en la ciudad, como dice Platón [326](#) , un gran zángano armado de agujones. Pero si el pueblo, tomando como pretexto una fiesta y un culto a un dios, desea un espectáculo, un pequeño reparto, algún favor generoso o alguna distinción, que los obtenga para esa ocasión como disfrute de su libertad y su prosperidad. Porque también durante el gobierno de Pericles [327](#) y Demetrio [328](#) encontramos muchas actuaciones de este tipo; y Cimón [329](#) embelleció el ágora, plantando plátanos y trazando avenidas; y Catón [330](#) , viendo que el pueblo estaba muy alborotado por César [331](#) a causa del asunto de Catilina [332](#) y que buscaba un cambio violento de régimen político, convenció al Senado para que votase ayudas para los pobres, y este donativo detuvo la revuelta y la sublevación. Del mismo modo que un médico, después de extraer del enfermo gran cantidad de sangre infectada, le hace tomar un poco de alimento inofensivo, así el hombre activo en la política, después de eliminar algún gran proyecto, de los nocivos y con mala reputación, calma enseguida el descontento y la crítica mediante un favor pequeño y oportuno.

25. No es malo, también, desviar el interés del pueblo hacia otras cosas útiles, como hizo Démades [333](#) , cuando estuvo a cargo de las finanzas del Estado; pues, al estar el pueblo ansioso por enviar trirremes [334](#) en auxilio de los que se habían levantado contra Alejandro [335](#) y pedirle que le proporcionara los fondos necesarios, les dijo: «Vosotros tenéis fondos disponibles, pues yo he hecho los preparativos para las fiestas de las Libaciones [336](#) , de tal forma que cada uno de vosotros reciba media mina [337](#) , pero si preferís emplear esos fondos para eso, podéis disponer de ellos, pues son vuestros». Y de este modo, como ellos mismos dejaron la expedición para no verse privados de la distribución del dinero, evitó la acusación del pueblo de Atenas contra Alejandro. Pues muchas de las medidas poco ventajosas no las puede impedir el político por medios directos, sino que tiene que emplear, de alguna manera, una vuelta y un rodeo, como los que empleaba Foción

[338](#) cuando se le ordenó invadir Beocia [339](#) en un momento inoportuno: hizo al punto una proclamación, ordenando que le siguieran todos los hombres en edad militar hasta los sesenta años, y, como se elevaran protestas de los de más edad, dijo: «¿Qué hay de terrible en esto? Pues yo, vuestro general, que tengo ochenta años, estaré con vosotros». Así, de este modo, se deben impedir embajadas inoportunas, eligiendo a muchos de los que no están cualificados para ir, y proyectos inútiles, reclamando una contribución, y pleitos poco afortunados, ordenando a las partes que se presenten juntas ante el tribunal y que realicen juntas el viaje. Los que hacen tales propuestas y animan al pueblo a aceptarlas, deben ser los primeros en asumirlas y encargarse de ellas, pues, si se retiran, parecerá que ellos mismos anulan la medida, y, si se unen a ella, participarán de los resultados desagradables.

26. Sin embargo, cuando es necesario realizar algo de gran importancia y utilidad, que precisa de mucha lucha y diligencia, entonces trata de elegir entre tus amigos a los más capaces, y a los más tranquilos de entre los más capaces, pues estos tienden menos a oponerse y están más dispuestos a colaborar, porque son sensatos y no son aficionados a la disputa. No obstante, también es preciso que conozcas tu propia naturaleza y elijas para aquello que estás menos dotado que otros a los más competentes en lugar de aquellos que son iguales que tú, como Diomedes [340](#) eligió para acompañarle en su expedición de reconocimiento al más prudente, dejando a un lado a los más valerosos. Las acciones son así también más equilibradas y no surge la rivalidad entre unos hombres, cuya ambición tiene su origen en sus diferentes virtudes y habilidades. Si no eres hábil en el discurso, toma a un orador como colaborador en un pleito o como compañero en una embajada, como Pelópidas tomó a Epaminondas [341](#) ; y, si eres altivo y poco persuasivo para dirigirte al pueblo, como Calicratidas [342](#) , elige a un hombre agradable y diligente; y, si eres físicamente débil e incapaz para el trabajo duro, elige a un hombre que ame el trabajo y sea fuerte, como Nicías [343](#) escogió a Lámaco [344](#) . Pues no hubiera sido envidiable Geriones [345](#) por tener muchas piernas, brazos y ojos si no los hubiera dirigido todos con una sola voluntad. Pero los políticos, si reúnen para un solo propósito y de mutuo acuerdo, no solo personas y riquezas, sino también sus fortunas, habilidades y virtudes, pueden ganar en

consideración, uno por el otro, en relación con la misma acción; en vez de actuar como los Argonautas [346](#) , que, después de abandonar a Heracles, se vieron obligados a recurrir a encantamientos y hechizos con brebajes con la ayuda de una mujer, para salvarse a sí mismos y robar el vellocino de oro [347](#) .

Cuando se entra en ciertos santuarios, se deja fuera el oro, pero el hierro, por decirlo con claridad, no se puede introducir en ningún santuario. Y, puesto que la tribuna de los oradores es el santuario común de Zeus, consejero y protector de la ciudad, y de Temis y Justicia [348](#) , despojándote de todo amor a la riqueza y al dinero, como si fuera un hierro lleno de veneno y una enfermedad del alma, expúlsalos a la plaza del mercado de los traficantes y usureros

y tú aléjate de ellos [349](#) ,

y observa que el hombre que se enriquece con los fondos públicos es un ladrón de templos y tumbas; y de sus amigos, por la traición y el falso testimonio, es un consejero desleal, un juez perjuro, un magistrado corrupto; en una palabra, un hombre no libre de ninguna injusticia. Por lo tanto, sobre este tema no es necesario añadir más cosas.

27. El deseo de honores en política, aunque cause mejor impresión que el amor por las ganancias, no es menos pernicioso, pues en él hay una mayor audacia. Ese deseo no es, en efecto, innato en espíritus indolentes y miserables, sino, sobre todo, en hombres con voluntades fuertes y vigorosas, y el ruidoso oleaje que procede, con frecuencia, de la multitud que lo eleva y lo arrastra con las alabanzas, los hace irrefrenables e intratables. Así, tal como decía Platón [350](#) que los jóvenes deben saber con claridad desde niños que existe una ley según la cual no deben llevar oro sobre ellos o poseerlo, pues tienen en su propia alma un oro que le es propio, fundido con ella —refiriéndose, creo, a la virtud procedente de su linaje, que impregna todo su ser—, del mismo modo debemos moderar nuestro amor por los honores, diciéndonos que tenemos en nosotros mismos un honor incorruptible, puro, que no pueden alterar ni la envidia ni la infamia; un honor que crece con la reflexión y la contemplación de nuestras acciones y actuaciones políticas; por eso, no necesitamos honores pintados, esculpidos o fundidos en bronce, en los que lo que se admira es precisamente la obra

de otro; pues se alaba no la persona para la que se hizo, sino la persona por la que fue hecho, como el *Trompetista* y el *Doríforo* [351](#) . Catón [352](#) , en un momento en que Roma estaba llena de estatuas, rehusó que hicieran su propia estatua, diciendo: «Prefiero que la gente se pregunte por qué no hay una estatua mía que por qué la hay». Tales honores, en efecto, producen envidia, y el pueblo piensa que debe reconocimiento a los que no lo han recibido, pero que los que lo han recibido son molestos, como hombres que piden cargos públicos con salario. Por tanto, así como un hombre que ha dejado atrás en su navegación la Sirte [353](#) y que ha volcado, enseguida, en el estrecho no ha realizado nada importante ni glorioso, del mismo modo el hombre que ha vigilado el tesoro y los ingresos públicos, pero es sorprendido con un puesto en la presidencia o en el pritaneo [354](#) , ha chocado con un elevado promontorio y se ha hundido igualmente. Así, el mejor hombre es el que no necesita ninguno de tales honores, sino que los rehúye y los rechaza.

Pero si no es fácil, cuando el pueblo se empeña en ello, rechazar sus favores y sus muestras de amabilidad a los que se ejercitan en la lucha política, por así decirlo, que no es una lucha cuyo premio sea el dinero o los favores, sino realmente un concurso sagrado cuyo premio es una corona [355](#) , les basta una inscripción, una tablilla, un decreto y una rama verde, como recibió Epiménides [356](#) sobre la Acrópolis, después de haber purificado la ciudad de Atenas. Y Anaxágoras [357](#) , habiendo rechazado los honores que le habían propuesto, pidió que el día del aniversario de su muerte se dejara jugar a los niños y se les descargara de sus deberes lectivos. A los siete persas, que mataron a los magos, y a sus descendientes, se les concedió llevar la tiara con las bandas atadas en la parte delantera de la cabeza, pues ese era el signo secreto, según parece, que ellos habían elegido cuando emprendieron su empresa [358](#) . Y en el honor recibido por Pítaco [359](#) hay algo de espíritu político: pues, invitado a tomar todo lo que quisiera del territorio que había conquistado para sus conciudadanos, tomó solo el espacio que pudo cubrir lanzando su jabalina. Un romano llamado Publio solamente ocupó la superficie que pudo, siendo cojo, arar durante un día [360](#) .

Pues el honor no debe ser un salario por una acción, sino un símbolo, para que perdure durante largo tiempo, como perduraron aquellos

comportamientos mencionados. Pues, de las trescientas estatuas de Demetrio de Falero [361](#) , ninguna llegó a tener herrumbre y suciedad, pues todas fueron destruidas mientras él todavía estaba vivo; y las de Démades [362](#) fueron fundidas para hacer orinales; y muchos son los honores que han sufrido una suerte semejante, convirtiéndose en odiosos, no solo por la maldad del que los había recibido, sino también por la grandeza excesiva de lo que había sido donado. Por tanto, la mejor y más segura defensa del honor es su sencillez, mientras que aquellos honores que son grandes, excesivos y pesados, lo mismo que las estatuas demasiado grandes, son pronto derribados.

28. Y ahora doy el nombre de «honores» a aquellos que la mayoría, según Empédocles [363](#) ,

no llama como es debido; y yo mismo sigo también la costumbre [364](#) ;

pues el verdadero honor y el verdadero favor, fundados en el afecto y la buena disposición de aquellos que recuerdan sus acciones, no los despreciará el político, y tampoco desdeñará la reputación evitando el «agradar a sus vecinos», como pedía Demócrito [365](#) . Pues ni el saludo cariñoso de sus perros ni el afecto de sus caballos deben ser rechazados por los cazadores y los entrenadores de caballos, sino que es útil y agradable infundir en los animales domésticos y que viven con nosotros una actitud hacia nuestra persona, como la que mostraba el perro de Lisímaco [366](#) o como la que cuenta el poeta que sentían los caballos de Aquiles por Patroclo [367](#) . Y creo que también las abejas mejorarían su situación si recibieran amablemente y dejaran acercarse a los que las mantienen y cuidan, en lugar de aguijonearlos y molestarlos. En cambio, a estas se las castiga con humo, y a los caballos violentos y a los perros rebeldes se les obliga a obedecer por la fuerza con frenos y collares; pero nada hace a un hombre dócil y afable, de forma voluntaria, con otro hombre, excepto la confianza en su bondad y la creencia en su reputación y su justicia. Por lo cual, también Demóstenes [368](#) tiene razón al declarar que para las ciudades la defensa más grande contra los tiranos es la desconfianza; pues esa parte del alma, con la que confiamos, es, sobre todo, la más fácil de cautivar. Por lo tanto, del

mismo modo que el arte profético de Casandra era inútil a sus conciudadanos, porque ella no estaba bien considerada,

*pues la divinidad, dice ella, ha hecho que profetice en vano
y los que sufren y los que se encuentran en desgracia
me llaman sabia, pero, antes de sufrir, dicen que estoy
loca [369](#),*

así, la confianza de los ciudadanos hacia Arquitas [370](#) y su simpatía hacia Bato [371](#) fueron muy útiles a los que hicieron uso de ellos, a causa de su buena reputación. El primero y mayor bien que tiene la reputación de los políticos es la confianza que les da acceso a los asuntos públicos; el segundo es que el afecto de la multitud es para los buenos un arma defensiva contra los calumniadores y malvados,

*como cuando una madre
aparta una mosca de su hijo, mientras está sumido en un
dulce sueño [372](#),*

manteniendo lejos la envidia, y, para las autoridades, hace al que ha nacido humilde igual a los nobles, al pobre igual a los ricos y al simple ciudadano igual a los que gobiernan. En resumen, cuando la verdad y la virtud se añaden, la reputación es un viento favorable y seguro para avanzar en la actividad política.

Considera, ahora, la actitud contraria, instruyéndote con los ejemplos. A los hijos y a la mujer de Dionisio [373](#) los hombres de Italia, después de prostituirlos, los mataron; a continuación, tras quemar sus cuerpos, esparcieron las cenizas en el mar desde un barco. Y, cuando un tal Menandro, que había reinado con suavidad sobre los bactrios, murió en campaña, las ciudades celebraron sus funerales, en general, según la costumbre, pero sobre sus restos disputaron entre ellos y solo se pusieron a duras penas de acuerdo para, tras tomar una cantidad igual de cenizas, marcharse y erigirle un monumento en todas las ciudades. Por otra parte, los de Agrigento, cuando se liberaron de Fálaris [374](#), decretaron que nadie llevara un manto gris, porque los servidores del tirano llevaban prendas de ese color. Los persas, en cambio, debido a que Ciro [375](#) era de nariz aguileña, todavía ahora se enamoran de los hombres de nariz aguileña y los consideran más bellos.

29. Así, de todas las clases de amor, el que surge en las ciudades y los pueblos hacia un individuo a causa de su virtud es el más fuerte y el más divino. Pero los honores, que llevan un nombre falso y que dan un testimonio falso, acordados tras representaciones teatrales, repartos de dinero o combates de gladiadores, se parecen a prostitutas adulatoras [376](#) , ya que el populacho siempre se ríe con el que le otorga y hace favores, concediéndole una reputación efímera e incierta. Y así, el que primero dijo que la soberanía popular fue destruida por el primero que compró sus favores, se dio cuenta, a la vez, que el pueblo pierde su autoridad cuando sucumbe a la corrupción. Pero los corruptores deben saber también que se destruyen a sí mismos cuando consiguen su reputación a costa de grandes dispendios, y que hacen poderosa y arrogante a la multitud, pues cree que tiene poder también para dar y quitar algo importante.

30. Sin embargo, no debemos, por esto, ser tacaños con las liberalidades acostumbradas si nuestra situación nos proporciona cierta prosperidad; pues el pueblo odia más al rico que no le da nada de su fortuna personal que al pobre que roba del tesoro público, porque piensa que la conducta del primero demuestra desdén y desprecio hacia él, mientras que la del segundo está causada por la necesidad. En primer lugar, por tanto, los repartos deben ser desinteresados, ya que así sorprenden y conquistan mucho más a los que los reciben; después, deben realizarse en una ocasión oportuna propiciada por un pretexto elegante y noble, ligado, sobre todo, al culto de un dios, que conduce sin duda a la piedad; pues produce simultáneamente en la multitud una fuerte inclinación y la creencia de que la divinidad es grande y majestuosa, cuando ve que aquellos a los que ella honra y considera grandes se afanan en honrar a la divinidad con liberalidad y con celo. Por tanto, como Platón [377](#) suprimía de la educación de los jóvenes los modos musicales lidio y jonio, el uno porque despierta la parte de nuestra alma que se inclina al lamento y la aflicción, y el otro porque fortalece aquella parte que se inclina a los placeres y alimenta el desenfreno, del mismo modo suprime tú de la ciudad aquellas liberalidades que provoquen y alimenten lo sanguinario y lo bestial, o la bufonada y el desenfreno, y, si no puedes, evítalos y oponte a la multitud cuando pida tales espectáculos. Procura que los objetivos de

tus gastos sean siempre útiles y moderados, que tengan como fin lo que es bueno o lo que es necesario o, en cualquier caso, lo que es dulce y agradable, sin que haya en ello daño y altanería.

31. Si tu hacienda es moderada y está circunscrita, como por un círculo y un radio, a tus necesidades, no hay nada innoble ni humillante si reconoces tu pobreza y cedas ante las ambiciones de los que tienen riqueza, en lugar de pedir dinero prestado para tus contribuciones públicas y ser objeto, a la vez, de piedad y risa. Ya que nadie puede ocultar que no dispone de medios suficientes cuando molesta a los amigos o adula a los prestamistas, de tal forma que no consigue reputación ni poder, sino más bien vergüenza y desprecio a causa de tales dispendios. Por eso, es siempre útil ante tales circunstancias acordarse de Lámaco [378](#) y Foción [379](#), pues este, cuando los atenienses le pedían, durante una fiesta, que hiciera una contribución voluntaria y se lo repetían a grandes gritos, dijo: «Me avergonzaría si contribuyera y, en cambio, no le pagara a Calicles, este de aquí», y señalaba al prestamista. Y Lámaco, cuando era general, siempre apuntaba entre sus cuentas dinero para calzado y un manto para él. Y a un tal Hermón, que rehusaba la magistratura a causa de su pobreza, los tesalios votaron que cada una de las cuatro regiones le diera mensualmente una medida de vino y una de harina. Así, ni es innoble reconocer que uno es pobre ni los pobres, si por su virtud disfrutan de libertad de expresión y confianza pública, tienen menos influencia en las ciudades que los que ofrecen banquetes y espectáculos públicos. El político debe, en efecto, sobre todo, ser dueño de sí mismo en tales circunstancias y no descender a la llanura, si es de infantería, para luchar con la caballería ni, si es pobre, ir a los estadios, a los espectáculos teatrales y a los banquetes a competir con los ricos por la reputación y el poder, sino rivalizar con aquellos que se esfuerzan siempre por conducir a la ciudad por medio de su virtud y su sabiduría, junto con la palabra, pues en estos no solo hay nobleza y dignidad, sino también el poder de agradar y atraer al pueblo,

más deseable que los estateres de Creso [380](#).

Pues el hombre valiente no es arrogante ni insufrible, y el hombre prudente ni es severo ni

se acerca a sus ciudadanos con un semblante adusto [381](#),

sino, en primer lugar, es afable y generalmente accesible y cercano a todo el mundo, manteniendo su casa siempre abierta, como un puerto de refugio para todos los necesitados, y mostrando solicitud y amabilidad, no solo para los actos de servicio, sino también para compartir el dolor de aquellos que sufren una desgracia y la alegría de aquellos que tienen éxito; jamás es desagradable ni molesto por el número de siervos que lo atienden en los baños o por apropiarse de asientos en los teatros ni se hace notar por sus exhibiciones odiosas de lujo y despilfarro, sino que es igual y semejante a otros en su vestido y género de vida, en la educación de sus hijos y por el tipo de servicio de su mujer, como uno que quiere ser como el pueblo y vivir como todo el mundo; así pues, se muestra a sí mismo como un consejero amable, como un abogado desinteresado y como un mediador bien dispuesto entre unos y otros, maridos, mujeres y amigos. Él, cuando participa en la administración pública, no gasta solo una pequeña parte de su día sobre la tribuna de los oradores o en la plataforma del teatro [382](#), y pasa luego el resto de su tiempo

*atrayendo hacia sí mismo, como el viento del norte las
nubes* [383](#),

los servicios y las tareas domésticas desde todas partes, sino que, al ocupar siempre sus pensamientos en el bien público y al considerar la actividad política como su vida y su trabajo, no como una ocupación y una carga pública, como la mayoría, con este comportamiento y con tales cualidades, vuelve y atrae hacia él al pueblo, que percibe que las adulaciones y los halagos de los otros son corruptelas y falsificaciones cuando las compara con la solicitud y la prudencia de este. Los aduladores de Demetrio [384](#) no querían dar a los otros monarcas el nombre de reyes, sino que llamaban a Seleuco [385](#) Conductor de elefantes, a Lisímaco [386](#) Guardián del tesoro, a Ptolomeo [387](#) Almirante de la flota y a Agatocles [388](#) Señor de las islas; el pueblo, por el contrario, aunque rechace, al principio, al hombre bueno y prudente, después, cuando ha comprendido su sinceridad y su manera de ser, lo considera únicamente un político, un amigo del pueblo y un

gobernante, mientras que a los otros los llama y considera, a uno jefe de coro, a otro organizador de banquetes o a otro gimnasiarco [389](#) . Pues, así como en los banquetes, aunque Calias [390](#) y Alcibíades [391](#) eran los que los pagaban, era Sócrates [392](#) el escuchado y a quien dirigían todos las miradas, del mismo modo en las ciudades que gozan de buena salud, un Ismenias [393](#) da dinero, un Licas [394](#) ofrece banquetes y un Nicerato [395](#) proporciona fondos para los coros, pero son Epaminondas [396](#) , Arístides [397](#) y Lisandro [398](#) los que gobiernan, dirigen la política y los ejércitos. Así, observando estas cosas, no debemos sentirnos humillados ni turbados por la reputación ganada por otros ante la multitud mediante espectáculos teatrales, cocinas y cementerios [399](#) , recordando que esta reputación dura poco tiempo y desaparece con los gladiadores y las escenas del teatro, pues en ella no existe nada honroso y respetable.

32. Los expertos en el cuidado y la cría de abejas piensan que, entre las colmenas, la que más zumba y está más llena de ruido, esa es la más floreciente y sana; pero aquel a quien la divinidad le ha encargado cuidar de la colmena racional de los ciudadanos, juzgando la felicidad del pueblo sobre todo por su tranquilidad y paciencia, aceptará e imitará en la medida de sus fuerzas los otros preceptos de Solón [400](#) , y se llenará de dudas y se preguntará con admiración qué le sucedió a aquel hombre tan famoso para prescribir que sería privado de sus derechos el que, en caso de revuelta en la ciudad, no se uniera a una de las dos partes. Pues, en un cuerpo enfermo, el principio del cambio a un estado saludable no viene de las partes igualmente enfermas, sino que se produce cuando la condición física en las partes sanas, ganando fuerza, elimina aquello que es contrario a la naturaleza; también en un pueblo agitado por la revuelta, si esta no es peligrosa y mortal, sino que está destinada a cesar alguna vez, es preciso que el elemento indemne y sano se mezcle bien con el resto, resista y coexista con el otro; pues sobre este fluirá a partir de las personas sensatas todo lo bueno que es propio de él y penetrará en la parte enferma. Pero las ciudades que han caído en un completo desorden están enteramente perdidas, a no ser que se topen con una agresión y un castigo exterior, y se vean obligadas, por la fuerza, a ser razonables a causa de sus desgracias. Ciertamente no conviene mantenerse sentado impasible e insensible en tiempos de

revuelta, cantando himnos a la tranquilidad propia y a la vida desocupada y feliz [401](#) , alegrándose de las necesidades de los otros. Al contrario, en ese tiempo uno debe, por todos los medios, poniéndose el coturno de Terámenes [402](#) , tener trato con ambas partes y no tomar partido por ninguna de ellas, pues no parecerás un forastero por no colaborar en la injusticia, sino un hombre accesible a todos por ayudarles; y tu falta de participación en sus desgracias no despertará envidia si muestras que sufres con todos por igual.

Pero lo mejor es velar para que nunca haya revueltas entre ellos y considerar esto como la función más importante y noble del arte de la política. Observa, en efecto, que de los más grandes bienes que las ciudades pueden disfrutar, paz, libertad, prosperidad, abundancia en hombres valerosos, concordia, en lo que se refiere a la paz, sin embargo, los pueblos, al menos en el tiempo presente, no necesitan políticos — pues toda guerra entre griegos y con bárbaros ha huido y ha desaparecido de entre nosotros [403](#) —; y de la libertad los pueblos participan de toda aquella que los gobernantes les otorgan, y, quizá, otorgarles más no sería mejor; en cambio, en cuanto a una abundante producción de frutos de la tierra, una benigna disposición de las estaciones, que las mujeres den a luz

hijos semejantes a sus padres [404](#) ,

y salud y bienestar para los que nazcan, esto es lo que un hombre prudente pedirá en sus plegarias a los dioses para sus conciudadanos. Entonces, al político, entre las actividades correspondientes a su cargo, le queda solo una que no es inferior a ninguno de los otros bienes: hacer que reine siempre, entre aquellos que viven juntos, la concordia y la amistad de unos con otros, suprimir las disputas, las discordias y toda enemistad; y, como en el caso de riñas entre amigos, hablará primero con la parte que se crea más ofendida, y dará la impresión de participar de su ofensa e indignación; a continuación, tratará precisamente así de apaciguarlos y enseñarles que los que ceden son superiores a los que usan la fuerza y se disputan la victoria, no solo en moderación y manera de ser, sino también en prudencia y grandeza de ánimo, y que, haciendo pequeñas concesiones, ellos serán los vencedores en los asuntos más nobles e importantes; después, enseñará y explicará también a sus

conciudadanos, a cada uno y a todos en común, el estado de debilidad de los asuntos griegos, sobre los que lo mejor es, para los hombres prudentes, aceptar la situación y vivir en tranquilidad y concordia, pues la fortuna no nos ha dejado premio alguno por el que competir. Pues, ¿qué dominio, qué reputación resta a los vencedores? ¿Qué clase de poder es aquel que un pequeño decreto de un procónsul puede anular o transferir a otro hombre y que, aunque dure, no hay nada en él digno de esfuerzo?

Pero, así como un incendio pocas veces comienza en lugares sagrados y públicos, sino que una lámpara olvidada en una casa o unos despojos quemados hacen brotar una gran llama y provocan un desastre público, del mismo modo, una revuelta en una ciudad no siempre la provocan las rivalidades por los asuntos públicos, sino que, muchas veces, las diferencias que se derivan de asuntos y ofensas privadas, al pasar a la vida pública, destruyen toda la ciudad. Por tanto, conviene al político, no menos que ningún otro asunto, remediar o prevenir estos problemas, para que no lleguen a producirse en absoluto, cesen rápidamente y no se hagan mayores y se extiendan a los intereses públicos, sino que permanezcan entre las mismas personas que mantienen esas diferencias; y él, en persona, atenderá estos problemas y explicará a los demás que los problemas privados pueden llegar a ser la causa de los problemas públicos y los problemas pequeños los que causen los grandes, si se descuidan y no se les aplica en su origen tratamiento y buenos consejos.

Por ejemplo, se dice que el mayor conflicto que tuvo lugar en Delfos [405](#) fue provocado por un tal Crates, que iba a casar a su hija con Orsilao, hijo de Famis, porque, en medio de las libaciones para los esponsales, la cratera se rompió sola; entonces, viendo Orsilao en ello un presagio, abandonó a la novia y se marchó con su padre; pero, poco después, Crates, mientras ellos hacían un sacrificio, después de poner en secreto un objeto sagrado de oro entre sus cosas, hizo tirar por un precipicio a Orsilao y a su hermano, sin mediar juicio alguno, y más tarde ordenó matar a algunos de sus amigos y parientes, que se encontraban como suplicantes en el santuario de la Prónoia [406](#) . Después de haberse producido muchos acontecimientos de esta clase, los habitantes de Delfos, tras matar a Crates y a sus partidarios, con sus

riquezas, declaradas malditas, reconstruyeron los templos de abajo [407](#) . En Siracusa [408](#) había dos jóvenes, amigos íntimos, de los cuales el uno, habiendo recibido la orden de guardar al amante del otro, durante su ausencia lo pervirtió, y el otro, a su vez, como le quería devolver el ultraje, sedujo a la mujer del primero. Después de lo cual uno de los ancianos, viniendo al Consejo, pidió que expulsaran a ambos, antes de que la ciudad cosechara los resultados y se llenara por ellos de odio. Sin embargo, no lo escucharon y a partir de entonces comenzaron los desórdenes y, en medio de grandes desgracias, destruyeron el mejor de los regímenes políticos [409](#) . Tú mismo, sin duda, tienes ejemplos cercanos: la enemistad de Pardalas contra Tirreno, pues le faltó poco para destruir Sardes [410](#) por motivos insignificantes y privados, tras haber empujado a la rebelión y la guerra.

Por eso, el político no debe despreciar tales revueltas, que, como las enfermedades del cuerpo, se extienden rápidamente, sino que debe atacarlas, detenerlas y ponerles remedio; pues, con la atención, lo grande se vuelve pequeño, y lo pequeño se reduce a nada, como dice Catón [411](#) . Y para esto no existe medio de persuasión mayor para el político que mostrarse a sí mismo, en sus diferencias privadas, amable, conciliador, sin resentimientos, manteniéndose firme en sus razones primeras y no añadiendo en ninguna ocasión ni rivalidad ni cólera ni ningún otro sentimiento que pueda introducir violencia y acritud en las disputas inevitables. Pues en las palestras [412](#) se envuelven las manos de los que combaten con guantes de cuero, para que la lucha no cause ningún mal irremediable y el golpe sea suave y sin dolor; y en los juicios y en los procesos contra los ciudadanos lo mejor es pleitear, acusando pura y simplemente, y no, afilando y emponzoñando los asuntos con injurias, malicias y amenazas, como si fueran dardos, hacerlos irremediables, grandes y de importancia pública. En efecto, el hombre que se comporta de este modo con los suyos mantendrá sumisos también a los demás; y las rivalidades que afectan a los intereses públicos, si las enemistades privadas se suprimen, se vuelven sencillas y no producen ningún mal molesto ni irremediable.

Posfacio

Plutarco, el gran polígrafo griego, nacido en Queronea (Beocia), en la Grecia central, hacia el año 50 d. C. y que muere hacia el año 120 d. C. en la misma ciudad, en una época, pues, en la que Grecia formaba parte del gran Imperio romano, escribió posiblemente más de doscientas obras de las que solo conservamos un centenar ¹. Estas obras, en forma de diálogo o diatriba, nos han sido transmitidas en dos grandes colecciones, conocidas principalmente por el nombre latino de *Vitae* (*Vidas paralelas*) y *Moralia* (*Obras morales*). Aunque con fines distintos, los dos grupos de tratados reflejan, en primer lugar, el carácter moralizante con el que Plutarco abordó siempre los diversos temas de su amplia producción literaria, que abarca desde los problemas filosófico-morales a los religiosos, pasando por los ético-didácticos, musicales, literarios, amorosos, histórico-arqueológicos, convivales o de banquete, políticos, etc.

En realidad, se puede afirmar que la mayoría de los temas abordados en el imponente *corpus* plutarqueo procede de las múltiples experiencias personales vividas a lo largo de su rica biografía, que lo llevó, primero, a formarse en los mejores centros de la Antigüedad clásica, como la Academia platónica de Atenas, luego, a visitar varias ciudades del Imperio romano, habiendo estado en Roma en dos ocasiones, y a relacionarse, por consiguiente, con personas de distinta profesión, principalmente filósofos, médicos, músicos, gramáticos, poetas y políticos, y, por último, a fundar una Academia, a imagen de la platónica, en su ciudad natal, donde ocupó distintos cargos políticos e, incluso, a ocupar en Delfos el puesto de sacerdote del santuario.

Estas circunstancias vitales explican también, sin duda alguna, las numerosas reflexiones que a lo largo de toda su obra, tanto en *Moralia* como en *Vitae*, encontramos acerca del mundo de la política y de las distintas formas de gobierno. Así, a pesar de que no contamos con ningún tratado teórico escrito por Plutarco sobre esta interesante contribución de la Antigüedad grecorromana, los dos tratados aquí recogidos, *A un gobernante falto de instrucción* y *Consejos políticos*,

junto con, al menos, los titulados *Sobre la monarquía, la democracia y la oligarquía*, *Sobre la necesidad de que el filósofo converse especialmente con los gobernantes* y *Sobre si el anciano debe intervenir en política*, todos incluidos en *Moralia* y escritos en forma de diatriba, ayudan de manera importante a los lectores de la obra plutarquea a hacerse una idea bastante completa de cuáles eran las ideas, preferencias y reflexiones teóricas de Plutarco sobre los distintos regímenes políticos y cómo, cuándo y con qué tipo de formación, según él, los griegos de su tiempo podían acceder a los cargos o servicios públicos de sus respectivas ciudades y su comportamiento en los mismos ².

Principalmente en estas obras de tema político, como es natural, nos encontramos con frecuencia que Plutarco, un aristócrata, se encontraba a gusto con la situación de los griegos en el gran marco del Imperio romano, al que pertenecían desde hacía ya unos dos siglos, y con la relativa libertad y autogobierno de que gozaban sus compatriotas en una época de paz y relativa bonanza económica para las ciudades griegas.

De todas formas, y en primer lugar en el opúsculo *Sobre la monarquía, la democracia y la oligarquía*, nos encontramos con una breve pero interesante reflexión sobre la teoría tradicional de las tres constituciones, en griego *politeíai* (monarquía, oligarquía y democracia) y las desviaciones o cambios de estas formas de gobierno, *metabolai to~n politeio~n* en griego (tiranía, dinastía y oclocracia). Una reflexión que sigue una tradición en la teoría política en Grecia y que tiene su precedente más antiguo en el libro III 80-82 del Heródoto, donde se habla solo de la monarquía, la oligarquía y la democracia, con las variantes en Plutarco de dinastía por oligarquía en relación con la tradición de la teoría política en pensadores como Platón (*República* y *Político*), Aristóteles (*Política* y *Ética a Nicómaco*) y Polibio (*Historias* VI 3-4). En este pequeño tratado, además, nos encontramos con una definición muy interesante del significado del término griego *politeía*, del que se nos facilita su valor polisémico, ya que son cuatro las posibles interpretaciones del término original griego —importante, por ello, para su traslado a una lengua moderna—: derecho de ciudadanía, actividad política, acción única que apunta al bien común y, la más conocida, constitución o régimen político. Por último, el autor escribe

(827 B) que «haciendo caso a Platón, no escogería otra forma de gobierno sino la monarquía, la única capaz de sostener el tono verdaderamente perfecto y elevado de la virtud y de no adaptarse en nombre del bien común ni a la coacción ni a la concesión de favores», una elección que se corresponde con la afirmación que hace sobre la monarquía en el otro tratado citado, *Sobre si el anciano debe intervenir en política* (790 A): «la más perfecta y grandiosa de las formas de gobierno». El opúsculo termina prácticamente con la elección de la monarquía frente a las otras formas de gobierno, aunque piensa que el político podrá manejar, en todo caso, la oligarquía laconia instituida por Licurgo y sabrá sintonizar con la democracia de múltiples cuerdas, si sabe tensarlas y destensarlas de forma adecuada, mientras rechaza totalmente las que llama desviaciones, por considerar que son dominadas y dirigidas por los que otorgan el poder a sus dirigentes.

Siguiendo también a Platón y a toda una tradición que encontramos en Oriente, en la que el filósofo es el consejero de los que ocupan el poder, en la obra *Sobre la necesidad de que el filósofo converse especialmente con los gobernantes*, citada anteriormente, y dedicada posiblemente a un tal Socarno, Plutarco, que escribe este tratado ya en edad madura, defiende que el filósofo puede ayudar, aunque no siempre lo consiga, a que el hombre de gobierno sea virtuoso y actúe siempre en beneficio de sus ciudadanos. Ejemplos pueden ser en Grecia las relaciones entre Anaxágoras y Pericles, Platón y Dión de Siracusa y Pitágoras con los mandatarios itálicos. Es decir, la filosofía debe formar parte importante en la educación del hombre que desee participar en la vida política, como vemos en otros tratados, como el resumido a continuación, y en *A un gobernante falto de instrucción*, aquí traducido, considerado por algunos estudiosos como una parte de una obra única que formarían estos dos opúsculos.

Por último, la tercera obra citada y no traducida aquí, *Sobre si el anciano debe intervenir en política*, la escribe Plutarco en su vejez, como él mismo nos dice (783 B), cumplidos seguramente ya los sesenta años. Dirigida a un gran personaje ateniense, el arconte Flavio Éufanes, amigo y, como él, activo en la vida política, que, al parecer, quiere abandonar a causa de la edad, siendo presidente del Areópago en Atenas, Plutarco nos ofrece aquí un verdadero ejemplo literario de

moral política y una encendida defensa de la actuación pública a la edad en la que tanto él, a la sazón sacerdote en el santuario de Delfos, como su amigo se encuentran. Basándose, principalmente, en la rica experiencia, inteligencia y sabiduría que los ancianos, él mismo y su amigo Flavio Éufanes entre ellos, atesoran y que tan útiles pueden ser para el gobierno de una ciudad o Estado, Plutarco alaba y defiende la actividad política de los ancianos y reprocha a los políticos que en su vejez se quedan en casa inactivos, como los zánganos entre las abejas, dedicándose a comer y a la vida doméstica propia de las mujeres. Además, como reina la paz, el anciano puede aspirar a ocupar, no mandos militares, que debe dejar a los jóvenes, sino magistraturas que precisen poco trabajo pero gran prestigio; intervendrá poco en la asamblea, a no ser en casos de extrema necesidad pública y, sobre todo, aprovechará su experiencia para educar a los jóvenes que deseen dedicarse a la política. En todo caso, aun sin ocupar cargo alguno, el anciano debe estar siempre dispuesto para contribuir, en la medida de sus posibilidades, al bien de sus conciudadanos, pues la actividad política no es una forma de vida que tenga una meta, que se pueda abandonar, tras haberla alcanzado.

Estas ideas y reflexiones expuestas por Plutarco en las tres obras, cuyo contenido hemos resumido brevemente (los regímenes políticos y la monarquía como el mejor entre ellos; la importancia de la filosofía en la educación de los gobernantes, y la gran riqueza que supone la experiencia de los ancianos que han participado en política para los gobiernos, si se les permite seguir ocupándose de la vida pública), se completan con lo que el autor nos ofrece en los dos tratados traducidos en este volumen: *A un gobernante falto de instrucción* y *Consejos políticos*, de los que pasamos a dar un resumen más amplio, de modo que el lector pueda tener un panorama lo más completo posible de las ideas, reflexiones y preferencias de Plutarco sobre la actuación política.

A un gobernante falto de instrucción, 779 D-782 F (*Ad principem ineruditum*, Πρὸς ἡγεμόνα ἀπαιδευτον)

Estamos, quizá, ante un fragmento de un trabajo más extenso, de un discurso o de una conferencia, sin destinatario y con un final repentino.

Se ha pensado, incluso, que podía formar una obra única junto con el trabajo, resumido anteriormente, titulado *Sobre la necesidad de que el filósofo converse especialmente con los gobernantes*, debido a la defensa que se hace en ambos de la relación entre filosofía y actuación política y a que, como este, fue compuesto por Plutarco en edad madura, cuando ya poseía una experiencia propia en los distintos aspectos de la vida.

El tema, con siete apartados, parte de la petición que hacen a Platón los habitantes de Cirene, con motivo de una visita del filósofo ateniense a su ciudad, para que les redacte un código de leyes para gobernar, a lo que él se niega, dada su prosperidad. Se pasa enseguida a defender, en primer lugar, la importancia de la razón, que nace del saber filosófico, para educar a los gobernantes, aunque estos no suelen aceptarla por miedo a ser privados de sus privilegios (Ap. 1). Muchos de estos gobernantes, como hacen los malos escultores de estatuas colosales, interpretan erróneamente el poder, basándolo en el aspecto externo, y terminan utilizando mal su autoridad. El gobernante debe primero formarse a sí mismo, para poder después gobernar a los demás (Ap. 2). ¿Quién gobernará al que gobierna?, pregunta a continuación Plutarco. Está claro, la ley, que reina sobre todos, mortales e inmortales, como dijo Píndaro, es decir, la razón por la que el soberano bien instruido obedece a la divinidad y puede otorgar así a sus súbditos los bienes que le conceden los dioses. Así como la divinidad situó al sol y la luna como hermosa imagen de sí misma, del mismo modo el gobernante, con la razón divina en su mente, es el resplandor que mantiene en las ciudades la justicia (Ap. 3). Solo la ley y el derecho, representantes de Zeus entre los hombres, ayudan al buen gobierno y a que el gobernante tema más hacer el mal que sufrirlo (Ap. 4). La divinidad, por su parte, ha establecido en las ciudades el resplandor de la buena justicia, es decir, al gobernante educado en la filosofía, que se modela a sí mismo conforme al más bello de los modelos (Ap. 5). Como el poder unido a la maldad refuerza las malas pasiones, la razón, en cambio, puede y debe reprimir el poder que tiene el gobernante, cuyos defectos, aunque sean pequeños, son siempre objeto de calumnia (Ap. 6). Pues no es posible disimular los vicios cuando se ejerce el poder. Así, recurriendo, como siempre, a ejemplos de carácter general y de hombres ilustres de la historia de Grecia y Roma (Ap. 7), termina de manera brusca este

opúsculo, en el que, sin embargo, la idea que Plutarco ha querido desarrollar nos llega con claridad: la formación filosófica es necesaria al gobernante, si quiere tener éxito y conseguir el bienestar y el afecto de sus súbditos.

Consejos políticos , ⁷⁹⁸ A-825 F (*Praecepta gerendae reipublicae* , Πολιτικά παραγγέλματα)

En estas páginas, escritas por Plutarco seguramente en los primeros años del siglo II d. C., es decir, ya en edad madura, encontramos todo un tratado didáctico sobre cómo los aristócratas de las ciudades griegas, sometidas desde hace tiempo al poder de Roma, pueden dedicarse a la vida pública, a pesar del limitado autogobierno que les conceden los gobernantes del poderoso Imperio romano, y, con un gobierno moderado, intentar sacar el mayor provecho posible para sus conciudadanos, conservando, a su vez, como aristócratas, su privilegiada situación social.

Tras un breve proemio (Ap. 1), por el que conocemos al destinatario de estos consejos políticos, el tratado se desarrolla a lo largo de treinta y un apartados, en los que se van encadenando los preceptos que debe seguir Menémaco, un joven rico de Sardes, si quiere iniciarse y tener éxito en la vida pública. Numerosos ejemplos de personajes públicos, principalmente de Grecia y Roma, sirven para fundamentar estos consejos.

En general, estos consejos parecen divididos en dos grupos. En el primero, A (Aps. 2 al 12), se recogen los consejos para iniciarse en la política, las virtudes y capacidades necesarias en el aspirante a ocupar un puesto en la vida pública y los dos caminos para entrar en la misma, y en el segundo, B (Aps. 13 al 32), se explica cómo deben ser el comportamiento y las actuaciones del político, una vez alcanzado un cargo con poder sobre sus conciudadanos.

A) En primer lugar, no se debe elegir la política por un impulso repentino, por no tener otras ocupaciones o por afán de lucro, sino por convicción y como resultado de una reflexión, sin buscar la propia reputación, sino el bien de los demás (Ap. 2). Luego se debe estudiar el carácter de los ciudadanos, adaptarse a él, para de esa forma

comprenderlos y emplear los medios con que dominarlos mejor (Ap. 3). Una vez dominado el carácter de su pueblo, el político debe intentar educarlo, con buenas maneras, y debe darle ejemplo con su vida privada, incluso en los más mínimos detalles (Ap. 4). Junto al buen comportamiento, se debe cuidar la forma de hablar, cuando uno se dirige al pueblo, pues es muy importante el poder de la elocuencia (Ap. 5). No obstante, el discurso del político no debe ser teatral ni erudito, aunque sí admite máximas, relatos históricos y míticos, y metáforas, siempre que estén bien empleados (Ap. 6). Del mismo modo, en el discurso político tienen cabida el sarcasmo y la broma, con la condición de que se empleen en el momento oportuno y siempre que se responda a una provocación (Ap. 7). Por otra parte, el político debe emplear un discurso pleno de sentido y bien pensado, para poder contestar con éxito a cualquier pregunta o ataque (Ap. 8). Debido a la importancia del debate político, su discurso debe estar acompañado de una voz potente y unos pulmones llenos de fuerza (Ap. 9). Para acceder a la vida política existen dos entradas, una, rápida y brillante, que conduce a la gloria, pero que no está libre de peligros, y otra, prosaica y más lenta, pero segura (Ap. 10). Esta última fue elegida por políticos como Arístides, Foción, Pámenes el Tebano, Lúculo de Roma, Catón y el lacedemonio Agesilao, quienes, juntándose a hombres ilustres y de más edad, consiguieron elevarse y crecer con su poder (Ap. 11). Ahora bien, todo el que comienza en la política debe elegir como guía, no solo a un hombre famoso y con gran poder, sino también a uno que haya demostrado su valor y ame el bien (Ap. 12).

B) Con los amigos el político debe ser todo lo bueno que permitan los intereses del bien público, no actuando nunca contra la legalidad y la justicia para favorecerlos (Ap. 13). Asimismo, para un político los intereses de la ciudad y su salvación deben estar por encima de posibles enemistades y diferencias con sus colegas de gobierno, e incluso debe ayudar a sus oponentes, en el caso de ser atacados injustamente, y no unirse a la injuria, recordando a aquellos que se comportan mal las bondades de sus padres y siendo comedido en sus discursos, sin insultar a sus adversarios políticos, ya que esta actitud se puede volver contra él (Ap. 14). Se debe aceptar cualquier cargo o servicio público, aunque parezca inferior a los propios merecimientos, pues no solo el cargo

distingue al hombre, sino este al cargo. Por otra parte, el político no debe querer administrar todos los asuntos él solo, sino repartir el gobierno de los mismos entre hombres de su confianza, no dejándose dominar por el excesivo afán de honores y éxitos (Ap. 15). Todas las acciones de los que gobiernan deben parecer al pueblo que se realizan solo buscando el interés y el bien público (Ap. 16). Además, el político no debe buscar con demasiado entusiasmo los cargos, pero tampoco rechazarlos, si el pueblo se los ofrece, aunque no sean dignos de un hombre de su reputación, dignificándolos y engrandeciéndolos con su persona. Al pueblo solo se le debe pedir que imite las acciones de sus antepasados de acuerdo con los tiempos presentes y en la medida de sus posibilidades, no exigiéndole que imite hazañas como las de Maratón, Eurimedonte y Platea (Ap. 17). La relación del político con algún amigo entre los poderosos y su buen comportamiento ante los que gobiernan, es decir, ante Roma, suelen ser provechosos para él y para su patria (Ap. 18). Debe hacer a su patria obediente a sus soberanos, sin humillarla, claro está, convirtiéndola en tímida y sin autoridad alguna, sino procurando la igualdad entre los ciudadanos y evitando y no produciendo revueltas y disturbios, para no poner en peligro al Estado (Ap. 19). Dado que toda magistratura es algo grande y sagrado, el que la ejerce debe honrarla, respetando al superior, dando prestigio al inferior, honrando al igual y siendo afable con todos, teniendo la costumbre, además, de atribuir a la divinidad o a las virtudes del pueblo el posible éxito de sus actuaciones (Ap. 20). El trabajo propio de la acción política es formar súbditos obedientes, pues esto es útil para los gobernados, aunque lo sean por gobernantes menos prestigiosos, sabiendo que la verdadera reputación no viene siempre del poder, sino del afecto con el que se trata a los ciudadanos (Ap. 21). Es también un servicio público soportar la cólera del gobernante, dejando o retardando, en todo caso, nuestra defensa para luego, para cuando haya dejado el cargo (Ap. 22). El político debe rivalizar con los gobernantes a favor del bien común y, cuando gobierna otro, no debe inmiscuirse en la administración, a no ser que descubra en el que gobierna algún tipo de negligencia (Ap. 23). Se puede ceder a los deseos del pueblo en asuntos pequeños, ofreciéndole espectáculos o algún favor generoso, pero actuar con justicia en los grandes (Ap. 24). Se deben tomar las medidas más

provechosas para el interés público, aunque hayan de emplearse, a veces, no medios directos, sino rodeos para conseguir esa meta (Ap. 25). Del mismo modo, el político ha de saber elegir a sus colaboradores, que deben completar o proporcionarle aquello de lo que él carece o posee en menor medida (Ap. 26). En política debemos moderar nuestro deseo de honores, pues es igual de pernicioso que el amor por el dinero, sabiendo que el verdadero honor lo tenemos dentro de nosotros, que crece con la reflexión y la contemplación de nuestras actuaciones políticas y que no debe ser considerado como un salario por las mismas, pues el honor mejor y más seguro es el que se distingue por su sencillez (Ap. 27). Ahora bien, no se deben rechazar el amor y el favor verdaderos ni desconfiar de la buena intención de aquellos que desean premiar así nuestras acciones, ya que nos defenderá de las calumnias y maldades de los enemigos (Ap. 28). El verdadero amor de las ciudades hacia un individuo es el que nace de su virtud y no por haberlo ganado con grandes dispendios (Ap. 29). No obstante, el político no debe ser tacaño en otorgar favores, si tiene suficiente prosperidad para financiarlos, siendo generoso y desinteresado, aunque ha de evitar, sin embargo, conceder liberalidades y espectáculos que produzcan grosería y desenfreno (Ap. 30). Si, por el contrario, posee una hacienda moderada, debe reconocer su pobreza y no pedir dinero prestado para, mediante espectáculos o banquetes, competir con los ricos en poder, sino rivalizar con ellos en virtud, siendo amable con todo el mundo, mostrándose dispuesto a ayudar a todos y guardando una apariencia semejante a los demás en su modo de vestir y en su género de vida. Todo ello le proporcionará una valoración verdadera (Ap. 31). Finalmente, Plutarco piensa que el político debe evitar las revueltas, aunque, en caso de que las haya, no debe permanecer impasible, sino tener trato con ambas partes y, sobre todo, hacer que entre ellas reine la concordia y la amistad. Además, en el estado de debilidad en que se encuentran los asuntos griegos, bajo el dominio de Roma, lo recomendable es mantener la paz y saber, por último, que las rivalidades en los asuntos públicos frecuentemente tienen su origen en disputas privadas, por lo que el político debe atenderlas y ponerles remedio, ya que sin las últimas las primeras no suelen producir daños de importancia ni son irremediables (Ap. 32).

José García López

Notas

A un gobernante falto de instrucción

[1](#) Ciudad principal de la Cirenaica, en el norte de África, fundada por los griegos. Centro de una importante escuela filosófica y visitada por Platón en uno de sus viajes, según Diógenes Laercio, *Vidas y doctrinas de los filósofos más ilustres* III 6. Recordemos, a este respecto, que Platón fracasó como consejero político de los reyes de Siracusa (Sicilia), adonde realizó tres viajes, los dos últimos con la idea de llevar a la realidad su ideal político en la corte de Dionisio II.

[2](#) El gran filósofo ateniense, siglo V-IV a. C., discípulo de Sócrates y fundador de una Academia de filosofía en Atenas. Esta anécdota está recogida también en Plutarco, *Vida de Lúculo* II, 5.

[3](#) Eurípides, fr. 788, 1 Nauck².

[4](#) Primer rey espartano de nombre conocido, siglo VIII a. C. Anécdota repetida en Plutarco, *Vida de Licurgo* VII 2-3.

[5](#) Cinco magistrados en Esparta, elegidos en representación de las cinco tribus locales, por la asamblea popular (*apellá*), que solo se reunía por orden suya, y que controlaba a los demás magistrados del Estado, incluidos los dos reyes.

[6](#) Fr. 169 A. Píndaro, el gran poeta tebano, autor de numerosas obras de lírica coral griega, siglo VI-V a. C. Son famosos sus *Epinicios*, cantos a los vencedores en los Juegos Olímpicos, Píticos, Nemeos e Ístmicos. Cf. notas 237 y 355 en el tratado *Consejos políticos*. Citada esta frase también por Platón, *Gorgias* 484 b. Cf. Platón, *Leyes* 690 b.

[7](#) Referencia a las tablillas originales de las leyes de Solón, el legislador y poeta ateniense del siglo VI a. C., incluido entre los Siete Sabios de Grecia. En Plutarco, *Vida de Solón* XXV, se dice que Solón hizo grabar sus leyes en unos ejes de madera que giraban dentro de unos pivotes que los contenían. Cf. también nota 213 en el tratado *Consejos políticos*.

[8](#) Oromasdes es la forma griega de Ormuz o Ahura Mazda, dios supremo de la primitiva religión de los persas, que, como divinidad benéfica, se oponía a Ahrimán, principio del mal.

[9](#) Polemón de Atenas, sucesor de Jenócrates (siglo IV a. C.), como director de la Academia, escuela de filosofía fundada por Platón en Atenas. Cf. nota 2.

[10](#) Eurípides, fr. 941, 1-2 Nauck². Versos repetidos en *Moralia* 601 A. Cf. nota 153 en el tratado *Consejos políticos*.

[11](#) Célebre escultor griego del siglo V a. C., director, entre otras obras, de las esculturas del Partenón, y autor de obras, no conservadas, como las célebres Atenea

Parthénos y Atenea *Prómachos* , en el Partenón de Atenas, y el Zeus de oro y marfil, en el templo de Zeus en Olimpia.

[12](#) Junto a Fidias, uno de los grandes escultores del siglo V a. C., autor de un canon sobre las proporciones del cuerpo humano. Son célebres sus estatuas el *Doryphóros* y el *Diadúmenos* , así como su Hera de oro y marfil del templo de la misma diosa en Argos.

[13](#) El tercer gran escultor griego del siglo V a. C. Es conocido, sobre todo, por su célebre *Diskobólos* y el grupo de Marsias y Atenea en su disputa sobre el *aulós* , principal instrumento musical de viento en Grecia.

[14](#) Homero, *Odisea* XIX 109 y 111.

[15](#) Anaxarco de Abdera, ciudad griega de Tracia, seguidor de Demócrito pero con tendencias escépticas, del que nos habla Diógenes Laercio, *Vidas y doctrinas de los filósofos más ilustres* , IX 58-60. Acompañó a Alejandro Magno en sus conquistas. Cf. Plutarco, *Vida de Alejandro* LII 4-7.

[16](#) General de Alejandro Magno.

[17](#) Cf. Hesíodo, *Trabajos y días* 256-257: «Hay una virgen, Justicia, hija de Zeus, que es honrada y venerada entre los dioses que habitan el Olimpo». Cf. nota 348 en el tratado *Consejos políticos* .

[18](#) O «venerables», gr. *aidoíous* . Cf. por ejemplo, Homero, *Iliada* IV 402.

[19](#) Homero, *Iliada* X 183-184.

[20](#) Famoso estratega tebano, que, junto con Pelópidas, se puso al frente, con gran éxito, del gobierno de Tebas, tras expulsar a los espartanos en el año 379 a. C.

[21](#) Anécdota contada también en *Moralia* 192 E.

[22](#) Destacado republicano, siglo I a. C., representante de la aristocracia senatorial romana (los *optimates*), con altos cargos en Roma y provincias romanas, estoico, ejemplo de hombre íntegro, y enemigo de Julio César. Se suicidó en el año 46 a. C., tras la derrota aquí mencionada. Estos hechos son contados también por Plutarco en la *Vida de Catón el Joven* LXIVLXVIII. Este Catón estuvo, entre el año 47 y 46 a. C., al frente del gobierno de la ciudad de Útica, fundada por los fenicios en el norte de África, cerca de Cartago, que se había convertido en la capital de la provincia romana de África, de ahí que se le conozca también como *Uticensis* .

[23](#) Seguramente la sufrida por los *optimates* , «los mejores», entre los que se contaba Catón el Joven, ante Julio César, en Tapso, ciudad en la costa de África, no lejos de Cartago.

[24](#) Tirano de Heraclea en el Ponto Euxino, actual mar Negro, del siglo IV a. C.

[25](#) No existe un tirano llamado Aristodemo de Argos. Posiblemente Plutarco se confunde con Aristipo, tirano de Argos, siglo III a. C., del que habla Plutarco en su *Vida de Arato* XXVI 1-3.

[26](#) Platón, *Fedro* 254 b.

[27](#) Cf. *Leyes* 716 a, frase citada también en *Moralia* 601 B.

[28](#) Es decir, el gobernante filósofo.

[29](#) Alejandro Magno, hijo de Filipo, rey de Macedonia, siglo IV a. C. Esta anécdota se repite en *Moralia* 605 E y 331 F.

[30](#) Filósofo de Sínope, en el Ponto Euxino, siglo IV a. C., contemporáneo de Alejandro Magno, discípulo de Antístenes, y verdadero fundador de la escuela filosófica de los cínicos.

[31](#) Homero, *Ilíada* XIX 242.

[32](#) De autor y obra desconocidos. *Tragica adespota* 379, 1-2 KannichtSnell, también citado en *Moralia* 446 A.

[33](#) Es la excusa que invoca Julio César para no levantarse ante los magistrados y el Senado, un día que estaba sentado en la tribuna, con ocasión de que votaban en el Senado ciertos honores excepcionales para él, a lo que respondió que «lo que hacía falta era disminuir, más que aumentar, los honores que le concedían». Plutarco, *Vida de César* LX, 4-7.

[34](#) Cimón, hijo de Milcíades (siglo V a. C.), quien, después de las Guerras médicas, dirigió con Arístides la política ateniense. Plutarco, *Vida de Cimón* IV, señala también esta afición por la bebida y la vida disipada del hijo de Milcíades. Cf. nota 19 en el tratado *Consejos políticos*, donde aparece el mismo reproche.

[35](#) Publio Cornelio Escipión Emiliano, llamado el Africano el Joven y el Numantino (siglo II a. C.), conquistador y destructor de Cartago, fue gran amante de la cultura griega, que debió, sobre todo, a su relación con autores griegos ilustres, como el estoico Panecio y el historiador Polibio. Cicerón recoge en su *De re publica* 6, el llamado *Somnium Scipionis*. Cf. nota 20 en el tratado *Consejos políticos*, donde encontramos el mismo reproche.

[36](#) Lucio Licinio Lúculo (117-56 a. C.), cónsul romano en el año 74, participó en las guerras de Roma contra el rey Mitrídates en el Ponto Euxino. Desde el año 66, en el que fue apartado del mando, se dedicó a la vida privada con gran lujo y opulencia, convirtiéndose en el paradigma de la exquisez y el refinamiento.

Consejos políticos

[1](#) Nombre de un joven rico, nacido en Sardes, Lidia, en el Asia Menor, entonces provincia senatorial, administrada por un procónsul y un procurador, que ha pedido consejo a Plutarco sobre la entrada en la vida pública.

[2](#) Palabras de Néstor a Diomedes en Homero, *Ilíada* IX 55-56. Cf. *Moralia* 795 B.

[3](#) Palabras de Fénix a Aquiles en Homero, *Ilíada* 443. Cf. *Moralia* 795 E.

[4](#) Versos de autor desconocido. *Lyrica adespota* (*Poetae Melici Graeci*, Page), fr. 87, 1-3.

[5](#) Orador ateniense del siglo IV a. C., oponente de Demóstenes, cuya vida disipada y chocarrería son criticadas por Plutarco en la *Vida de Demetrio* XI-XII.

[6](#) Demagogo ateniense, cuyas adulaciones interesadas y descaro son citados también por Plutarco en la *Vida de Demetrio* XIII y XXXIV.

[7](#) Gran orador, hermano de Tiberio Graco, asesinado en el año 133 a. C.; ambos fueron tribunos romanos, que intentaron reformas agrarias en Roma. Plutarco escribió su vida.

[8](#) Demagogo ateniense, adversario de Pericles y ridiculizado por Aristófanes en su comedia *Caballeros* . Cf. Plutarco, *Vida de Nicias* VII 7, donde se cuenta la misma anécdota.

[9](#) Brillante general ateniense, asiduo de Sócrates y los sofistas, cuya vida escribió también Plutarco, que recuerda esta anécdota de la codorniz (*Vida de Alcibíades* X 1-2), que llevaba Alcibíades casualmente bajo el manto y que se escapó asustada, mientras hablaba y ofrecía dinero para un donativo. Traducimos el término griego *stratēgós* casi siempre por general, aunque, en un par de ocasiones, lo traducimos por estratego, en algún verso o en el caso de indicar el cargo de la *stratēgía* .

[10](#) General cartaginés, enemigo político de Aníbal, siglo IV-III a. C.

[11](#) Se trata de Filipo de Macedonia y su esposa Olimpia, padres de Alejandro Magno; de este nos dejó escrita igualmente Plutarco su vida. En Plutarco, *Vida de Demetrio* XXII 2, se cuenta también esta anécdota.

[12](#) Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[13](#) Cf. nota 5.

[14](#) En realidad la armada ateniense había sido derrotada por los macedonios en Amorgos, el año 322 a. C.

[15](#) Gran general y político ateniense, vencedor de los persas en Salamina, en el año 480 a. C. Plutarco escribió su vida.

[16](#) Jefe de los griegos en Maratón, año 490 a. C., donde los griegos vencieron por primera vez a los persas.

[17](#) Gran político ateniense, siglo V a. C., cuya vida también nos dejó escrita Plutarco. Principal impulsor de la gran hegemonía ateniense, en el siglo V a. C., en distintos aspectos de la cultura y la dirección política entre los griegos.

[18](#) Cf. nota 9. En todo el tratado traduciremos el término griego *pólis* solo por «ciudad», entendiendo que Plutarco aquí se refiere, generalmente, a esa demarcación geográfica, en donde los ciudadanos griegos de la clase elevada podían aspirar a desarrollar una actividad pública y ocupar una magistratura, como hemos dicho en el Prólogo, ya que el Estado, en el sentido más amplio del término *pólis* , era el Imperio romano, bajo cuyo dominio se encontraban ahora las antiguas *póleis* griegas y el Emperador era el único dueño del poder.

[19](#) Cf. nota 34, en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[20](#) Cf. nota 35 en el mismo tratado.

[21](#) Cn. Pompeyo Magno (106-48 a. C.), gran general romano, vencedor del rey Mitrídates en el Ponto Euxino, amigo y rival de Julio César, con quien, junto a Craso, formó el año 60 el primer Triunvirato. Plutarco escribió también su vida.

[22](#) Porque entre los romanos era señal de afeminamiento y de ser licencioso.

[23](#) M. Livio Druso, tribuno de la plebe en Roma en el año 91 a. C., político de gran inteligencia y formación, educó a su sobrino Catón el Joven, intentó reformas políticas internas, así como agrarias, que le han valido el sobrenombre, por parte de algún historiador moderno (Th. Mommsen, 1817-1903), de «Graco de la aristocracia». Plutarco en su *Vida de Catón el Joven* I 2, hace un gran elogio de este político.

[24](#) No el filósofo, sino un autor de comedias, contemporáneo de Aristófanes (siglo V-IV a. C.).

[25](#) T. Kock, *Comicorum Atticorum Fragmenta* I, pág. 185. Sobre Agirrio cf. Aristófanes, *Pluto* 176, que menciona a este conocido demagogo ateniense, siglo V-IV a. C., defensor de la democracia, por sus alardes de riqueza, y lo critica igualmente en *Asamblea de las mujeres* 184-ss.

[26](#) Posiblemente el elegido tesorero en 377-376 a. C.

[27](#) Demagogo de la política ateniense, atacado por Aristófanes en *Asamblea de las mujeres* 247-ss.

[28](#) Los dos versos, como los anteriores, de la misma obra de Platón el Cómico. Cf. notas 24 y 25.

[29](#) Posiblemente Cn. Papirio Carbón, cónsul romano en el año 83 a. C., amigo y admirador de Tiberio Graco.

[30](#) Cf. nota 5 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[31](#) T. Kock, *Com. Att. Frag.* III, pág. 135, n.º 472, 7.

[32](#) En *Critias* 109 c, donde el filósofo Platón compara la labor de los dioses en su reparto de la tierra por regiones con el buen hacer de los pastores con sus rebaños, y con el del piloto que, desde lo alto de la popa, gobierna su navío.

[33](#) Por ejemplo, de Patroclo, *Iliada* I 337, o de Odiseo, *Odisea* II 352.

[34](#) Homero, *Iliada* IX 441.

[35](#) Tres grandes dioses de la religión griega se citan aquí acertadamente como colaboradores de los reyes. Calíope, la más importante de todas las musas, cierra en este verso la cita de las nueve Musas en Hesíodo, *Teogonía* 75-80. Este verso es citado también por Plutarco en *Moralia* 743 D, 746 D.

[36](#) General ateniense muerto en 353, acusado de traición por Aristofonte, político y orador ateniense del siglo IV a. C.

[37](#) Fr. 987 Nauck. Eurípides, gran autor ateniense de tragedias, junto a Esquilo y Sófocles, siglo V a. C.

[38](#) Fr. 439, 1-2 Nauck, del primer *Hipólito*.

[39](#) Alcámenes y Nesiotes fueron escultores del siglo V a. C., e Ictino fue arquitecto del Partenón, en la Acrópolis de Atenas.

[40](#) Fr. 844, 3-4 Radt. Cf. *Moralia* 99 A. Cf. nota 37.

[41](#) Es decir, Obrera.

[42](#) Es decir, Protectora de la ciudad, *pólis*. Plutarco llama intérprete de las dos diosas al político.

[43](#) Homero, *Odisea* II 69. Temis es el Derecho, cf. nota 348.

[44](#) El gran historiador ateniense Tucídides escribe esta opinión en su historia (II 65, 9-10) sobre la guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta, y los aliados de ambas potencias, y que ocupó a los griegos durante gran parte del siglo V a. C. La misma frase en Plutarco, *Vida de Pericles* IX 1.

[45](#) Cf. nota 34 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[46](#) Político ateniense del siglo V a. C., amigo de Pericles y dirigente del partido democrático, reformó el Areópago, que desde entonces solo era competente en los

delitos de sangre.

[47](#) General ateniense del siglo V a. C., distinto del historiador del mismo nombre.

[48](#) Invadió el Ática en 431 y 430, sitió Platea en el año 429 y murió el 427. Cf. nota 66.

[49](#) Cf. nota 17.

[50](#) General ateniense del siglo V a. C. Aunque se opuso, durante la guerra del Peloponeso, a extender la guerra fratricida a Sicilia, finalmente aceptó el mando de la expedición y fue derrotado en el 413; hecho prisionero, fue muerto a continuación por los siracusanos. Plutarco, que también escribió su vida, continúa con la figura del pueblo como un caballo, que, sin freno, puede llevar al desastre.

[51](#) Orador ateniense del siglo IV a. C. Anécdota recogida en Plutarco, *Vida de Demóstenes* VIII 4.

[52](#) El gran orador y político ateniense del siglo IV a. C. Plutarco escribió igualmente su vida.

[53](#) Se refiere Plutarco al conjunto de oraciones que enlazadas unas con otras gramaticalmente forman sentido cabal, cuya estructura era muy tenida en cuenta, sobre todo por los buenos prosistas griegos. Sobre la comparación con el mundo de la música que sigue cf. nota 189.

[54](#) Dicho por el orador ateniense Leptines, siglo IV a. C., al oponerse a la destrucción de Esparta, uno de los «ojos de Grecia». Cf. Aristóteles, *Retórica* III 10, 1411 a, 4-6.

[55](#) Orador y demagogo ateniense opuesto a Demóstenes y que gozó de gran poder en Atenas. Cf. Plutarco, *Vida de Foción* I, donde se le atribuye también esta frase.

[56](#) Poeta griego de la isla de Paros, autor de yambos, tetrametros trocaicos y elegías, del siglo VII a. C. Fr. 91 West.

[57](#) Se refiere a la isla de Egina, cuyo comercio amenazaba la prosperidad del puerto del Pireo en Atenas, por lo que Pericles «mandó separar del Pireo a Egina, como si fuese una legaña», Plutarco, *Vida de Pericles* VIII 6. Cf. nota 17.

[58](#) General y político ateniense, siglo IV a. C., que criticó la importancia que en Atenas se le daba al gran número de tropas que Leóstenes había reunido para la guerra lámica, 323-322 a. C., y algunas victorias alcanzadas por este general. Cf. Plutarco, *Vida de Foción* XXIII 26.

[59](#) Político y orador ateniense (siglo IV a. C.) que, con la oposición de Foción y Démades, comenzó con Hipérides la lucha de la liberación griega, la llamada guerra lámica. Cf. nota anterior.

[60](#) Distancia de longitud variable, aunque siempre corta, que comprendía, en su origen, lo que se podía andar en dos minutos. En Olimpia el estadio medía 192,3 m.

[61](#) Famosos discursos pronunciados por Demóstenes sobre el peligro que suponía para Atenas el creciente poderío del rey Filipo de Macedonia.

[62](#) Cf. nota 44.

[63](#) Cf. nota 5 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[64](#) Cf. Tucídides I 85.

[65](#) Tucídides II 72. Cf. nota 48.

[66](#) Ciudad de Beocia, en el centro de Grecia, donde en el año 479 a. C. los griegos derrotaron al ejército persa.

[67](#) Tucídides II 60-64.

[68](#) Cf. nota 53.

[69](#) Los tres historiadores y rétores griegos, discípulos de Isócrates, gran orador y maestro de retórica en Atenas, siglo IV a. C.

[70](#) Fr. 282, 22 Nauck, del *Autólico* de Eurípides. Cfr. nota 37.

[71](#) Marco Tulio Cicerón, famoso político, filósofo y orador romano, siglo II-I a. C. Plutarco también escribió su vida.

[72](#) Llamado también el Censor, siglo III-II a. C., defensor de lo romano en arte y literatura, por lo tanto, opositor de Escipión y su círculo helenizante. Plutarco escribió su vida.

[73](#) Cf. nota 52.

[74](#) Las vigilias de Demóstenes eran muy conocidas.

[75](#) Cf. nota 55.

[76](#) Se trata quizá del arconte de Atenas el 401-400 a. C.

[77](#) Orador ático del siglo IV a. C.

[78](#) Derrota famosa de Atenas y sus aliados ante Filipo de Macedonia el año 338 a. C.

[79](#) Cf. nota 58.

[80](#) Orador ático del siglo IV a. C.

[81](#) Cf. nota 52.

[82](#) Cf. Plutarco, *Vida de Demóstenes* VIII 3; X 1-2.

[83](#) Cf. nota 17.

[84](#) Cf. nota 52.

[85](#) Filósofo peripatético, siglo IV-III a. C., discípulo de Aristóteles y autor de numerosas obras.

[86](#) Cf. nota 9.

[87](#) Condiscípulo de Foción en la Academia.

[88](#) Cf. nota 51.

[89](#) Torrente del Ática. El verso es de Aristófanes, *Caballeros* 137.

[90](#) Cf. nota 72.

[91](#) Cf. nota 6 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[92](#) *Olímpica* VI 4.

[93](#) Posiblemente Aristón de Quíos, filósofo estoico, siglo III a. C.

[94](#) Un famoso corredor de Esparta. El verso, un hexámetro, citado aquí por Plutarco, es parte de un epigrama de autor incierto, recogido en la *Antología Palatina* XI 86.

[95](#) General de la Liga Aquea en 245 y 243 a. C., que destruyó a Nicocles, tirano de Sición. Plutarco escribió también su vida.

[96](#) Cf. nota 9.

[97](#) Ciudad de la Arcadia, en el centro de la península del Peloponeso.

[98](#) Cf. nota 21.

[99](#) Lucio Cornelio Sila (siglo II a. C.), noble general romano, vencedor en la guerra contra Mitrídates en Asia y Grecia, y en la guerra civil contra Mario, representante del partido popular.

[100](#) Publio Cornelio Escipión, que derrotó a Aníbal en Zama, en África, en el año 202 a. C.

[101](#) Cf. nota 72.

[102](#) Verso de la *Odisea* 495, adaptado. Cf. Plutarco, *Vida de Catón el Viejo* XXVII 5-6.

[103](#) Se trata de cuatro hombres poco o nada conocidos (Simias, Alcmeón, Clodio y Menesicles) que atacan a hombres ilustres y famosos, de los que en notas correspondientes (17, 15 y 21 respectivamente, y la 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*) hemos dado algunas notas biográficas pertinentes.

[104](#) Dos demagogos atenienses, siglo V a. C., del partido radical, defensores de la guerra y, por ello, criticados por autores de comedias, como Aristófanes, o por historiadores, como Tucídides. Cf. nota 8.

[105](#) Cf. nota 46.

[106](#) Discípulo de Platón.

[107](#) Nombre de una región y su capital, al noroeste de la península del Peloponeso.

[108](#) Legislador y poeta ateniense, siglo VII-VI a. C., arconte en 594-593 a. C., que introdujo una serie de reformas en el gobierno de Atenas que iban a conducir, posteriormente, a un régimen democrático. Plutarco escribió su vida. Cf. nota 7 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[109](#) Así estaban divididos los habitantes del Ática.

[110](#) Político conservador de Atenas, llamado el Justo (siglo VI-V a. C.). Luchó en Maratón y Salamina durante la guerra contra los persas. Sufrió ostracismo y junto con Pausanias venció en Platea. Plutarco escribió su vida.

[111](#) Cf. nota 58.

[112](#) Fue ayudado en su carrera política por Epaminondas. Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*

[113](#) Cf. nota 36 del tratado citado en la nota anterior.

[114](#) Cf. nota 72.

[115](#) Rey de los lacedemonios (siglo V-IV a. C.). Plutarco escribió su vida.

[116](#) Político ateniense (siglo VI-V a. C.), que, tras la expulsión de la tiranía pisistrátida, tomó el mando de los demócratas e introdujo importantes reformas en el gobierno, que propiciaron el advenimiento del régimen democrático en Atenas. Prácticamente los mismos personajes pone como ejemplo Plutarco en *Sobre si el anciano debe intervenir en política* 12 (*Moralia* 790 F-791 A).

[117](#) Cf. nota 58.

[118](#) General ateniense, siglo IV a. C.

[119](#) Cf. nota 36 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[120](#) Cf. nota 99.

[121](#) Cf. nota 72.

[122](#) Fabio Quinto Máximo (siglo III a. C.), llamado el *Cunctator* , el vacilante. General romano durante la segunda guerra púnica, que estuvo al frente de varias magistraturas en Roma. Plutarco escribió su vida.

[123](#) Cfr. nota 112.

[124](#) Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[125](#) Cf. nota 115.

[126](#) General espartano, siglo V-IV a. C., decisivo en el final de la guerra del Peloponeso, al vencer a los atenienses en Notio (año 406) y Egospótamos (año 405). Plutarco escribió su vida.

[127](#) Cf. nota 35 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[128](#) C. Lelio, hombre de letras, mantuvo relaciones con filósofos griegos, sobre todo con los filósofos estoicos Diógenes y Panecio, y consiguió el consulado en el año 140 a. C. Esta misma acusación se repite en *Sobre si el anciano debe intervenir en política* 27 (*Moralia* 797 D).

[129](#) Cf. nota 127.

[130](#) De origen humilde, se distinguió como legado de Pompeyo en sus guerras contra Sertorio y Mitrídates; gracias a la protección de Pompeyo fue nombrado cónsul, junto con Q. Metelo Celer, en el año 60 a. C.

[131](#) Cf. nota 21.

[132](#) Cf. nota 11.

[133](#) General romano, siglo II a. C. Cf. nota 99.

[134](#) En el norte de África.

[135](#) Los romanos distinguían, al menos, dos Galias, la Galia Cisalpina, en el norte de Italia, y la Galia Transalpina, que ocupaba, más o menos, el territorio de la actual Francia. En griego se decía *Gallia* y *Galatia* (así en nuestro texto griego), nombre con el que se conocía también en la Antigüedad a un territorio central del Asia Menor, patria de los gálatas. Diego Gracián, en su traducción de varios tratados de *Moralia* , citada en nuestro Prólogo, traduce *Galatia* directamente por Francia.

[136](#) Cf. notas 99 y 133.

[137](#) Rey de Mauritania, siglo II-I a. C. Aliado primero de su yerno Yugurta, a quien después traicionó, aliándose con Sila.

[138](#) Quinto Lutacio Cátulo (siglo II-I a. C.), cónsul con Emilio Lépido en el año 78 a. C.; tenido en gran consideración por Cicerón, no fue reconocido, sin embargo, como orador.

[139](#) Quinto Cecilio Metelo Pío (siglo II-I a. C.), cónsul romano con Sila en el año 80 a. C., fue nombrado *Pontifex Maximus* en el año 82. En el año 64-63, tras su muerte, le sucedió en este puesto Julio César.

[140](#) El supuesto y mítico inventor de las fábulas que llevan su nombre. Esta fábula solo aparece aquí.

[141](#) *Leyes* 762 e. Cf. nota 2 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[142](#) Cf. nota 15.

[143](#) Cf. nota 8. Se alude al aumento, por Cleón, en el 425 a. C., de la dieta de los jurados populares de uno a tres óbolos diarios.

- [144](#) Aristófanes, *Paz* 756 y *Avispas* 1033. Cf. notas 8 y 104.
- [145](#) Verso de una comedia desconocida. *Comedia adespota*, fr. 11 Kock. Citado también en Plutarco, *Vida de Nicias* II 3.
- [146](#) Cf. Plutarco, *Vida de Arístides* II 5. Cf. nota 15.
- [147](#) Poeta de la lírica coral, siglo VI-V a. C., nacido en la isla de Ceos, frente a cabo Sunio, en el mar Egeo. Temístocles era entonces estratega. Anécdota citada en Plutarco, *Vida de Temístocles* V 6.
- [148](#) Calímaco, frag. 382 Schneider.
- [149](#) Píndaro, frag. 57 Schroeder. Cf. nota 6 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.
- [150](#) Cf. nota 7 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.
- [151](#) La cancelación de deudas fue una de las principales reformas introducidas por Solón. El término griego significa «sacudir una carga», y, en el contexto político «abolición de deudas». Cf. nota 7 en el tratado citado en nota anterior.
- [152](#) Cf. nota 115.
- [153](#) Cf. nota 37.
- [154](#) *Belerofonte*, fr. 309 Nauck, citado parcialmente también en *Moralia* 529 E.
- [155](#) General espartano, siglo IV a. C., que se apoderó de Cadmea, fortaleza tebana, por orden secreta de los oligarcas y los éforos, siendo multado por ello. Cf. Plutarco, *Vida de Agesilao* XXIII 7-8.
- [156](#) Cf. nota anterior.
- [157](#) Militar espartano que invadió el Ática en tiempo de paz (hacia el 375 a. C.) y fue muerto en Leuctra en el 371 a. C., en la importante derrota espartana ante los tebanos, que supuso el principio de la hegemonía tebana. Cf. Plutarco, *Vida de Agesilao* XXIV-XXVI.
- [158](#) Cf. nota 50.
- [159](#) Cf. Plutarco, *Vida de Agesilao* XIII 5 y *Moralia* 191 C y 209 F.
- [160](#) Cf. nota 58.
- [161](#) Arconte ateniense, año 363-362 a. C.
- [162](#) Tesorero de Alejandro Magno, que trajo a Atenas fondos robados a Alejandro y sobornó a muchos atenienses importantes, entre los que se encontraba el orador y político Demóstenes.
- [163](#) Militar corintio que liberó las ciudades griegas de Sicilia de los tiranos y venció a los cartagineses el año 337 a. C. Cf. Plutarco, *Vida de Timoleonte* IV 5-8.
- [164](#) Expresión proverbial (latín: *usque ad aras*) que equivale hasta el peor final, hasta la muerte.
- [165](#) Cf. *Moralia* 531 D y nota 17.
- [166](#) Cf. notas 155 y 157.
- [167](#) Cf. nota 157.
- [168](#) Homero, *Ilíada* X 242-243.
- [169](#) Homero, *Ilíada* X 558-560.
- [170](#) *Cartas* IV 321 b. Cf. nota 2 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.
- [171](#) Cf. nota 20 del tratado citado en nota anterior.

[172](#) Cf. nota anterior. Esta anécdota se cuenta también en *Moralia* 192 F.

[173](#) Cf. nota 22 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* . Cf. Plutarco, *Vida de Catón el Joven* XVI 6-7 y *Moralia* 534 D.

[174](#) Cf. nota 22 en el tratado citado en nota anterior.

[175](#) Cf. nota 15. Anécdota contada también en Plutarco, *Vida de Temístocles* XVIII 2.

[176](#) El joven Menémaco, como ejemplo de hombres ricos, que no necesitan cierto tipo de favores. Cf. nota 1.

[177](#) Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[178](#) Historiador, militar y ensayista ateniense (siglo V-IV a. C.), que perteneció al círculo de Sócrates. Entre otras, es muy conocida su *Anábasis* , en la que relata la vuelta a Tracia desde Asia de 10.000 mercenarios griegos, tras la fallida expedición de Ciro el Joven.

[179](#) Cf. nota 115.

[180](#) Fr. 538, *Poetae Melici Graeci* , Page. La totovía, cotovía o alondra moñuda. Cf. nota 147.

[181](#) Cf. notas 15 y 110, respectivamente.

[182](#) Solo conocido, como Hermias, por lo que nos cuenta Plutarco en este episodio.

[183](#) Cf., por ejemplo, notas 21 y 99.

[184](#) *Tragica adespota* 411 Nauck. Probablemente del *Erecteo* de Eurípides, palabras dichas por Praxítea, esposa de Erecteo.

[185](#) Cf. la nota 58 (Foción), y la 22 (Catón) en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[186](#) Sofista ateniense, tirano de Atenas, opuesto a Sila, que lo mató en el año 86 a. C.

[187](#) Tirano de Esparta, siglo III-II a. C.

[188](#) Lucio Sergio Catilina, siglo II-I a. C., patricio romano, que intentó una revolución y fue muerto en la batalla de Pistoria, al norte de Florencia, el año 62 a. C. Cicerón lo ponía como ejemplo del patricio aventurero y sin conciencia.

[189](#) Esta imagen de la música aplicada al gobierno de un país es empleada con frecuencia por Plutarco. Personalmente la hemos analizado en varios trabajos dedicados a la presencia de la música, que es muy rica e interesante, en la obra de Plutarco.

[190](#) Homero, *Ilíada* XVII 171.

[191](#) Homero, *Ilíada* VII 358 y XII 232.

[192](#) Nerón Claudio Druso Germánico César, siglo I d. C., educado por el filósofo cordobés Lucio Aneo Séneca y emperador romano desde el año 54 al 68 d. C., en el que se suicidó.

[193](#) Una de las muchas víctimas del breve pero sangriento reinado de Nerón.

[194](#) Homero, *Ilíada* V 800, refiriéndose a Diomedes.

[195](#) Apio Claudio Pulcro, importante personaje, siglo II a. C., cónsul, y censor, distinto del famoso general y político romano y gran constructor de vías y acueductos, siglo IV-III a. C.

- [196](#) Cf. nota 35 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .
- [197](#) Lucio Emilio Paulo fue el padre de Escipión el Africano, el Joven. Cf. nota 35 en el tratado citado en nota anterior, y Plutarco, *Vida de Paulo Emilio* XXXVIII 3-4.
- [198](#) Solo sabemos de este personaje que su nombre era Licinio.
- [199](#) Mítico guerrero aqueo, rey de Pilos, en el Peloponeso, que participó, ya anciano, en la guerra de Troya, siendo un importante consejero de los jefes griegos.
- [200](#) Cf. nota 37.
- [201](#) Uno de los grandes héroes griegos en la guerra contra Troya.
- [202](#) Fr. 771 Nauck.
- [203](#) Cf. nota 22 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* , y Plutarco, *Vida de Catón el Joven* LII 3.
- [204](#) Cf. nota 21.
- [205](#) Cayo Julio César, siglo II-I a. C., nombrado ya en varias de las notas a lo largo de este tratado, como Julio César, famoso general romano, político y escritor (*De bello Gallico* y *De bello civili*). Plutarco escribió su biografía.
- [206](#) Cf. nota 52.
- [207](#) Orador ático, rival de Demóstenes, siglo IV a. C.
- [208](#) Orador ateniense, siglo IV a. C. Cf. nota 59.
- [209](#) Cf. nota 55.
- [210](#) Cf. nota 7 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .
- [211](#) Cf. nota 17.
- [212](#) Legislador espartano. Plutarco escribió su vida.
- [213](#) Tirano de Mitilene, en la isla de Lesbos, siglo VII-VI a. C. Como Solón, uno de los Siete Sabios. Cf. nota 210.
- [214](#) Cf. nota 58.
- [215](#) Pertenecientes a la infantería ligera, armados de pequeños escudos (*péltē*), espadas y dardos.
- [216](#) Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .
- [217](#) Orador ateniense, siglo IV a. C.
- [218](#) Mítico rey de Tebas, protagonista de varias tragedias griegas. Cf. *Moralia* 193 C-D.
- [219](#) Uno de los hijos del mítico rey Agamenón, hijo de Atreo y rey de Argos. Protagonista de varias tragedias griegas, que mató a su madre para vengar la muerte de su padre a manos de aquella.
- [220](#) Posiblemente el éforo espartano del mismo nombre, siglo IV a. C., que gozó de gran reconocimiento y honores entre los espartanos.
- [221](#) Río del Ática.
- [222](#) Río de Laconia.
- [223](#) Cf. nota 58. Citado también en Plutarco, *Vida de Foción* IX 8 y *Moralia* 188 A.
- [224](#) Cf. nota 55.
- [225](#) L. Licinio Craso, siglo II a. C., gran orador y reconocido escritor, que consiguió también la mayoría de las magistraturas romanas, padre del triunviro del mismo nombre, aliado de César y Pompeyo.

[226](#) Cn. Domicio Ahenobarbo, siglo II-I a. C., censor romano en el año 92 junto con Craso. Anécdota citada también en *Moralia* 89 A.

[227](#) Parece referirse a Catón el Joven. Cf. nota 22 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* y Plutarco, *Vida de Catón el Joven*, en donde queda reflejada la virtud de este ilustre político por servir al pueblo de Roma.

[228](#) Cf. nota 20 en el tratado citado en la nota anterior.

[229](#) Este nombre no es mencionado en ningún otro sitio y de sus funciones solo se conocen las que aquí le atribuye Plutarco.

[230](#) Amigo y discípulo de Sócrates y los sofistas. Fundador de la escuela cínica de filosofía y maestro de Diógenes de Sínope, siglo V-IV a. C.

[231](#) Cf. nota 17.

[232](#) Filósofo peripatético, nacido en Faselis, en la costa de Asia Menor, frente a la isla de Chipre, siglo III-II a. C., que sucedió a Aristón de Ceos al frente de la escuela peripatética.

[233](#) Dos naves ligeras de Atenas, usadas en envíos a festivales y embajadas, así como en hechos de guerra.

[234](#) Eurípides, fr. 974 Nauck, de una obra desconocida. Cf. *Moralia* 464 A.

[235](#) Cf. nota 37.

[236](#) Pausanias, *Descripción de Grecia* VI 6 y XI 2-9, cuenta las repetidas victorias de un célebre atleta, Teágenes de Tasos, en los distintos festivales griegos.

[237](#) Los cuatro grandes festivales en Grecia se celebraban en Olimpia, en el istmo de Corinto, en Nemea y en Delfos.

[238](#) Una clase de lucha introducida en los Juegos Olímpicos en el año 648-647 a. C. Las llaves, los puños y toda clase de medios, como la zancadilla y los puntapiés, estaban permitidos, no los mordiscos o los arañazos, para derribar o vencer al contrario. Estuvo muy de moda entre los romanos.

[239](#) La longitud de una carrera de fondo era de veinte estadios. Cf. nota 60.

[240](#) Versos de una comedia de autor desconocido. *Comica adespota*, fr. 1325 Kock.

[241](#) Cf. nota 17.

[242](#) Cf. nota 35 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*, y Plutarco, *Vida de Catón el Viejo* XXIV 11.

[243](#) Siglo VII a. C. Cf. *Moralia* 96 B.

[244](#) Cf. Plutarco, *Vida de Temístocles* XXII 1 y *Moralia* 185 E.

[245](#) Se refiere al ancla mayor, mantenida en reserva y solo usada en tiempos de crisis.

[246](#) También se habla de este general Menipo en Plutarco, *Vida de Pericles* XIII 15.

[247](#) Cf. nota 46.

[248](#) Cf. Plutarco, *Vida de Pericles* XXIX 4-30, donde se habla de este decreto contra Mégara.

[249](#) Cf. Plutarco, *Vida de Pericles* VI 2-3, donde se habla de este adivino.

[250](#) Cf. nota 8.

[251](#) Nacido en Megalópolis, Arcadia, siglo III-II a. C., fue varias veces general de la Liga aquea contra los espartanos, a los que venció en varias ocasiones.

[252](#) Famoso general cartaginés, siglo III a. C., hijo de Amílcar Barca, enemigo de los romanos.

[253](#) Fr. 988 Nauck.

[254](#) Cf. nota 17.

[255](#) Cf. nota 34 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[256](#) Pueblo en una ensenada del Ática. Eubulo fue un gran administrador de las finanzas atenienses.

[257](#) Cf. nota 36.

[258](#) En griego *hetaireías*, asociaciones de amigos de carácter generalmente político en Atenas.

[259](#) El texto griego dice *hēgemoñ*, es decir, jefe, caudillo, masculino, ya que los griegos no conocían que la abeja más importante de una colmena era la reina, femenino.

[260](#) Cargo (*prytaneía*) que en algunas ciudades griegas tenía el mismo poder que los arcontes y reyes, y en Atenas dirigía el comité administrador del Consejo de los 500. Eran cincuenta prítanes y se reunían en el pritaneo. Cf. nota 354.

[261](#) Nombre con el que se designaba el principal cargo de los jefes políticos y militares en las ciudades confederadas de Beocia y que duraba un año.

[262](#) Recordemos que Plutarco nació en Queronea, ciudad de Beocia.

[263](#) Capa o manto sin mangas, especialmente usada por los soldados de caballería. La frase que sigue la cita también Plutarco en *Moralia* 186 C y 620 C-D. Cf. nota 17.

[264](#) Se dirige al joven Menémaco, cf. nota 1, que, como todo griego de su tiempo, debe saber que el César, el Emperador en Roma, es el verdadero dueño del poder en todas las ciudades del Imperio.

[265](#) Sófocles, *Traquinias* 1058. Se refiere a los combates sostenidos en campo abierto.

[266](#) Antigua capital del reino de Lidia, en Asia Menor. Creso fue su último rey, con el que llegó a su fin el reino lidio, conquistado por el rey persa Ciro en el año 547 a. C.

[267](#) Una vez más, Plutarco emplea la terminología del mundo de la música, ritmos y metros, que los teóricos de esta disciplina, como Aristóxeno, incluían en lo que llamaban *rhythmikē* y *metrikē*, como parte de los conocimientos imprescindibles del *mousikós*. Todo gobierno de las ciudades griegas en esta época debía adecuarse al *métron* y *rhythmós*, es decir, a las normas y disposiciones que le permitían los que gobernaban, esto es, los romanos. Cf. nota 189.

[268](#) Verso perteneciente a una tragedia de autor desconocido. *Tragica adespota*, 412 Nauck.

[269](#) Dirigió en Sardes, de donde era Menémaco, una insurrección contra los romanos, siglo I d. C.

[270](#) Fr. 2, 1-2 West. Se refiere Solón a los naturales de Folegandro y Sicino, dos islas de las Cícladas, en el mar Egeo.

[271](#) En el año 403 a. C., con lo que volvió el régimen democrático a Atenas.

[272](#) Presentó su tragedia, *La toma de Mileto*, poco tiempo después de que esta ciudad de la costa del Asia Menor fuera capturada por los persas en el año 494 a. C.

[273](#) Casandro, hijo de Antípatro, en el año 316-315 a. C., hizo reconstruir Tebas, diez años después de su destrucción por Alejandro, que solo dejó en pie la casa del gran poeta lírico Píndaro, nacido en esa ciudad.

[274](#) Hecho que tuvo lugar el año 370 a. C. contra los que conspiraron contra el régimen democrático.

[275](#) Cf. nota 162.

[276](#) Cf. nota 16.

[277](#) Río en Panfilia, al sur de Asia Menor, junto al cual Cimón derrotó a los persas en el año 464 a. C. Cf. nota 34 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[278](#) Cf. nota 66.

[279](#) Estos recurrían con frecuencia en sus enseñanzas a los ejemplos de las hazañas del pasado.

[280](#) Esto es, ante Roma.

[281](#) Megalópolis, en la Arcadia, en el centro del Peloponeso (el historiador Polibio) y la isla de Rodas (el filósofo estoico Panecio). Cf. nota 35 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[282](#) Cayo Julio César Octaviano, y Augusto, sobrenombre que le otorgó el Senado el año 27 a. C. por su extraordinario gobierno. Augusto, adoptado por Julio César, triunviro con Marco Antonio y Lépido, se convirtió en el jefe supremo del Imperio romano a partir del año 31 a. C. con la derrota y muerte de Marco Antonio en Accio, hasta su muerte el año 14 a. C. Entró en Alejandría el año 30 a. C. con Ario Dídimo, filósofo y amigo, natural de esa ciudad. Cf. *Moralia* 207 A-B, donde se cuenta la misma anécdota.

[283](#) Esto se refiere a la costumbre de los romanos de saludar delante de las casas.

[284](#) Cf. Eurípides, *Fenicias* 499-525, discurso de respuesta de Eteocles a su madre Yocasta, que le aconseja prudencia, y en el que dice (vv. 524-525): *Si es necesario ser injusto, que ocurra con miras al poder y quede la piedad para asuntos menores*. Observamos que Plutarco, como suele hacer con frecuencia, adapta el texto a sus propósitos y cambia, además, «ser injusto» por «mantenerse en vela» y «poder» por «patria». Cf. nota 37.

[285](#) En el apartado 2, al comienzo de este tratado.

[286](#) Homero, *Ilíada* XVII 156-157.

[287](#) Cf. nota 245.

[288](#) Cf. nota 192.

[289](#) Emperador romano, siglo I d. C.

[290](#) Cf. nota 282.

[291](#) Homero, *Ilíada* IV 223. Se refiere el poeta al rey Agamenón.

[292](#) Calímaco, fr. 383 Schneider.

[293](#) La historia de estos dos personajes, que ofrecieron su vida a Jerjes en pago por los heraldos persas asesinados en Esparta, se cuenta en Plutarco, *Moralia* 235 F-236 A.

[294](#) Habitantes de Sicilia y mercenarios que ocuparon Mesina, ciudad de Sicilia. Cf. *Moralia* 203 D y *Vida de Pompeyo* X, donde se relatan los mismos hechos. Cf. nota 21.

[295](#) Estos hechos se relatan también en Plutarco, *Vida de Sila* XXXII 1-2. Cf. nota 99.

[296](#) Cf. nota 263.

[297](#) Gr. *ephe-bía* , adolescencia. La formaban los jóvenes atenienses desde los dieciocho a los veinte años, que eran llamados *éph-ēboi*. Durante un año eran entrenados en los gimnasios y en el ejercicio militar; después pasaban a servir como guardias de fronteras. Cf. Aristóteles, *Constitución de Atenas* , cap. XLII.

[298](#) Cf. nota 35 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*. Mumio, el destructor de Corinto, fue censor con Escipión Emiliano, siglo II a. C.

[299](#) En latín, Hércules, dios de la guerra, tanto en Grecia como en Roma.

[300](#) Cf. nota 163.

[301](#) Diosa de la suerte.

[302](#) Pitón de Eno recibe en el año 359 a. C. una corona de oro por haber asesinado, junto con los heraclidas, al rey de Tracia, Cotis, enemigo de Atenas.

[303](#) Siglo VIII a. C., participó en la primera guerra de Mesenia y en la reforma de la constitución atribuida a Licurgo.

[304](#) Dos famosos actores en la Atenas del siglo IV a. C.

[305](#) A veces los protagonistas de una obra contrataban a actores para representar segundos y terceros papeles.

[306](#) Cf. nota 5 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*. Para este comportamiento de los reyes cf. Plutarco, *Vida de Agesilao* IV-V, en donde se habla, entre otras cosas, de la buena relación del rey Agesilao con los éforos, a los que tenía en alta estima. El término griego *agorá* lo traducimos por plaza pública, ágora o plaza del mercado, según el contexto.

[307](#) Principales fiestas en honor del dios Dioniso, celebradas entre marzo y abril en Atenas, con grandes competiciones musicales y dramáticas, como las tragedias y las comedias.

[308](#) Encargados de preparar gimnastas y atletas para los juegos y subvenir a los gastos de estos.

[309](#) Plutarco, en su *Vida de Cicerón* II, dice que, aunque Cicerón fue muy admirado por su ingenio, sin embargo «los más rústicos reprendían con enfado a sus hijos, viendo que en los paseos llevaban por honor a Cicerón en medio».

[310](#) Homero, *Iliada* IV 415. Se refiere el héroe griego Diomedes al rey Agamenón, jefe de los griegos en la guerra de Troya.

[311](#) En su discurso *Contra Midias* XXI 524. Midias había insultado en público a Demóstenes, siendo este corego, es decir, quien corría con los gastos de la preparación de coros para las representaciones teatrales. Cf. nota 52.

[312](#) Nombre de los seis arcontes en Atenas encargados de supervisar las leyes.

[313](#) En griego *stephan-efóroi* , oficiales cuyos deberes varían según las ciudades. En Atenas su trabajo se contrataba en los festivales públicos.

[314](#) Lo escribe el mismo Jenofonte en su *Anábasis* III 1, 4. Cf. nota 178.

[315](#) Cf. nota 251.

[316](#) Para no confundirla con la región, Mesenia, preferimos conservar el nombre griego Mesene. Capital desde el año 369 a. C., tras su fundación por el tebano Epaminondas, del Estado de Mesenia, al suroeste del Peloponeso. El hecho aquí narrado ocurrió en el 202 a. C. Cf. Plutarco, *Vida de Filopemén* XII 4-6.

[317](#) Último rey de Esparta, siglo III-II a. C.

[318](#) Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[319](#) Cf. nota 261.

[320](#) Nombre latino para Lacedemonia, región del sur del Peloponeso, cuya capital era Esparta.

[321](#) Probablemente Jasón de Feras, en Tesalia, tirano desde el año 380 a. C.

[322](#) Cabo que sirve para cazar las velas.

[323](#) Cita de una tragedia desconocida. *Tragica adespota*, fr. 413 Nauck.

[324](#) Se refiere Plutarco a Cleopatra, la hermana menor de Alejandro. Cf. nota 29 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[325](#) Cf. nota 8.

[326](#) *República* III 552 c-d.

[327](#) Cf. nota 17.

[328](#) Demetrio de Falero, siglo IV-III a. C., orador y filósofo peripatético, puesto en el poder en Atenas por los macedonios.

[329](#) Sobre la esplendidez y las costumbres de Cimón, por ejemplo, Plutarco, *Vida de Cimón* X. Cf. nota 34 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[330](#) Hechos recogidos también en Plutarco, *Vida de Catón el Joven* XXVI 1. Cf. nota 22 del tratado citado en la nota anterior.

[331](#) Cf. nota 205.

[332](#) Cf. nota 188.

[333](#) Cf. nota 55.

[334](#) Embarcación de tres órdenes de remos, que usaron los antiguos.

[335](#) Cf. nota 29 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*. El auxilio era para el rey Agis III de Esparta, que dirigió la revuelta de las ciudades del Peloponeso contra Alejandro Magno el año 331 a. C.

[336](#) En griego *Chóes*, fiesta de las Jarras, en la que se hacía un concurso de bebida y se realizaban las libaciones el segundo día de las Antesterias, fiesta ateniense, que se celebraba en el mes Antesterión, febrero-marzo, durante tres días, en honor del dios Dioniso.

[337](#) Es decir, cincuenta dracmas.

[338](#) Cf. nota 58 y Plutarco, *Vida de Foción* XXIV 3-5, donde se recoge este episodio de la guerra de Lamia, 323-322 a. C., y en *Sobre si el anciano debe intervenir en política* 15 (*Moralia* 791 E-F).

[339](#) Región del centro de Grecia, cuya capital fue Tebas.

[340](#) Homero, *Ilíada* X 241-247. Diomedes, héroe etolio, que tomó parte en la guerra de Troya, eligió a Odiseo, famoso por su prudencia y su riqueza de recursos para afrontar toda clase de peligros, para introducirse en el campamento troyano durante la noche.

[341](#) Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[342](#) Plutarco, *Vida de Lisandro* VII 1, describe también a Calicratidas como un hombre justo y valeroso, aunque distante con la tropa. Siendo comandante de la escuadra espartana, fue vencido en la batalla naval de las Arginusas, 406 a. C., en donde murió.

[343](#) Cf. nota 50.

[344](#) General ateniense, siglo V a. C., muerto en la batalla del río Anapo, cerca de Siracusa, el año 414 a. C.

[345](#) Gigante mítico que poseía tres cabezas y cuyo cuerpo era triple hasta las caderas, hijo de Crisaor y de Calírroe, hija de Océano. Fue muerto por Heracles.

[346](#) Grupo de héroes griegos que acompañaron a Jasón, en la nave *Argo* , en busca del vellocino de oro.

[347](#) Se refiere Plutarco a la seducción de Jasón, jefe de la expedición de los Argonautas a la Cólquide, por la maga Medea, hija de Eetes, rey del país y hermano de la maga Circe.

[348](#) Dos personificaciones divinas del Derecho (Temis) y la Justicia, que los antiguos mitógrafos y filósofos relacionaban con Zeus; incluso a Temis se la aceptó en el grupo de los dioses olímpicos. Cf. Hesíodo, *Teogonía* 901-902 y nota 17 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[349](#) Homero, *Odisea* V 350.

[350](#) *República* 416 e.

[351](#) Dos estatuas famosas. El *Trompetista* es obra de Epígono de Pérgamo, siglo III a. C., y el *Doríforo* del escultor Policeto, siglo V a. C. Cf. nota 12 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[352](#) Comportamiento de Catón y frase repetida en Plutarco, *Vida de Catón el Viejo* XIX 6 y *Moralia* 198 F. Cf. nota 22 en el tratado citado en nota anterior.

[353](#) Golfo con un banco de arena muy extenso en la costa de Libia, al norte de África, muy temido por los navegantes. Una extensa descripción de este accidente geográfico se encuentra en el poeta latino Lucano 9, 303-ss.

[354](#) Edificio público en las ciudades griegas, donde se mantenía el fuego sagrado, a los huéspedes públicos y a los pensionistas del Estado. Sede asimismo del tribunal de los cincuenta prítanes, cargo que duraba solo un día y era considerado, como la presidencia (*proedría*), una recompensa honorífica.

[355](#) Los vencedores en los Juegos Olímpicos, píticos, ístmicos y nemeos recibían como premio una corona de olivo, laurel, pino o apio, respectivamente. Cf. nota 237.

[356](#) Nacido en Festo, isla de Creta, siglo VII-VI a. C., teólogo y milagrero, del que se contaban maravillas (cf. Diógenes Laercio, *Vidas y doctrinas de los filósofos más ilustres* I 109-112). Purificó Atenas de la mancha contraída por la ciudad a causa de la muerte de los cómplices de Cílón —que había intentado la tiranía—, que se habían refugiado en el templo de la diosa Atenea. Cf. Plutarco, *Vida de Solón* XII 12.

[357](#) Filósofo, nacido en Clazómenas, Asia Menor, siglo VI-V a. C., vivió en Atenas, en donde gozó de la amistad de Pericles. Más tarde se estableció en Lámpsaco, donde fundó una escuela y murió honrado por los ciudadanos.

[358](#) Heródoto, III 76-79, narra esta matanza de los magos por los siete grandes de Persia, entre los que se encontraba el futuro Darío I, derrotado por los griegos en Maratón (490 a. C.), pero no habla de que los siete conjurados hubieran adoptado distintivo alguno. Este día lo celebraban después los persas como Magofonía.

[359](#) Cf. nota 213.

[360](#) En Plutarco, *Vida de Públicola* XVI, se narra algo parecido, pero de un tal Horacio Cocles (nombre que prefiere la edición inglesa de la Loeb), precisamente la variante a *Poplios*, del *Codex Basileensis*, de la edición francesa que seguimos.

[361](#) Cf. nota 328.

[362](#) Cf. nota 55.

[363](#) Filósofo y poeta, nacido en Agrigento (Sicilia), siglo V a. C., que ejerció de médico, profeta, sanador y dios en la tierra.

[364](#) *Empedokles* B 9, 5, Diels-Kranz. Citado también por Plutarco, *Moralia* 1113 B.

[365](#) Famoso filósofo de Abdera (Tracia), siglo V a. C., del que se cita esta pequeña frase, recogida en *Demokritos* B 153, 5, Diels-Kranz.

[366](#) Uno de los generales de Alejandro Magno, cuyo perro se arrojó a la pira con el cadáver de su dueño. Cf. Plutarco, *Moralia* 970 C-D, donde se habla de la conducta del perro de Lisímaco y de otros animales.

[367](#) Homero, *Iliada* XIX 404 y ss. Cf. Eliano, *De la naturaleza de los animales* VI 24.

[368](#) Cf. *Segunda Filípica* 24 y nota 52.

[369](#) Eurípides, *Alejandra*, fr. 11 Snell. Palabras de queja de Casandra, princesa troyana, hija de Príamo y Hécuba, que había recibido de Apolo el don de la profecía, pero, al no ceder a los requerimientos amorosos del dios, este hacía que sus profecías fueran en vano. Así, los troyanos no la creían cuando anunciaba la caída de Troya.

[370](#) Arquitas de Tarento, al sur de Italia, siglo IV a. C. Filósofo pitagórico, matemático y hombre de Estado, amigo de Platón, a quien salvó de la persecución de Dionisio II de Siracusa.

[371](#) Probablemente Bato III de Cirene, en Libia, norte de África, que reformó la constitución de su ciudad. Siglo VI a. C.

[372](#) Homero, *Iliada* IV 130-131.

[373](#) Dionisio II, tirano de Siracusa, en Sicilia, siglo IV a. C. Cf. Plutarco, *Vida de Timoleonte* XIII 10, donde cuenta también estas desgracias de la familia del tirano.

[374](#) Tirano de Agrigento, en Sicilia, siglo VI a. C., famoso por su crueldad.

[375](#) Probablemente Ciro el Grande, siglo VI a. C. Cf. *Moralia* 172 E, sobre este rasgo físico de Ciro.

[376](#) Hemos cambiado la coma del texto de la edición francesa que seguimos y lo hemos colocado, siguiendo la edición inglesa de la Loeb, tras «aduladoras», considerando el genitivo que sigue como absoluto y no dependiendo de «prostitutas».

[377](#) *República* II 398 e. Lugar citado también, aunque se pone por ejemplo solo el modo lidio, en Ps. Plutarco, *Moralia* (*Sobre la música*) 1136 C. Cf. nota 2 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[378](#) Cf. Plutarco, *Vida de Nicias* XV, 1, donde se habla del valor de Lámaco, pero también de su vida pobre y miserable, y nota 344.

[379](#) Cf. Plutarco, *Vida de Foción* IX 1 y nota 58.

[380](#) En Pólux III 87, 8 y IX 84, 8 se mencionan los estateres de Creso, entre otras monedas. El estater era una moneda de plata o de oro. Esta última valía en Atenas veinte dracmas. Creso, el último rey de Lidia, Asia Menor, siglo VI a. C., era famoso en Grecia por su riqueza.

[381](#) Verso de autor desconocido. *Tragica adespota* 415 Nauck.

[382](#) Los políticos, para dirigirse al pueblo, utilizaban la plataforma del teatro, y durante la época romana era allí donde solían celebrar las ciudades griegas sus asambleas.

[383](#) De autor desconocido. *Tragica adespota* , 75 Nauck y *Comica adespota* , 1229, 2 Kock.

[384](#) Cf. nota 328.

[385](#) Uno de los generales de Alejandro Magno, siglo IV a. C., y, después, soberano de la mayor parte de su imperio. Se alude al gran número de elefantes que usaba en su ejército. Como los demás, se trata de epítetos burlescos.

[386](#) Cf. nota 366. Alude Plutarco al amor por el dinero de este general.

[387](#) Guardián y amigo de Alejandro Magno, llamado Ptolomeo I «Salvador», fue el fundador del reino ptolemaico de Egipto, siglo IV a. C. Su flota fue vencida por Demetrio Poliorcetes en Chipre, el 306 a. C.

[388](#) Hijo de Lisímaco, siglo IV-III a. C. Cf. nota 366. Dominó ciudades de las islas de Sicilia, Corcira, etc.

[389](#) Cf. nota 308. Se mencionan tres de las cargas estatales (*leitourgías*) más onerosas de Atenas: *chorēgía*, *hestiasis* y *gymnasiarchía* a expensas de ciudadanos ricos.

[390](#) Arconte ateniense, siglo V a. C., cuñado de Alcibíades, que ofreció el banquete que da nombre a una obra de Jenofonte.

[391](#) Cf. nota 9.

[392](#) Famoso filósofo ateniense, siglo V a. C., citado por primera vez ahora en el texto, pero varias veces en nuestras notas anteriores como maestro de hombres famosos en la política y la cultura ateniense, como Platón, Alcibíades, Antístenes, Jenofonte, etc.

[393](#) Tebano y contemporáneo de Epaminondas.

[394](#) Quizá un espartano, hijo de Arcesilao, siglo V a. C., célebre por la esplendidez con sus huéspedes.

[395](#) Quizá se refiere Plutarco a un rico ateniense, siglo V a. C., hijo del general Nicias.

[396](#) Cf. nota 20 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción* .

[397](#) Cf. nota 110.

[398](#) Cf. nota 126.

[399](#) Junto a las tumbas de los gladiadores, símbolo de la popularidad del espectáculo, destinado más a amplificar la fama de los que las costeaban que la de los

gladiadores muertos.

[400](#) Por ejemplo, en favor de un reparto más justo de la riqueza e igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, independientemente de su origen. Cf. nota 108.

[401](#) Se trata de la doctrina defendida por las escuelas filosóficas de los epicúreos y escépticos, según la cual el estado perfecto es el de la tranquilidad.

[402](#) Importante oligarca de Atenas, siglo V a. C. Se le llamó el «Coturno» porque, como esta bota alta usada por los actores, hombres y mujeres, de las tragedias para resaltar su figura, que se podía adaptar a ambos pies, Terámenes cambiaba de aliados y se hacía miembro del partido que le convenía. Aristóteles, *Constitución de Atenas* 28, 5, alaba, en general, el comportamiento de Terámenes, aunque reconoce que sobre este tema existía en Atenas dualidad de juicios, favorables y contrarios a este gobernante.

[403](#) Cf. Tucídides II 3, 64.

[404](#) Hesíodo, *Trabajos y días* 235.

[405](#) Lugar de la Fócide, al norte del golfo de Corinto, célebre por el templo y oráculo de Apolo, y donde se celebraban en honor de este dios los Juegos Píticos. Cf. notas 237 y 355.

[406](#) Previsión o Providencia, uno de los atributos de la diosa Palas Atenea, patrona principal de Atenas.

[407](#) Historia contada también brevemente por Aristóteles, *Política* V 1303 b 37-1304 a 4.

[408](#) También se encuentra esta historia en Aristóteles, *Política* 1303 b 21-26. Cf., por ejemplo, notas 344, 370 y 373.

[409](#) Posiblemente, quiere decir Plutarco, el de un gobierno aristocrático por una revolución democrática o una tiranía.

[410](#) Capital de Lidia, en Asia Menor, de donde era, como hemos dicho, cf. nota 1, el joven Menémaco.

[411](#) Cf. nota 22 en el tratado *A un gobernante falto de instrucción*.

[412](#) Gr. *palaístra*, lat. *palaestra*, lugar donde, en la Antigüedad, se practicaban combates o deportes, y también competiciones literarias o de cualquier clase.

Posfacio

[1](#) Una introducción de José García López a la vida y obra de Plutarco se puede encontrar en *Plutarco. Cómo sacar provecho de los enemigos*, publicado en Biblioteca de Ensayo 14 (serie menor), Ediciones Siruela, Madrid 2007. Para todo lo relacionado con la vida y la obra de Plutarco sigue siendo fundamental K. Ziegler, «Plutarchos», *RE* XXI (1951), col. 635-962 (= *Plutarchos von Chaironeia*, Stuttgart 1949; trad. ital. de M.^a R. Zancan Rinaldini, *Plutarco*, Brescia 1965) y, en castellano, Aurelio Pérez Jiménez, «Introducción general», en *Plutarco. Vidas paralelas* I, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1985, págs. 7-135.

[2](#) Para más información sobre estos cinco tratados de tema político remitimos a las introducciones a la traducción de los mismos publicada en la Biblioteca Clásica

Gredos, *Plutarco. Obras morales y de costumbres (Moralia)* X, Madrid ²⁰⁰³, a cargo de Helena Rodríguez Somolinos y Carlos Alcalde Martín.

Título original: *Πρὸς ἡγεμόνα ἀπαίδευτον ὁ Πολιτικά παραγγέλματα*

Edición en formato digital: octubre de 2016

En cubierta: imagen de © Briddy / Shutterstock.com

© De la traducción y el posfacio, José García López, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2016

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16854-75-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com